

CÓMO Y POR QUÉ TERMINÓ EL COMUNISMO

1994

Indice

¿Me vende usted sesenta mil computadoras?	
Marx y el dedo en la estadística	
Centroamérica: un test para Gorbachov	
Raisa y los expertos en imagen	
La visión yanqui de Gorbachov	
Gorbachov no podrá controlar la corrupción	
El dilema del señor Gorbachov	
La botella lanzada por Gorbachov	
Reagan, Gorbachov y las burocracias incontrolables	
Hay que pedirle a Gorbachov una moratoria revolucionaria	
Las lecciones de la crisis de los misiles	
Gorbachov divide a los disidentes	
Castro contra Gorbachov	
La esencia de la libertad y la perestroika	
Guerrillas y perestroikas	
Perestroika vs. castroika	
La otra revolución rusa	
El otro "big bang": ¿Estallará la URSS?	
El hombre nuevo era un americano	
La muerte del partido	

El Desguace. Cómo se desarma un estado comunista

El clavo en el corazón

Elogio y reivindicación del anticomunismo

El hombre viejo que no se muere nunca

El fin del comunismo y la riqueza de las naciones

La verdad os hará libres

El comunismo dinástico también muere

El imperio se queda sin coartada

La pobreza del análisis marxista

El error lituano

La perestroika en la selva

Los rusos en la boca del lobo

Matar a Yeltsin

Walesa contra Walesa

Alemania: La compasión y el asco

Los comunistas se refugian en el pacifismo

Cómo establecer un nuevo orden internacional

Havel y Goncz: Los intelectuales en el poscomunismo

La unión soviética aterriza en occidente

El hundimiento de los marxismos africanos

Los dilemas de la sopa boba

Los horrores de la postguerra fría

Gorbachov, Bush y el escollo cubano

La mágica conversión de los partidos comunistas

Érase una vez un rey muy hermoso

La larga noche de las matruchkas rojas

La repentina muerte de la cultura marxista

Ha muerto la URSS. ¡Viva Rusia!

Rusia: La clave del misterio

Rusia: las palabras salvadas del olvido

¿Me vende usted sesenta mil computadoras?

Es una magnífica ironía que los soviéticos estén intentando adquirir sesenta mil PC en el mercado norteamericano. Durante setenta años PC han sido las siglas de *Partido Comunista* y sinónimo de Moscú. Pero desde hace cinco sólo quieren decir Personal Computer y no recuerdan otra cosa que IBM o APPLE.

Y éste es sólo el aspecto simbólico de la humillación. Lo sustancial es que la URSS también ha perdido el tren de la informática, con todo lo que eso significa para la acumulación, transmisión y modificación de los conocimientos. La computadora es mucho más que una máquina útil, y la cibernética es mucho más que una disciplina nueva, como en su momento pudieran ser la radiología o la física atómica. La informática es un increíble acelerador de avances tecnológicos sólo comparable a lo que supuso la aparición del alfabeto hace unos cuantos millares de años. El desarrollo y uso extensivo e intensivo de estas herramientas por la casi totalidad de la población juvenil y adulta de los Estados Unidos significa una prolongación de la hegemonía intelectual, científica y técnica de ese país sobre el resto del planeta, y una apertura aún más profunda de la brecha tecnológica que separa a Occidente de los países del Este socialista.

Por eso es que Moscú, desesperadamente, ha salido a comprar sesenta mil computadoras. Y no es que no sea capaz de copiarlas. Desde fines del siglo XVIII, cuando Pedro I se apoderó de la tecnología naval europea, la sociedad

rusa ha mostrado una habilidad para reproducir objetos casi tan asombrosa como su inhabilidad para crearlos.

Por supuesto que los soviéticos tienen el *know-how*. De lo que no disponen es de tiempo. En el Kremlin se han dado cuenta de que cada hora transcurrida al margen de la civilización de la informática es una distancia mayor del liderazgo planetario. Y esa distancia puede hacerse absolutamente insalvable en el plazo de una generación, no sólo por el desarrollo de nuevas computadoras, sino por la incidencia de estos artefactos en todos los campos del comportamiento humano. Se cosecha, se pesca, se ordeña, se navega, se fabrica, se sana y -por supuesto- se mata y se guerrea con mucha mayor eficacia si se tiene acceso a las computadoras. Y mientras más haya, y mientras más gentes sean capaces de utilizarlas –exactamente como ocurrió con el alfabeto– más vertiginosos serán los cambios en dirección de la abundancia y el progreso. La quinta generación de computadoras engendrará la vigésima de energía nuclear o de cohetaría o de máquinas fotocopadoras y así hasta el infinito.

Esas sesenta mil computadoras nerviosamente ordenadas por el Kremlin, iban destinadas a otros tantos personajes de la *nomenklatura* política y científica del país, de manera que no perdieran el escaso y precioso tiempo de que la URSS cree disponer para poner en marcha su hoy temblorosa industria de informática y para familiarizar a toda prisa a la estructura de poder con un aparato que revoluciona la sociedad con mucha mayor fuerza e intensidad que los sangrientos tiroteos del 1917. Pero la URSS, por la torpeza de su sistema centralizado y por la rigidez de su burocracia, demorará veinte años en

incorporarse a la era informática, como le ocurrió con los teléfonos, los automóviles o los televisores, porque lo trágico de la otra gran potencia, no radica exclusivamente en su esterilidad técnica y científica sino en su soñolienta parsimonia. Sólo que ahora la incapacidad para asimilar los avances tecnológicos al ritmo adecuado puede relegar al país a una inferior categoría. No sería la primera vez que esto ocurriera. Turquía y España padecieron el mismo fenómeno a partir del siglo XVI.

Este episodio –como el de la energía nuclear, los antibióticos o la navegación a chorro– es ejemplar: la URSS no existe como modelo de sociedad más allá de la fantasía de los pobres comunistas, criaturas divorciadas de la realidad donde las haya, y habitantes de un imaginario universo ideológico sin otra consistencia que la saliva y la tinta impresa. El país más grande de la tierra, con casi trescientos millones de habitantes, vive a remolque de los hallazgos técnicos y científicos de Occidente. Moscú es una colonia intelectual de Washington y del resto de los centros creativos europeos o japoneses. Es en los laboratorios y en las universidades occidentales en donde se decide el perfil y el sentido de la sociedad soviética, aunque los comisarios, entretenidos con la redacción de las chácharas marxistas y con el infinito modelaje de bustos de Lenín, lo ignoren por completo. Si una catástrofe natural borrara del mapa a los Estados Unidos, la URSS quedaría súbitamente descentrada.

Y ésta es una reflexión de la que tampoco deberían evadirse los despistados aspirantes a epígonos de Moscú: es imposible ser epígono de la URSS. La Unión Soviética es una copia torpe, tardía y remota de Occidente.

Ponerse bajo la tutela soviética no es escapar de New York, Tokio, Londres o Berlín, sino es filtrar esas influencias a través del cedazo soviético, y acabar adquiriendo la computadora treinta años más tarde. La URSS –para quien no le repugne el palo y el tiente– puede ser un modelo de organización policíaca, un excelente invento para sostenerse en el poder mediante el uso del terror, pero jamás podrá ser un modelo general de sociedad, simplemente porque esa nación importa de Occidente, y en especial de los Estados Unidos, absolutamente todas las tendencias que gobiernan los movimientos de su sociedad.

Occidente ha arrastrado a la URSS a todas las revoluciones serias y trascendentales de la época moderna. Desde la era nuclear a la ingeniería genética, pasando por la biomédica. Ahora, sencillamente, le tocó el turno a la revolución de la informática. Mañana será otra cosa, pero siempre, mientras no se modifique ese arcaico sistema, engendrador del carácter subsidiario de la sociedad soviética. Siempre habrá un *aparatchik* sudoroso y apresurado comprando 60.000 artefactos del último engendro occidental. Como diría Marx, es una ley natural de la Historia. Algo contra lo que es inútil luchar.

10-3-1985

Marx y el dedo en la estadística

El profesor James I. Payne ha puesto el dedo en la estadística, que es donde más duele: las 34 sociedades de orientación marxista que existen en el planeta cuentan con un promedio de 13.3 militares por millar de azorados habitantes, mientras que los 109 países regidos por economías de mercado sólo tienen 6.1 hombres sobre las armas.

Marx nunca pudo suponer que de sus animadas chácharas con Engels fueran a salir países infectados de guardias, pero eso es exactamente lo que ha Ocurrido. Los 8 países comunistas de Europa reclutan 13.8 soldados por cada mil habitantes, mientras los 17 no marxistas se conforman con 7.6. En Africa, que es un continente pobre y hambreado, se reduce el porcentaje de soldados en ambos bandos ideológicos, pero se mantiene la proporción: los nueve estados de inclinación marxista sostienen 5.9, pero los 31 países más o menos capitalistas se conforman con 2.1. Etiopía -por ejemplo-, en tiempos de Haile Selassie, sólo contaba con 1.8, pero tras el golpe militar de Mengistu el número se ha elevado a 8.2.

Se podría alegar que tras la caída del León de Judea --como se hacía llamar aquel estafalario emperador- se agravaron los conflictos secesionistas y separatistas, pero ese argumento es poco sólido. A Mongolia no la va a atacar nadie y ahí están, haciendo guardia, inútilmente, 21.2 mongoles por cada millar de habitantes. El asunto es más grave y perverso: según todos los síntomas, las

sociedades comunistas inducen y cultivan valores que generan actitudes militaristas. De la rigidez del dogma, de la obligada obediencia y de la organización vertical de la autoridad no es extraño que se deriven multitudes de ciudadanos uniformados. Las fuerzas armadas, además, son una fuente de privilegios. Mientras que en las sociedades capitalistas entra en el ejército el que no puede hacer otra cosa, en las sociedades comunistas se mete a soldado el que quiere vivir mejor que el resto de la población. En cierto sentido las fuerzas armadas de las sociedades marxistas cumplen una función parecida a la de los ejércitos medievales, más o menos como los partidos comunistas de hoy equivalen al clero de la etapa feudal. Son sitios con techo y comida seguros. Son vías de acceso al poder y al botín del Estado.

No es verdad que las sociedades comunistas tengan muchos militares porque sufren muchos peligros. Vietnam tiene hoy menos peligro que hace diez años, cuando estaba en medio de una guerra, pero en ese periodo ha duplicado sus fuerzas armadas, y ha pasado a tener el cuarto ejército del mundo, con un millón trescientos mil hombres detrás de los fusiles. La Granada de Bishop, en un par de años, pasó de tener unos cuantos policías a contar con más soldados que todas las islas juntas del Caribe inglés.

Lo primero que comenzó a construir el sandinismo fue un gran ejército. Antes de que hubiera contras y cuando los Estados Unidos, en dos años, le otorgaban a Managua 119 millones de dólares, es decir, más créditos y préstamos que los que le dieron a Somoza en cuatro décadas de dictadura. Al caer Somoza, su Guardia Nacional contaba con siete mil hombres. Los

sandinistas han levantado un ejército de 75.000 y proyectaban llegar a 200.000, esto es, a ese aproximado 10% de la población en que se sitúa el límite de fuerzas armadas que una sociedad puede tolerar sin que se produzca el total caos económico. Es cierto que los sandinistas tienen que enfrentarse a las guerrillas campesinas, y para ese aparente fin -por ahora- han reclutado a 27.8 por cada mil nicaragüenses, pero los salvadoreños también padecen esa calamidad y sólo emplean a 5.4, los guatemaltecos a 2.2 y los colombianos a 2.6.

No, no son las agresiones ni las amenazas. Es la naturaleza del sistema. y donde resulta más evidente es cuando los mismos pueblos se organizan de diferente manera. Corea del Norte cuenta con 38 soldados por cada millar de habitantes; Corea del Sur sólo tiene 14.7. Yemen del Sur-comunista-12.5; Yemen del Norte, 3.9; Alemania comunista, 14; y la República Federal Alemana, 7.8.

Y ni siquiera es válido pensar que tantos soldados son necesarios para mantener la dictadura. Batista tenía 19.000 hombres sobre las armas. Castro tiene 230.000. El régimen sudafricano, pese a la monstruosa desproporción numérica entre blancos y negros, controla su enorme territorio con un pequeño ejército de 70.000 hombres, o lo que es lo mismo, 2.3 por millar de habitantes. Pero, además, el poder en los regímenes comunistas no descansa en las fuerzas armadas, sino en la policía política. La represión, en esas sociedades, es cosa de las respectivas K GB.

A Marx, claro, aunque aficionado a las matemáticas, no le hubiera gustado leer estas estadísticas, pero amar la realidad impone ciertas servidumbres. Como admitir -por ejemplo- esta devastadora información.

25-4-1985

Centroamérica: un test para Gorbachov

Bien por Reagan. Ha vencido la repugnancia de la diplomacia norteamericana a negociar simultáneamente asuntos de diferente entidad. Y eso, exactamente, es lo que había que hacer: servir en el mismo plato la Guerra de las Galaxias, la coherencia de cualquier pelaje, las fuerzas convencionales, Angola, Afganistán, Nicaragua, Castro, Gaddafi, Arafat, y el resto de los locos que andan sueltos por el planeta.

Porque el rompecabezas que -¡ay! pueden ser las nuestras- se forma con todas estas piezas. Es cierto que el gran peligro de destrucción de nuestra civilización proviene de los enormes arsenales nucleares, pero no es menos cierto que los conflictos regionales son los probables detonadores de esa conflagración que todos temen como al diablo. Esto se vio claramente en Cuba, en 1962, y se ha visto un par de veces, en el Medio Oriente, en medio de las batallas de árabes e israelíes.

Por eso los acuerdos tienen que ser globales. De muy poco vale reducir el número de veces que las bombas pueden matarnos, si no alejamos las causas por las que una de las dos superpotencias -o las dos- sientan la justificación para apretar el botón y liquidarnos esa sola, única e irrevocable vez que se requiere para que abandonemos este querido y a veces confortable valle de lágrimas.

Y hay algunas probabilidades de llegar a un acuerdo. Es posible que hoy la URSS, por primera vez, se dé cuenta que debe elegir entre el desarrollo tecnológico y los cañones. Moscú invierte entre un 16 y un 20 por cien de su producto nacional bruto en ser un temible y amenazante monstruo bíblico, condenado, sin embargo, a comprar en el mercado capitalista cuarenta mil computadoras personales porque su industria es incapaz de fabricarlas.

Nótese que no se trata de seleccionar entre la mantequilla y los cañones. Históricamente, siempre que ésa ha sido la alternativa, el Comité Central -o el amo de turno, la vanguardia de un solo hombre- ha optado por los cañones. Ahora lo que puede estar en juego es el creciente atraso relativo de los soviéticos ante la explosión de creatividad técnica y científica que está ocurriendo en los Estados Unidos. Ahora hay que elegir entre chips y cañones.

Y a lo mejor resulta que Gorbachov, que es un leninista en cuerpo y alma, ha llegado a la conclusión revolucionaria de que para salvar el liderazgo de la patria de los trabajadores es necesario reducir a la mitad los gastos militares e invertir la diferencia en Investigación y Desarrollo, para lo cual se requiere - como en los monólogos de Gila- la amable complicidad del enemigo.

Por su parte, el gobierno de Reagan también tiene buenas razones para buscar un pacto con los soviéticos... siempre y cuando se negocien los conflictos regionales, porque para los Estados Unidos es más fácil afrontar el gasto billonario de la Guerra de las Galaxias y movilizar en esa dirección a miles de privilegiados cerebros, que sostener 56 sargentos como asesores militares en El Salvador. Entre el Congreso, el Post y el Times, las Iglesias, el fantasma de

Vietnam, la tradición aislacionista y la tierna y generalizada visión liberal de los conflictos del Tercer Mundo, el poder ejecutivo norteamericano tiene las manos atadas para enfrentarse a sus adversarios del bloque comunista.

De lo que se trata, entonces, es de que ambas partes cedan en lo que son más poderosas. No es descabellado que los Estados Unidos reduzcan sustancialmente la presión de una carrera armamentista demasiado costosa para el bolsillo soviético, a cambio de la renuncia de Moscú a participar directamente o indirectamente en los esfuerzos violentos que realizan los comunistas por ocupar el poder en diferentes regiones del planeta.

Y Centroamérica pudiera ser un buen primer test para conocer las reales intenciones soviéticas. Moscú debe entender que es muy difícil que los Estados Unidos no se sientan acosados y amenazados si en su frontera sur, en Nicaragua, se consolida un régimen calcado del cubano, y si en El Salvador las guerrillas comunistas continúan poniendo en jaque al frágil gobierno de Napoleón Duarte. Y a Moscú le tomaría sesenta días desactivar discretamente ambos conflictos. Bastarían unos leves movimientos de las cuerdas para que en Nicaragua los hermanos Ortega se vieran obligados a buscar una solución pacífica con la oposición y para que las guerrillas salvadoreñas depusieran sus armas y entraran al juego electoral que les ofrece el gobierno de Duarte.

No sería la primera vez que esto ocurriera. Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la URSS se vio en peligro por el ataque de Hitler, el aliado de la víspera, dio la orden a los partidos comunistas de Occidente para que colaboraran con las democracias burguesas. Mágicamente, a las cuarenta y ocho

horas, los comunistas del mundo entero eran pronorteamericanos y entendían las virtudes del capitalismo. Es posible que hoy la URSS perciba su desfase tecnológico y científico como un riesgo a su supervivencia parecido al que en su día provocaron las divisiones *Panzer*. Si esta hipótesis no resulta descabellada, a lo mejor vivimos en sosiego lo que queda de siglo. Bien por Reagan.

10-11-1985

Raisa y los expertos en imagen

Raisa Gorbachov está a punto de aparecer en la portada de *Hola* junto a Carolina de Mónaco y a la ubicua señora Presley. Eso está bien. Es otro signo de occidentalización. La estética -y la ética- de Occidente comienzan en *Foreign Affair*", y terminan en *Hola*. No bastaba con que Occidente arrastrara a la URSS por la senda de las computadoras o de la ingeniería genética. La transculturación de los soviéticos --es decir, la adopción de las tendencias, rasgos y valores de otra cultura- algún día tenía que pasar por Madison Avenue y por los fabricantes de imágenes.

Y en eso estamos. Ahora, en la comitiva de Gorbachov, junto al coronel de pescuezo afeitado del K GB y al aterrorizado taquígrafo de Pravda, viaja también un especialista en imagen. Un experto que le dice cómo vestirse y qué debe decir al hombre que a su vez le dice eso mismo a 250 millones de soviéticos.

-¿Qué perfil tengo mejor, camarada?

-Me da miedo decirlo, señor, pero es el derecho.

Y luego Raisa. Los soviéticos deben haberse apoderado del microfilm que explica cómo y por qué la imagen de los estadistas incluye a la santa esposa. Es más fácil confiar en las buenas intenciones de un político que tiene una mujer

atractiva y unos hijos presentables. O en quien exhibe a la tribu doméstica con orgullo.

Brezhnev, por ejemplo, siempre se hizo sospechoso por lo poco que sacaba a pasear a su consorte. Se llegó a pensar que estaba casado con un disidente ucraniano. O con una señora muy gorda que no cabía por la puerta del Kremlin. Cualquier cosa. O tal vez -sencillamente- no le había llegado su turno a los expertos en imagen.

En todo caso, para Gorbachov ha sido una bendición tener una mujer bien parecida, simpática y con gustos burgueses. Y, curiosamente, es esto último lo que hace atractiva a Raisa en Occidente. Su pasión por las pieles, su elegancia, su castigada tarjeta de crédito. Inconscientemente se piensa que la gente disfrazada por Pierre Cardin es menos peligrosa. Puede ser. Los seres frugales y excesivamente sencillos son más propensos a sacrificarse o a exigir sacrificios. Es posible que una cierta dosis de sensualismo contribuya a calmar los ánimos. Como principio general siempre los espartanos serán más peligrosos que los atenienses. Nunca podremos saber en qué medida Gorbachov es un hombre más pacífico y sensato gracias al Chanel que su mujer se instala en el cogote o a esos diminutos panties negros que le manda de París la pícara señora de un embajador soviético. Todo eso influye. No importa que los politólogos no puedan tenerlo en cuenta. El sentido común indica que sensualizar al adversario es una forma de apaciguarlo. Fue una dicha ver en Ginebra a Reagan y a Gorbachov departiendo con sus mujeres como Bob, Carol,

Ted y Alice. Es bueno para la paz que quienes puedan hacer la guerra desarrollen unas relaciones amistosas.

Bizancio --el más prolongado imperio que ha conocido Occidente-- mantenía la paz --o la guerra-- urdiendo una trama de relaciones personales. Y llegaron a institucionalizar un eficaz mecanismo disuasorio: los rehenes de oro. Enviaban al territorio hostil a cientos de jóvenes emparentados con la aristocracia. Y recibían del adversario un número igual de muchachos provenientes del poder enemigo. A partir de ese momento los dos bandos sabían que en caso de guerra las primeras víctimas serían los hijos de los jefes. Se dice que en época de Carter alguien trató de revivir la institución, pero fracasó la maniobra. Brezhnev, jubiloso, propuso mandar a su mujer. Carter anotó enseguida a su hermano. Hubiera habido guerra.

10 diciembre 1985

La visión yanqui de Gorbachov

Los kremlinólogos americanos están decepcionados. Han descubierto que Gorbachov cree seriamente que Estados Unidos es una nación controlada por un pequeño círculo de capitalistas, en la que los pobres y las minorías son cruelmente explotadas en beneficio de una clase dominante orientada ideológicamente por la *Peritaje Foundation*.

Los soviétólogos gringos no entienden cómo un líder inteligente y dinámico que viaja frecuentemente al extranjero puede tener una visión tan esquemática y falsa de la sociedad norteamericana y de sus mecanismos de toma de decisiones. Tampoco se explican qué imagen estadounidense han transmitido a Moscú Gromiko y Dobrinin tras varias décadas de residencia en Washington y New York. Los expertos norteamericanos, en fin, esperaban a un premier soviético bien informado, razonablemente objetivo, y Gorbachov los ha decepcionado.

A mí, en cambio, quienes me han decepcionado son los soviétólogos norteamericanos. Porque después de casi sesenta años de estudiar minuciosamente a los inquilinos del Kremlin, no acaban de entender el papel distorsionador de la ideología en la percepción de la realidad. Gorbachov tiene que creer que Estados Unidos es una sociedad violenta, enferma, plagada de desigualdades y en la que milagrosamente sobreviven los desempleados y los

negros, porque de esa percepción depende su liderazgo. Gorbachov --como antes Brezhnev, Khrushchev, Stalin y Lenin- tiene que ser y proclamarse marxista, tiene que recurrir a todos los clisés, porque cualquier desviación de la ortodoxia y del catecismo más elemental, sería automáticamente utilizada en su contra por sus enemigos en la cúspide del poder soviético. La curiosidad, la objetividad y la búsqueda de la verdad son pasiones que en la URSS conducen a la Lubianka. La urgencia norteamericana por balancear cualquier opinión con la otra cara de la moneda, es una actitud absolutamente extraña en un sistema forjado en torno a la presunción de que los iluminados apóstoles de la secta ya han encontrado la verdad absoluta y eterna que gobierna el comportamiento de los hombres. Lo único que le es dable al líder soviético --y a cualquier criatura ambiciosa inmersa en una sociedad totalitaria basada en dogmas irrefutables- es buscar a toda costa la confirmación de la ortodoxia. Ahí radica la fuerza.

Por eso tiene una mínima importancia que Gromiko llevara tres décadas residiendo en New York o Dobrinin más de veinte años de permanencia en Washington. Cuando uno y otro se asomaban a sus ventanas sólo podían ver *ghettos* negros hundiéndose en la miseria y banqueros voraces acumulando millones a costa de la carrera armamentista. Si veían y transmitían otra imagen sus brillantes carreras se hubieran puesto en peligro, porque ninguno de los dos fue asignado a su cargo para desmentir la visión oficial de la realidad norteamericana, sino para ratificarla.

Esto tampoco debe interpretarse como que Gromiko, Dobrinin o Gorbachov son unos abominables cínicos que solo dicen lo que les conviene.

Eso sería demasiado simple. Lo verdaderamente impresionante de los mecanismos síquicos que rigen los estados totalitarios es que quienes suscriben el dogma sólo toman de la realidad los aspectos que verifican sus creencias, ignorando cualquier evidencia contradictoria con el cómodo expediente de calificarla como una pasajera-excepción - a la- regla- inmutable .

Si Gorbachov fuera capaz de un juicio objetivo sobre la naturaleza de la sociedad norteamericana, sobre el papel real del capital y de los sindicatos, sobre la fluidez de los grupos sociales, sobre la forma en que los diferentes grupos negocian sus intereses, sobre la increíble permeabilidad del cuerpo legislativo, sobre la distribución de los ingresos, sobre la complejísima trama de acciones, creencias y actitudes que determinan las tendencias dominantes en ese país, no sería Gorbachov el Premier de todas las Rusias. Sería otro triste y abrumado disidente, conocedor de unos secretos demasiado peligrosos en los tiempos que corren.

17 diciembre 1985

Gorbachov no podrá controlar la corrupción

Parece que el señor Gorbachov va a emprenderla contra la corrupción y los privilegios de la jerarquía soviética. Se ve que es un muchacho joven e idealista. No está muy claro si le va a quitar a Raisa la tarjeta de American Express y el reloj Cartier que rebañó en París, pero no hay duda de que por ahí van los tiros.

Hasta ahora todo lo que se sabe es que Pravda publicó la airada carta de un lector que protestaba contra el hecho de que la *nomenklatura* compraba en tiendas especiales, se curaba en clínicas diferentes, tenía acceso a mejores diversiones, a automóviles y a cachivaches electrónicos occidentales. Y todo esto, sin necesidad de pasarse la mitad de la vida en una cola lenta e infinita como las novelas de Carlos Fuentes. Y se supone, claro, que la carta la escribió el propio Gorbachov, o un miembro de la jefatura, porque publicar cartas en Pravda es también un privilegio exclusivo de la casta dominante. aunque no lo reflejen los papeles del misterioso denunciante.

El señor Gorbachov, si es sincero, se ha metido en camisa de once varas. Como sabe cualquier estudiante de marxismo, las clases dirigentes defienden sus intereses con uñas y dientes, conducta que explica los estallidos revolucionarios. De manera que si el flamante Premier quiere lograr un mundo más justo, va a tener que tomar su propio Palacio de Invierno y dar la orden de que lo fusilen junto a la Zarina Raisa y a cuatrocientos popes del Comité

Central. (Tampoco es mala idea poner en circulación una nueva Anastasia escapada a Occidente. Suele dar de comer a pícaros y periodistas, dos razas humanas inexorablemente complementarias).

Pero además, el señor Gorbachov parece entender muy poco de la naturaleza humana y menos aún de las claves del poder en las sociedades totalitarias regidas por un puñado de líderes omnímodos. ¿Por qué supone el señor Gorbachov que se ingresa en el Partido Comunista? ¿Sólo para servir desinteresadamente a la causa del proletariado, o también para tener acceso a la universidad, a buenos trabajos, a un Lada, a una dasha y -si los *aparatchiks* lo propician- a la fabulosa fantasía de viajar a Occidente?

En las sociedades capitalistas todo eso se resuelve obteniendo dinero. En las sociedades comunistas se consigue ingresando en el Partido Comunista y participando en la versión socialista de aquella *rat race* que decían los sociólogos de la década de los sesenta.

En el capitalismo los espíritus inquietos se hacen empresarios o revolucionarios. En el comunismo -en cambio- se hacen miembros del Partido o disidentes. Pero -en cualquier caso- esos espíritus inquietos, porque se saben diferentes, necesitan estímulos materiales y espirituales de distinta entidad a los que recibe la inmensa y resignada mayoría que no tiene o padece las mismas urgencias de destacarse, salir adelante y participar en el diseño del destino personal.

Sin privilegios materiales o espirituales el poder no se entiende ni por quienes lo ejercen ni por quienes lo sufren. A veces el privilegio puede ser un

símbolo mezquino -como un reloj Cartier , por ejemplo-, o algo tan abstracto como la autoestimación o *ego trip* que se siente cuando se disfruta de una benévola imagen pública, sin mencionar el botín sexual que la popularidad suele llevar aparejado. En todo caso, el señor Gorbachov está tan condenado a fracasar en su intento de limpiar el establo soviético, como lo han estado todos los políticos que se han empeñado en una tarea similar. Desde la cúspide del Kremlin es más fácil apretar los botones que destruyan el planeta que romper las infinitas redes de favoritismo y privilegios controlados por ese cinco por ciento de la población soviética que forma la jerarquía del Partido y del aparato burocrático. Esos trece millones de ciudadanos que no van a dejarse arrebatar así como así los frutos del poder.

En Occidente, sin embargo, la situación es diferente, porque los gobiernos capitalistas -por lo menos los más ricos- han dejado de ser una fuente primaria de asignación de privilegios y de símbolos de poder. Los yates, los Rolex, las clínicas de lujo, los viajes de primera, la adulación y las amantes forman parte de las empresas exitosas. Por razones económicas o materiales al señor Iacocca no puede interesarle la presidencia de los Estados Unidos, simplemente porque él gana diez veces más que el señor Reagan, de la misma manera que los sesenta mil dólares que devengan los congresistas norteamericanos es poco más o menos la mitad de lo que percibe el gerente general de una buena corporación estadounidense o europea.

El problema, pues, en Occidente, es casi opuesto al que atribula al señor Gorbachov. En Washington, en Londres, y aún en sociedades capitalistas menos

ricas, como España o Puerto Rico, el gran quebradero de cabeza consiste en cómo reclutar a los profesionales mejor dotados del país sin poder ofrecerles símbolos o privilegios que sean capaces de seducirlos, cuando eso es, precisamente, lo que les brinda la empresa privada. A lo mejor Gorbachov -si descubre la paradoja- comienza a aprender cómo se atenúa el problema de la falta de equidad. El secreto consiste en atomizar el poder y concederles a miles de entidades autónomas la capacidad de asignar mayores privilegios que los que otorga el gobierno. A la mejor por ese camino Gorbachov descubre el capitalismo. Vaya usted a saber.

25 febrero 1986

El dilema del señor Gorbachov

El señor Gorbachov tiene dos problemas muy serios. El primero es que los gallegos de Lugo- o de Pontevedra, ahora no recuerdo- afirman que este caballero de calva hermosamente decorada descende de un sujeto de apellido Corbacho que emigró a Rusia hace tres generaciones. Si el dato es cierto la cuestión puede ser muy grave, porque un gallego instalado en el Kremlin es capaz de cosas tremendas.

El otro asunto tiene más miga. Como acaba de señalar Vladimiro Bukovski en un magnífico ensayo publicado en *Commentary*, el Premier Gorbachov tiene que elegir entre las dos grandes tendencias que dividen al aparato de poder en la LRSS: o los pragmáticos o los dogmáticos.

Si Gorbachov opta por los pragmáticos -casi todos instalados en la administración del Estado- liberaliza la economía, le da más juego al mercado y permite la actividad privada -más o menos como ocurre en Hungría-, las finanzas del país mejorarían sustancialmente y la URSS dejaría de atrasarse con relación a Occidente. Sólo que el siguiente paso sería desmontar el sistema comunista, un poco como parece estar ocurriendo en la vecina China. El pragmatismo -dicen los críticos- salva la economía, pero a largo plazo mata el sistema.

Si Gorbachov selecciona la postura dogmática -como Brezhnev, como Stalin- el partido conservará el poder, pero gobernará sobre una sociedad cada vez más comparativamente empobrecida, lo que, a largo plazo, también significa el fin del sistema. No puede olvidarse que la legitimidad final del marxismo radica en la presunción de que el comunismo es más eficiente y enriquecedor que el capitalismo.

Según Bukovski -lúcido analista de la URSS- si triunfan los pragmáticos el comunismo se desplomará víctima de la propia mecánica evolutiva de la economía. Y si triunfan los dogmáticos el colapso sobrevendrá por la ineficiencia relativa de los métodos de producción. Llegará un momento -Como ocurrió en China con el ejemplo de Taiwan y Hong Kong- en que será imposible continuar defendiendo un modelo económico tan terriblemente ineficaz.

Hasta ahora Gorbachov parece inclinarse por el bando pragmático. El mismo es más administrador que un cuadro del Partido. Su mujer, en cambio, es profesora de marxismo, pero tal vez eso sea una paradójica garantía. Desde Pasteur se sabe que no hay mejor vacuna que cierta dosis del propio virus. A lo mejor doña Raisa, de regreso de la cruel lectura de El Capital, contribuye a quitarle la ilusión con las tonterías marxistas. Sin embargo, nadie sabe lo que Gorbachov realmente piensa. Y eso, por cierto, es muy gallego. A lo mejor se lo enseñó su abuelo.

3 noviembre 1986

La botella lanzada por Gorbachov

Es posible que el señor Gorbachov le esté pidiendo auxilio a Occidente. Por lo menos esa llamada telefónica a Sajarov tiene todas las características simbólicas de un mensaje dentro de una botella lanzada-quien-la-encuentre. Algo así como: *"Estoy dispuesto a hacer concesiones a cambio de tranquilidad en el frente internacional. Necesito paz"*.

Probablemente Gorbachov es sincero. Y no porque se trate de un criptocapitalista infiltrado en el Kremlin, sino porque sus prioridades son otras: Gorbachov tiene una gigantesca batalla por delante -la modernización de la economía soviética y el aumento de la productividad- y no quiere invertir fuerzas o energías en otros frentes de combate. La cuenta es sencilla: entre 1970 y 1975 la fuerza laboral soviética creció un 6 %, las industrias extractivas un 26, y las inversiones de capital nada menos que un 44; en los siguientes cinco años esos índices se redujeron a un 6, un 10 y un 23; en el primer lustro de la década de 1980 sólo alcanzaron el 3, el 5 y el 17. Entre 1986 y 1990 el declive será aún mayor.

Es evidente que la economía soviética está en crisis, situación que se refleja en graves síntomas de deterioro social; retroceso en los índices de expectativa de vida y de mortalidad infantil, aumento del alcoholismo, incremento del ausentismo laboral, de la delincuencia y de la corrupción

gubernamental. Por otra parte, resurge el nacionalismo en varias de las repúblicas asiáticas y en algún caso aparece acompañado por la revitalización del islamismo.

No hay duda; todos los indicadores de peligro parpadean en el cuadro de mando del Kremlin. Nada de esto quiere decir que el país está abocado a una revolución o a desmembrarse en una guerra civil, pero sí que hoy el objetivo principal de cualquier gobernante responsable instalado en el trono de Lenin debe ser restablecer la autoridad y poner de nuevo la economía en dirección de la expansión y el progreso continuados. No puede olvidarse que la legitimidad del marxismo -pese a las numerosas pruebas en contrario- emana de su supuesta eficacia en la conducción de la economía. Y todos los sistemas tienen un límite en la tolerancia a los fracasos.

Por eso el señor Gorbachov quiere fumar la pipa de la paz con Reagan, con la OTAN y probablemente hasta con los desesperados guerrilleros de Afganistán. Es el viejo dilema de los cañones o la mantequilla, y es -también- el feroz encontronazo político que se lleva a cabo dentro de la URSS.

En los dos años que el camarada Gorbachov lleva a la cabeza de los negocios rusos ha reemplazado al 40% del Consejo de Ministros, al 60 de los puestos clave del Comité Central y a una quinta parte de toda la trama básica del Partido. Eso significa, literalmente, decenas de miles de *aparatchiks* separados de sus cargos y a una parte sustancial de la *nomenklatura* irritada y rencorosa. Por supuesto, la purga administrativa no ha llegado al KGB ni al aparato militar -que se mantienen prácticamente intactos- pero en una sociedad

como la soviética esos drásticos cambios de personal no se producen sin una violenta sacudida que genera, instantáneamente, una legión de adversarios intrigantes.

Obviamente, para callar a sus detractores -siempre escudados en la defensa del dogma marxista- Gorbachov necesita, muy rápidamente, exhibir su lista de éxitos. Esto -quizás- es lo que fue a buscar en Reijkiavik, y Reagan no le concedió.

Tal vez el presidente norteamericano se equivocó. A le mejor la inteligente es comprarle a Gorbachov algunas de sus ofertas de desarme, si eso contribuye a su consolidación en el Kremlin. Pero -por supuesto- a cambio de venderle otras mercancías. Por ejemplo, el total abandono de Nicaragua y de la subversión centroamericana. Por ejemplo, la salida de las tropas cubanas de Africa y el fin del apoyo soviético a los movimientos armados en el Tercer Mundo, o por lo menos una moratoria de veinte años a la *solidaridad intemacionalista*. Ese es un precio bajo para Gorbachov y -en cambio- tiene un enorme peso político y militar para unos Estados Unidos que ni saben ni pueden enfrentarse al reto revolucionario.

Al fin y al cabo no es mucho lo que se arriesga. Quienes argumentan que es conveniente drenar la economía soviética obligando a Moscú a incurrir en altos gastos militares, olvidan que con gastos militares o sin ellos, con reformas o sin reformas, el sistema económico de la URSS seguirá siendo un desastre, porque, sencillamente el modelo marxista de producción, fijación de precios y asignación de recursos, es un perfecto y comprobado disparate.

Hay pues que recoger la botella lanzada por Gorbachov. No es cierto que Moscú sea siempre igual. Stalin no fue igual que Kruschev. Gorbachov se propone ser distinto a Brezhnev. Quizás el cambio nos beneficie a todos. Por lo menos nada se pierde con intentarlo. Tal vez hasta se pueda ganar un período sin tantos sobresaltos.

10 enero 1987

Reagan, Gorbachov y las burocracias incontrolables

Cuando el señor Reagan llegó a la Casa Blanca venía dispuesto a terminar con el déficit fiscal. Ocho años más tarde, cuando la abandone, lo habrá triplicado. Es cierto que ésa no fue la lección aprendida en Hollywood, donde la regla de oro sigue siendo el *happy end*, pero ya David Stockman, ex-director de presupuesto, explicó las razones con toda claridad: mientras las decisiones económicas las sigan tomando los políticos por intereses electorales, no hay forma humana de detener el gasto público y reducir la burocracia.

Al pobre señor Gorbachov le ocurre exactamente la mismo, pero multiplicado por mil, porque su burocracia es aún más indómita. En el vigésimo séptimo Congreso del Partido. Mijail Gorbachov anunció sus proyectos renovadores y prometió impulsar la estancada economía soviética. Luego puso en marcha ciertas reformas capitalistas y lanzó una campaña de amenazas y sanciones para aumentar la producción mediante el viejo procedimiento de darles palos a los borrachos, los vagos o los incapaces. Es inconcebible que un país con dos veces y media el tamaño de los Estados Unidos y 280 millones de habitantes, de los cuales 40 son agricultores, continúe importando cereales de Argentina y haciendo cola a las puertas de las panaderías.

En el Comité Central lo aplaudieron unánimemente. De pie y con esa sonrisa pastosa y desvitalizada con que los soviéticos acompañan las palmadas. Pero aplaudieron. Lo vienen haciendo desde que en 1920 a Lenin se le ocurrió

aliviar los horrores de la colectivización con cierta dosis de capitalismo, contradicción a la que tuvo la audaz ocurrencia de llamarle *Nueva Política Económica*. Lo vienen haciendo desde que Stalin en 1929 y en el 1931 proclamó una estrategia definitiva para terminar con la burocracia parasitaria que impedía la agilización de la economía. Lo han hecho con cada una de las 250 leyes y decretos promulgados en medio siglo para poner fin a la ineficiencia de la agricultura.

Pero no sólo de aplausos vive el sistema. Hay que saber hacer algo más que ruidos o pateos. El problema no puede estar en el consumo de vodka o en la corrupción de los *aparatchiks*. Eso sería demasiado elemental, demasiado fácil. El problema, el gran problema de la economía soviética, fue descrito por Tatyana Zaslavskaya en un informe secreto que consiguió abrirse paso a Occidente a lomo del *Samyzdat*, y en el que se explicaba y razonaba el origen del mal: mientras las decisiones de carácter económico las tomen los políticos por razones ajenas a la economía, la URSS seguirá siendo una superpotencia militar con una economía del Tercer Mundo.

Evidentemente, Tatyana Zaslavskaya tiene razón, pero como suelen decir los brasileros- "*es poca y la poca que tiene de nada le sirve*". Pocos meses después de divulgado el informe, Ignatovsky, el celoso guardián de las esencias marxistas, respondió desde la publicación oficial del Comité Central, la revista *Kommunist*: Sí, tal vez ése sea el problema, pero no se puede traicionar el pensamiento de Lenin. Las decisiones que deben prevalecer son las de carácter político. (El marxismo y yo somos así, señor, debió decir el testarudo personaje).

Esto quiere decir que Mijail Gorbachov cuenta con muy pocas posibilidades de tener éxito, a menos que voluntariamente se desmonte el propio aparato que lo llevó al poder. Porque el mal está, precisamente, en el Comité Central que regula y dicta pautas a todos los departamentos económicos que rigen la vida soviética.

En la URSS, y en todos los países que desdichadamente han calcado el modelo soviético, los ministerios y los organismos administrativos no hacen otra cosa que ejecutar las directrices que emanan de los subcomités especializados creados dentro del gran aparato central. ¿Es predecible el fin de ese modelo de organización? ¿Es razonable esperar que alguien se ponga de pie en el corazón del sistema y les diga a sus venerables camaradas que se vayan a sus casas, porque lo que está mal es el papel que Lenin le asignó al Partido?

Hace medio siglo que los dirigentes comunistas saben que la crisis de la agricultura se alivia o se resuelve ampliando los márgenes de la iniciativa privada. Y saben que el caos productivo se termina delegando las decisiones económicas en los gerentes. Y saben que la fórmula soviética para ponerles precios a los productos y servicios a través del demencial Comité Estatal de Precios, es un disparate sin sentido. Y saben que los periodos extraordinariamente largos para amortizar las inversiones en bienes de equipo mantienen la industria en perpetua decadencia. Pero para arreglar todo eso y los mil problemas restantes, también saben que el Comité Central tendría que hacerse el harakiri y la cúpula del poder autodisolverse o convertirse en un

amable casino de ancianos retirados. Y eso es tanto como pedirle peras al olmo o sonidos de viento a la balalaika.

Gorbachov, en síntesis, no podrá hacer mucho. Pero tal vez lo consuele reunirse con Reagan y escucharle al viejo actor la anécdota del creciente déficit fiscal americano y la compulsión gastadora de su Congreso. Es lo que ocurre cuando se deja algo tan serio como la administración del dinero al alcance de los políticos. Ya sabemos que son como niños. En todas partes.

3 febrero 1987

Hay que pedirle a Gorbachov una moratoria revolucionaria

El señor Sajarov ha puesto el dedo en la llaga. En el foro reunido recientemente en Moscú, ante la atenta mirada de Gorbachov, con voz pastosa, sin pasión, como corresponde a un físico acostumbrado a proponer hipótesis científicas, Sajarov ha dicho lo siguiente: [Como condición para el desarme y la paz duradera] «Debe haber un arreglo de los conflictos regionales sobre la base de la restauración de la estabilidad dondequiera que haya sido interrumpida. Y debe terminar la ayuda a las fuerzas extremistas desestabilizadoras de todos los grupos terroristas, y deben suprimirse todos los intentos de expandir las esferas de influencia de cualquiera de las dos partes a costa de la otra».

Exacto. Esa es la clave de la paz y no el angustioso conteo de megatones y rampas de lanzamiento de cohetes. Lo que trae a Occidente de cabeza, lo que día a día resiente sus instituciones y crispa la convivencia ciudadana, no son las remotas flotillas de bombarderos estratégicos, sino los secuestros de industriales, los asesinatos de militares, políticos y magistrados, los sabotajes de los servicios públicos, o los actos terroristas de los extremistas y la desobediencia civil exteriorizada en huelgas salvajes. Lo que peligrosamente enfrenta a Oriente y Occidente, lo que periódicamente pone en estado de alerta los ejércitos de la OTAN y del Pacto de Varsovia, no son las confrontaciones directas entre las superpotencias, sino las crisis surgidas de conflictos en los que se dirime la expansión de la influencia de un bloque a expensas del otro. O,

para ser más exactos, la expansión del bloque soviético a costa del mundo no soviético.

Porque prácticamente todos los encontronazos graves entre Oriente y Occidente, todos los choques que han puesto al planeta al borde de la catástrofe atómica han sido consecuencia de la lucha soviética por expandir su influencia y su control: el bloqueo a Berlín a fines de los cuarenta, la guerra de Corea en 1950, la crisis cubana de los misiles en 1962, el triste episodio de Vietnam, Nicaragua, Afganistán, Etiopía, Líbano, y un enorme etcétera que ya se aproxima al polvorín sudafricano. Sería ridículo, absurdo, pactar con Gorbachov la distensión y el desarme y no tener en cuenta estos factores.

Bien: es probable que el señor Gorbachov entienda estas razones. Lo que resulta más problemático es que pueda atenderlas. Al fin y al cabo el comunismo es una ideología de conquista, una *jihad* proletaria y justiciera encaminada a crear cuanto antes el paraíso en la tierra y es muy difícil renunciar a esta urgencia expansiva sin provocar un cisma entre los teólogos de la secta. Todo reformismo tiene su límite y el del Kremlin pasa por el respeto teórico al internacionalismo proletario y al papel rector de la *Santa Madre* Rusia. Eso es sagrado.

Entonces, a cambio del desarme progresivo y del fin de la incosteable carrera armamentista, hay que pedirle algo más razonable al ansioso señor Gorbachov. Algo que él pueda justificar dentro del leninismo con la coartada de que sólo se trata de un paso atrás para luego avanzar más rápidamente. Por ejemplo, una moratoria revolucionaria. Un largo periodo de congelación de las

fronteras, de supresión de actividades encubiertas y de total inhibición ante las revueltas que puedan ocurrir en el mundo no soviético. Veinticinco, treinta años de total inactividad revolucionaria, sin ayudas pasivas o activas a los grupos insurgentes, y sin ampliar oportunistamente la esfera de influencia comunista al amparo de las convulsiones espontáneas que puedan darse en el planeta.

Y eso no es todo, claro. También tendría que atar corto a sus locos. No es posible la paz y el desarme con Gaddafi, Castro o Kim IL Sung sueltos. No se trata de que Gorbachov, para desalojarlos del poder, lance sobre ellos sus marines. o sus bateleros del Volga, sino que les advierta que no hay armas, ni mercado, ni compra o venta de nada, a no ser que se comporten como tiranos domésticos, quietecitos y juiciosos, sin otras víctimas que las de sus propios y atribulados manicomios. Castro tendría que retirar sus tropas de Africa y de Nicaragua. Gaddafi y Kim IL Sung tendrían que renunciar a sus internacionales del terror, y Ortega, el tozudo muchacho de Managua --como todavía no ha consolidado su poder-, debería verse obligado a cumplir con el proyecto original de la revolución sandinista: neutralidad internacional, no intervencionismo, libertad, pluralismo político y economía de mercado.

Para Europa, conmovida por el euroterrorismo, y sobre todo para América Latina, la propuesta de Sajarov debería ser el punto de partida de un riguroso esfuerzo diplomático sobre Washington y Moscú para que en las rondas de Ginebra se incluya la moratoria revolucionaria de la URSS. Eso no acabaría con la subversión en Chile -subversión que objetivamente favorece a

Pinochet-, eso no liquidaría a las guerrillas de El Salvador, Colombia, Perú, Ecuador o Guatemala, pero le restaría casi todo su vigor. Eso no traería la felicidad a la región, pero contribuiría a aliviar el crónico mal de inestabilidad social que sufre el mundo hispánico desde que se instauraron las repúblicas en el siglo XIX, y especialmente desde que en 1959 el señor Fidel Castro entró en La Habana encaramado en un tanque como primera escala de su trayecto hacia otras capitales más apetecibles.

3 abril 1987

11

Las lecciones de la crisis de los misiles

¿Por qué ocurrió la Crisis de los Misiles? ¿Qué aprendieron de aquel incidente los actores del drama? Los datos básicos son estos: desde 1959 Fidel Castro dirigía en La Habana un gobierno radical, de matiz totalitario, con declaradas inclinaciones comunistas y rabiosamente dedicado a combatir los intereses norteamericanos dentro y fuera de la Isla. Los Estados Unidos, en consecuencia, se habían propuesto derrocarlo, y como resultado de esa pugna, el Máximo Líder se fue acercando cada vez más a los soviéticos a la búsqueda de un paraguas protector que le permitiera continuar impunemente su labor de incansable revolucionario en un Tercer Mundo alborotado y rencoroso.

Dieciocho meses antes de la Crisis de los Misiles, el conflicto entre La Habana y Washington había llegado a su punto más crítico: la fracasada invasión de Bahía de Cochinos. En esa fecha, millar y medio de exiliados cubanos desembarcaron en la costa sur de la Isla, sólo para ser abandonados a su suerte, sin pertrechos ni protección aérea, por un vacilante presidente norteamericano que, primero, no tuvo el coraje de desmantelar una operación militar en la que no creía, y luego careció de valor para sostener a unos hombres a los que había enviado a una cruel ratonera.

Pero después de Bahía de Cochinos, Castro se sintió más inseguro que antes de que ocurriera la invasión. Su instinto político le decía que el próximo intento de derrocamiento ya no se haría con exiliados o con adversarios cubanos, sino con las fuerzas armadas de los Estados Unidos, enemigo contra el cual el gobierno de La Habana no tenía la menor posibilidad de sobrevivir. Y como Castro es audaz, pero no temerario -cuando Bahía de Cochinos siempre estuvo listo, en Yucatán, un avión del mexicano Lázaro Cárdenas para sacarlo del atolladero - forzó la vinculación militar con los soviéticos, a la búsqueda de un seguro de vida, tanto para su revolución como para sí mismo.

No fue difícil convencer a Krushchev. El dirigente ruso estaba persuadido de que John F. Kennedy era un líder débil como había demostrado en Bahía de Cochinos, y como había vuelto a demostrar en la reciente reunión de Viena sobre desarme. Y si Moscú conseguía colocar sus misiles en Cuba, a noventa millas del territorio norteamericano, o si lograba instalar una base aeronaval en las costas de la Isla, la capacidad de intimidación de la URSS sobre

los Estados Unidos se multiplicaba de una forma dramática. Si para Castro la presencia de Moscú en la Isla era una garantía de impunidad, una patente de corso, para Nikita Krushchev conseguir esa baza militar podía llegar a ser más o menos lo mismo.

En septiembre los tres actores del drama dieron el primer paso en dirección de la crisis. En ese mes, Castro, públicamente, anunció que daría facilidades a los soviéticos para la construcción de una base aeronaval. Y Kennedy, secretamente, decidió terminar de una vez con el molesto vecino, antes de que llegaran los rusos, utilizando para ello a las Fuerzas norteamericanas, aunque creando en su seno un cuerpo especial de unidades cubanas compuestas por exiliados. En ese momento todavía no se sabía que en la Isla se preparaban rampas desde las cuales se podían lanzar misiles atómicos contra los Estados Unidos, pero se presumía que podían instalarlas en un futuro próximo. Esto se confirmó un mes más tarde, el 15 de octubre, cuando los aviones U-2 de reconocimiento trajeron las fotos de las bases lanzacohetes. Los rusos ya habían llegado. Los rusos ya estaban en la Isla y muy pronto tendrían la capacidad de amenazar a los Estados Unidos desde una mínima distancia. Lo demás es historia. Hubo amenazas norteamericanas, negociaciones secretas, y un acuerdo mediante el cual los soviéticos retiraban los misiles de Cuba, a cambio de que los norteamericanos hicieran otro tanto con los Júpiter instalados en Turquía, mientras se comprometían a no invadir la Isla.

¿Quién ganó y quién perdió en ese episodio? Aparentemente ganó Washington y perdió Moscú, pero ambas conclusiones son inexactas. Kennedy

consiguió un triunfo puramente publicitario. Krushchev, que no ponía en juego, realmente, nada importante, fue públicamente humillado, pero su influencia en los asuntos mundiales no mermó en lo absoluto.

Sin embargo, Castro, a quien se trató de forma vejaminosa durante la crisis, y a quien no se le consultó sobre el destino de los misiles, fue el único factor que históricamente ganó algo concreto: la impunidad que buscaba para actuar contra los intereses norteamericanos y para convertirse en un líder intocable de la revolución planetaria tercermundista. Exactamente lo que pretendía encontrar bajo el paraguas nuclear soviético lo obtuvo con el compromiso que puso fin al peligroso enfrentamiento.

¿Y cuáles son las lecciones que pueden extraerse de estos sucesos? Los norteamericanos aprendieron que la debilidad y la indecisión suelen provocar males mayores. La Crisis de los Misiles se produjo porque el presidente Kennedy no supo actuar acertadamente durante Bahía de Cochinos. Los soviéticos tomaron nota de que era una peligrosa irresponsabilidad reclutar militarmente a los impredecibles aliados tercermundistas, y más aún establecer con ellos complicidades estratégicas que pudieran conducirlos a un enfrentamiento con los Estados Unidos. No tenía el menor sentido arriesgar a Moscú o a Leningrado por salvar a La Habana o a Managua. (Y mucho menos a Granada, como se viera recientemente).

Y los cubanos también aprendieron lo suyo: que la URSS no era un aliado fiable en caso de un conflicto con los Estados Unidos, pero también que la historia -contrario a las leyes de la dialéctica marxista- a veces (o casi siempre)

era el resultado del azar. Y en esa oportunidad el azar los había favorecido. De esa crisis, y gracias a esa crisis, han podido sobrevivir todos estos años.

3 noviembre 1987

Gorbachov divide a los disidentes

El señor Alexander Zinoviev no cree en Gorbachov. Quiero decir, no cree en la *perestroika* ni en el *glasnost* ni en la paz de los sepulcros. Especialmente en la de los sepulcros acumulados a lo largo y ancho del archipiélago Gulag. Zinoviev, claro, es un filósofo y novelista laboriosamente avecindado en Munich tras una larga batalla propagandística.

El señor Ivan Svitak tampoco cree en Gorbachov. Se trata de un fino pensador checo, ácido y cortante, que preñó de ideas aquella ilusionada primavera de 1968 cruelmente pisoteada por la gendarmería rusa. Y a Dorin Tudioran le ocurre lo mismo. Hace apenas unos años tuvo que abandonar Bulgaria y dejar atrás su bien ganado prestigio de escritor talentoso a cambio de respirar en una atmósfera libre. Allí aprendió que los Estados comunistas, como las suegras, no cambian nunca. A lo mejor se disfrazan, pero no cambian.

Sólo que hay otras voces diferentes. Los profesores yugoslavos Mihaldo Markovic y Zagorka Golubovic son menos pesimistas. Ambos -por cierto- viven en Belgrado y viajan al exterior a manifestar su inconformidad con el régimen comunista. Ellos, y los húngaros Ferenc Feller y Agnes Heller, y la china Shaomin Li, y otro puñado de valiosos disidentes, suponen que a largo plazo el cambio es posible. Difícil, lleno de trampas, riesgoso, pero posible, porque los Estados comunistas han llegado al final de la ratonera. O cambian y se reforman

en la dirección de la liberalización interna, o la brecha tecnológica y económica con relación a las sociedades occidentales se hace insalvable.

Menudo lío ha creado el señor Gorbachov. No sólo tiene alterada a la vieja guardia estalinista, y confundido al Departamento de Estado norteamericano, sino también ha avivado el debate en las filas de la disidencia anticomunista. Estamos en presencia de un perplejizador nato, horrendo calificativo que se le atribuye de forma apócrifa a Mario Benedetti y a otro escritor aún peor.

¿Qué pensar, Dios? El sentido común indica que no hay sistema o institución invariable. La esencia de la vida es el cambio, la mutación, la transformación de nosotros y de todo lo que nos rodea. ¿Cómo pensar, entonces, que el comunismo escapa a esa regla? ¿No intentó cambiar el comunismo checo, o el polaco, o el alemán? ¿No está cambiando, ante nuestros ojos, el comunismo chino bajo la dirección de Den Xiaoping? ¿Se puede negar que es un país diferente una Hungría en la que Imre Poszgay, el segundo al mando, está advirtiendo que en el futuro habrá que compartir el poder con grupos de oposición no marxistas? Si esto es así ¿por qué no va a cambiar el comunismo soviético? ¿Por qué, dentro de cada Premierruso, como si fuera una siniestra matrushka, tiene siempre que existir un pequeño Stalin, y otro, y otro, y otro?

Sin embargo, el sentido común a veces manda mensajes contradictorios. Es cierto que los Estados marxistas son pesadillas grises, hechas de torpezas y de alambre de espino, infinitamente más inhabitables que las sociedades

occidentales, pero también es cierto que esos Estados totalitarios mantienen bien alimentados y con todos los recursos a los miembros de la *nomenklatura*. ¿Van a renunciar al poder y a los privilegios los partidos comunistas? ¿ Van a admitir que el marxismo es una curiosa superstición minuciosamente equivocada?

Porque la clave del fracaso de los Estados comunistas radica no sólo en el modelo de organización político-administrativa, sino también en los fundamentos teóricos: el marxismo no sirve para gobernar eficientemente, ni sirve como método de análisis, y mucho menos como marco filosófico. (El marxismo sólo sirve para conversar en las cafeterías cuando se tiene más de quince años y menos de veinte, o cuando se padece un tonteroma ideológico irreversible). Y el problema consiste en que si el señor Gorbachov está hablando en serio, y si los reformistas del Este se proponen realmente llegar al fondo del asunto, a largo plazo el comunismo sería erradicado y sus partidarios desalojados del poder ¿puede esperarse, razonablemente, que esto ocurra? ¿Es lógico apostar por el suicidio pacífico y sin rebeldía de toda una clase dirigente, legendariamente notoria por su fanatismo y por su falta de piedad con el adversario político? De ahí el vibrante debate que sacude a los disidentes. Como dicen los malos escritores, Gorbachov nos ha perplejizado a todos. Y en rigor nadie sabe cómo y cuándo va a acabar la fiesta. O si de veras la fiesta se va a terminar algún día de una maldita vez.

25 noviembre 1987

Castro contra Gorbachov

Castro está inventando a Albania en el Caribe. No gana uno para cismas. Todavía no nos hemos repuesto de la herejía de Lefávre contra Juan Pablo II, y ya está el cardenal Fidel desobedeciendo a la *Santa Madre* Rusia. Ya se sabe: el 26 de julio Castro se declaró antigorbachovista. Nada de glasnost para los cubanos. La crítica y la transparencia informativa pueden ser muy peligrosas. El imperialismo está a 90 millas y no se pueden conceder libertades burguesas. Tampoco puede haber *perestroikas*. Cuba no tiene por qué imitar servilmente reformas económicas pensadas para otros países y para otros problemas.

Peor aún, la reforma que Castro prescribe para la Isla es la contrarreforma: más centralismo, más dirigismo y una total vigilancia para evitar las egoístas iniciativas particulares de esos tipos empeñados en ganarse la vida al margen del Estado. Marx es Dios y no hay más profeta que su discípulo Guevara. Lo que importa no es que la gente coma -extraña manía de los enemigos de la revolución- sino que el dogma esté a salvo y el poder seguro y en las manos del padrecito de la patria.

La albanización de Cuba se veía venir hace más de diez años, cuando el Ministerio del Interior -corazón del gobierno cubano hizo circular un documento interno en el que se reivindicaba la figura de Stalin y sus métodos policíacos. El comunismo -venía a -decir el texto- se forja a palo y tentetieso, y

querer ignorar esta realidad es pretender tapar el marxismo-leninismo con un dedo. Y encima, con el dedo del medio.

El problema es que tal vez Castro no pueda hacer hoy en Cuba lo que Enver Hoxa hizo en la Albania de los años' 50. En primer lugar, porque Hoxa renunció y denunció el reformismo khrushchevista posterior al XX Congreso del PCUS (1956), cuando los chinos maoístas le tendieron un tubo de oxígeno. Y ya no hay chinos maoístas. En segundo lugar, porque la sociedad albanesa, agrícola y semifeudal, dependía mucho menos que la Cuba de Castro del comercio exterior. Es más fácil darles de comer a los bueyes que reparar tractores extranjeros. En tercer lugar, porque Hoxa se limitó a ser un tirano doméstico, poco dado al exhibicionismo revolucionario internacional, y perfectamente feliz con sus matanzas caseras. Hoxa no tenía un ejército de 60,000 hombres jugando a la guerra en Africa.

Castro, en cambio, es un prisionero de la URSS. En cierta medida, una víctima, como el mismo, con autocompasión, se calificara en presencia de Carlos Andrés Pérez, el ex presidente de Venezuela, en una memorable reunión que sostuvieron en Managua a principios de esta década. Castro vive de un subsidio soviético cercano a los 4,000 millones de dólares anuales. Y sus mejores cuadros técnicos se gradúan en Rusia. Hoy, ahora mismo, hay más de 8,000 cubanos que estudian en 203 centros superiores dispersos en 50 ciudades de la URSS. Y cada uno de ellos recibe -además de los libros y matrículas- un promedio de 200 dólares para sus gastos mensuales. ¿Los va a sacrificar Castro en su celo revolucionario? Ya apenas envía estudiantes a Polonia, a

Checoslovaquia o a Hungría, para que se corrompan, porque esos son países mordidos por el capitalismo. En Alemania Oriental, francamente, no los quieren. Son muy ruidosos, pendencieros y desordenados. En Rumania y Bulgaria no hay nada que aprender. ¿Va Castro a extender ahora su cordón sanitario ideológico a la URSS? ¿Va a limitar el círculo de sus aliados a los otros cuatro manicomios del planeta: Corea del Norte, Libia, Vietnam e Irán?

Pero, ¿y qué ocurriría si los soviéticos comienzan a retardar el envío de materias primas? ¿O si son ellos los que utilizan su contacto en la cúpula del poder cubano para desestabilizar y en algún momento intentar sustituir a Castro o tratar de someterlo a la obediencia? No puede olvidarse que más de 12,000 cubanos, casi pertenecientes a la elite del poder, se han graduado en las universidades y academias soviéticas. Tienen y mantienen amigos en ese país. Tampoco puede ignorarse que prácticamente toda la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas cubanas ha perfeccionado su formación en la URSS. Y esas personas, casi sin excepción, ven con simpatía y esperanzas las reformas gorbachovistas, como ha revelado el general Rafael del Pino, quien desertara a Estados Unidos en la primavera de 1987, y quien acaso traía un mensaje secreto de algunos de sus compañeros de armas.

Y Castro ni siquiera tiene ahora la oportunidad de volver sus ojos a Occidente. La hubiera tenido, si su crisis con los soviéticos se hubiera producido por la defensa de posiciones liberales, como ingenuamente esperaban Felipe González, Carlos Andrés Pérez o Raúl Alfonsín, pero sería asombrosamente inmoral tenderle a Fidel una red de seguridad antisoviética para salvar el

estalinismo en la Isla en detrimento de las corrientes reformistas que sacuden al bloque del Este. Ya no es posible que ningún demócrata defienda la idea de que hay que crear lazos con Cuba para provocar la evolución del castrismo. Ya se sabe que toda ayuda a Castro, desde el fin del embargo norteamericano, hasta la concesión de créditos, sólo servirá para financiar un régimen voluntaria y decididamente estalinista.

A Castro, pues, hay que dejarlo solo y aislado, como a los leprosos morales, para que se consuma en su testaruda salsa albanesa. El mismo, inconscientemente, está creando las condiciones para que se produzca una crisis en la estructura de poder, abriéndole camino a lo que será el próximo y quizás no lejano periodo en la historia de Cuba: la descastrización del país. Habrá descastrización como hubo desestalinización y desmaoización. A los faraones, en el mundo comunista, también los entierran con todas sus pertenencias, incluidos errores y deformidades. La momia es el mejor destino de los tiranos del Este. Pero a veces ni siquiera eso consiguen.

10 agosto 1988

La esencia de la libertad y la perestroika

Vamos al grano. La libertad no es sólo una palabra consagrada por el sospechoso tumulto revolucionario de los franceses de fines del siglo XVIII. Se trata, esencialmente, de un modo de comportamiento exclusivo del género humano, cuya definición más amplia tal vez pudiera ser la siguiente: la libertad es la potencialidad que tiene toda persona consciente de tomar decisiones de acuerdo con su formación, su inteligencia, su intuición, su conveniencia, sus valores, sus preferencias, sus intereses y -desde luego- las circunstancias externas en que todos estos factores intervienen y se conjugan.

Adviertan que no me refiero al derecho a la libertad. Primero, porque es una afirmación demasiado abstracta, y segundo, porque no estoy seguro de que la libertad sea un derecho natural que el hombre goza por designio divino. Hasta donde sabemos, el hombre parece ser una criatura azarosamente generada durante un largo proceso evolutivo. Proceso que a su vez se inscribe en ese curioso fenómeno de oxidación de la materia que ocurre en un remoto lugar del universo y al que solemos llamar vida con cierto orgullo probablemente desmesurado y optimista.

Pero si bien es cierto que no hay forma alguna de demostrar que la libertad es un derecho, tampoco la hay de desmentir que se trata de una facultad potencial privativa del género humano. Me explico: los animales en la selva o en el océano no son libres. Simplemente, no han sido capturados. Están

suelos, pero no son libres. Y no lo son, porque no pueden tomar decisiones complejas. Casi todos sus actos están gobernados por los instintos. Se aparean, migran, desovan, matan o reptan porque la carga genética que los gobierna así lo indica. De ahí que se trate de formas de vida inmodificables. Como no toman decisiones, su mundillo se mantiene inalterable. Es siempre el mismo.

El hombre, por el contrario, vive en un tipo de sociedad que cambia constantemente en virtud de las decisiones que cada uno de los integrantes del grupo ha tomado. El mecanismo secreto que provoca la transformación del medio en el que se vive es la capacidad individual de tomar decisiones, es decir, de ejercer la libertad. Obviamente, salvo en caso de personas enajenadas, las decisiones se toman en procura de cierto tipo de beneficio o para evitar cierto tipo de perjuicio. Y esos beneficios y perjuicios no tienen que ser de carácter económico. Pueden ser emocionales, o físicos, o de cualquier índole. Y en cierta forma, tienen que conjugarse con los intereses, los deseos y los derechos de las otras personas, porque -de lo contrario- acabarían por acarrear graves represalias, o la oposición militante de los perjudicados.

De manera que la historia puede ser vista como esa trama creciente y caprichosa que resulta de la suma de billones y billones de pequeñas decisiones individuales que alcanzan a plasmar un dibujo coherente en el tiempo. Ese es el tejido básico de la historia. Esta expresión microscópica de la libertad es la clave y la esencia del hombre, porque el bicho humano no es otra cosa que historia, y la historia no es sólo la hazaña de los generales o de los astronautas, sino también ese acto humilde y borroso de escribir o leer estos papeles. Minúscula

decisión que, a lo mejor, alcanza a influir en nuestras vidas, y -por lo tanto- en nuestras acciones posteriores.

Si le asignamos a la toma de decisiones un valor tan trascendente como el que acabo de señalar, es razonable que comencemos a analizar nuestra sociedad a la luz de esta proposición. Y ello nos precipitaría, por ejemplo, a formular la hipótesis de que el rasgo más constante en la evolución de las instituciones es la ampliación creciente, como en onda, del número de personas que participa en los mecanismos de toma de decisión y el aumento proporcional de opciones disponibles.

Se es más libre mientras más decisiones se puedan tomar. Es más libre una persona que sin temor puede vivir con arreglo a sus necesidades emocionales o intelectuales. Es más libre quien potencialmente dispone de una mayor variedad de ofertas en las que puede emplear su tiempo o su dinero, aunque luego decida, como una opción más, la austeridad absoluta, e incluso el cautiverio, como puede ser el caso de los monjes de clausura que un día sintieron que su espíritu los convocaba a la renuncia, al estoicismo, la sencillez y al voluntario sufrimiento.

Por supuesto, estas afirmaciones que he ido haciendo pueden tomarse con cierto escepticismo. No son verdades reveladas. Sin embargo, parece que hay un paradójico grupo de inesperados aliados de estas ideas. Y me refiero a los comunistas embarcados en la reforma de los sistemas del Este. Esos azorados partidarios de la perestroika y del glasnost que, sin advertirlo, y aun repitiendo contradictorias coartadas leninistas están descubriendo que la

participación de todas las personas conscientes en los procesos de toma de decisiones es la mejor forma disponible de perfeccionar lentamente los asuntos humanos.

El señor Gorbachov no es un criptocapitalista plantado por la CIA en el Kremlin. Es alguien que probablemente se cansó de comprobar, quinquenio tras quinquenio, que la ciencia infusa del Partido Comunista y el misterioso vigor metafísico que se le supone a la clase obrera no alcanzaban para mejorar sustancialmente el tipo de vida de los habitantes de los paraísos socialistas.

Mientras la URSS, el país más grande del mundo y potencialmente el más rico, se movía lentamente en la dirección de la prosperidad y el progreso, otras sociedades menos naturalmente afortunadas --como el Japón, Alemania y otra docena de brillantes ejemplos- sobrepasaban con mucho la calidad de vida con que la URSS dotaba a sus sufridos ciudadanos. Y el secreto de esta diferencia parecía estar, precisamente, en el número de personas que en uno y otro sistema aporta a la sociedad su creatividad individual y su capacidad de tomar las decisiones más oportunas.

En un principio, es posible que Gorbachov y muchos de sus camaradas atribuyesen el relativo fracaso del modelo soviético a factores internos, al azar, o a la hostilidad de los adversarios, pero cuando comparaban las dos Alemanias, las dos Chinas, o las dos Coreas, no podían continuar escondiendo la cabeza en la tundra siberiana. Había algo fundamentalmente equivocado en el sistema comunista, y ese algo parece ser el estrangulamiento de los mecanismos de toma de decisión. Cuando una sociedad le atribuye a un grupo

privilegiado y predestinado de personas la facultad de pensar y dirigir las acciones colectivas, esa sociedad angosta el camino de la prosperidad y del progreso.

Ese, precisamente, es el melancólico hallazgo del señor Gorbachov y de sus desconsolados amigos. Han descubierto, con asombro, que la libertad, lejos de ser un subproducto, es una de las causas principales de la prosperidad. Por supuesto, el hecho de que el señor Gorbachov haya hecho este descubrimiento no quiere decir que prevalezca o que triunfe.

Cuando hablamos de toma de posiciones, también estarnos hablando de la esencia misma del poder. Se es más poderoso mientras más decisiones que afecten a otro se puedan tomar. Y el dilema de los comunistas en las sociedades del Este, consiste en que tienen que sacrificar su poder para conseguir que la sociedad en la que viven alcance niveles competitivos de desarrollo. Porque aun cuando los partidos comunistas estuvieran formados por militantes abnegados, y aun cuando los funcionarios de la *nomenklatura* y los *aparatchiks* sólo trabajaran por el bienestar popular, el sistema continuaría siendo terriblemente deficiente, aunque sólo fuera porque margina a la enorme mayoría de la población de los mecanismos de toma de decisiones, y les anula sus facultades creativas cuando le entrega a cada ciudadano, al nacer, un guión biográfico difícilmente modificable escrito por los burócratas de la secta.

No obstante, es difícil saber si el mundo comunista será capaz de suicidarse en aras del bienestar colectivo. La atomización del poder entraña el progresivo debilitamiento del Partido y la creciente pérdida de influencia de la

jerarquía comunista. Es cierto que hoy el señor Gorbachov atesora más poder que sus antecesores en el cargo, con la excepción de Stalin, pero es posible que se trate de un paradójico requisito en el trayecto hacia la lenta atomización del poder soviético. Alguien, desde arriba, para evitar la revolución y el desorden, tiene que comenzar a desmontar el monstruo. Y en la medida que consiga desmontarlo, la libertad se irá extendiendo por todo el sistema, hasta el día en que se pueda elegir entre diversas opciones políticas, porque habrá desaparecido la verdad oficial y nadie se atreverá a invocar los libros sagrados como si fueran artículos de fe. Como es de esperar, el camino es difícilísimo, y no hay certeza alguna de que las naciones gobernadas dentro del modelo soviético resuelvan su dilema en una forma conveniente para la sociedad.

17 diciembre 1988

Guerrillas y perestroikas

Antes era más fácil. De un lado quedaban los explotadores, los terratenientes, los banqueros y los imperialistas. Del otro se situaban los gallardos revolucionarios. Antes, con toda certeza, se afirmaba que los centros se enriquecían a costa de la *periferia*. Y luego -con voz engolada-, casi siempre con un tabaco en la boca, se explicaba la hipótesis de la dependencia y la esclavizante maldición del continuo deterioro de los términos de intercambio. A continuación, alzando la ceja izquierda, gesto que denota gran sabiduría, con un ademán de preocupación universal, se advertía que ese injusto estado de cosas se sostenía sobre la economía de guerra de los países capitalistas, azuzada por el complejo militar-industrial, el Fondo Monetario Internacional, y las multinacionales empeñadas en continuar saqueando el Tercer Mundo.

Ese era el diagnóstico. En consecuencia, a renglón seguido se recetaba la terapia. Había que hacer la revolución. Y había que hacerla a tiros. Volando líneas telefónicas, secuestrando ricos y matando soldaditos. Había que entrar a bordo de un tanque en la capital. Como Castro en La Habana. Como el Vietcong en Saigón.

Como los bolcheviques de 1917 en el Palacio de Invierno. El costo era alto, pero al final, aguardaba una sociedad sin clases, empeñada en curar enfermos, educar niños y adiestrar atletas. Una sociedad sin desempleados, dueña de su

destino y esencialmente igualitaria. Una sociedad -en suma- como la rusa, modelo y avanzadilla del inevitable futuro proletario.

Pero llegó Gorbachov con su mala nueva. Ese futuro era un desastre. Las fábricas funcionaban poco y mal. Las cosechas eran raquíticas. Declinaban los índices de salud. El alcoholismo y la corrupción se enseñoreaban del país. La planificación minuciosa, como las películas de Hollywood, nada tenía que ver con la realidad. Ni la producción ni la productividad se acercaban a los índices de las naciones desarrolladas de Occidente. El igualitarismo no conducía a la justicia sino a la pobreza generalizada. El Partido Comunista estrangulaba la creatividad de la sociedad. Tenía razón Occidente: la libertad y la crítica -ausentes en el modelo soviético-- eran indispensables, porque sin un examen franco de la realidad no es posible la corrección de los males.

El cuadro presentado o aceptado por Gorbachov era dramático. La asignación arbitraria de precios había resultado un disparate antieconómico. Después de setenta años se admitía que el mercado era un instrumento mucho más orgánico y natural para fijar el valor de bienes y servicios. El marxismo -en definitiva- podía tomarse como una vaga referencia, como una musiquita de fondo, pero no como la verdad revelada. Su aplicación al pie de la letra no resolvía los problemas: los agravaba. La vida -Kundera dixit- estaba en otra parte.

Los guerrilleros latinoamericanos se quedaron sin habla. Melancólicamente silenciosos. ¿Para qué llevar cuarenta años escondidos en la selva colombiana, comidos por los piojos y los mosquitos, si el recetario que se

traían en la mochila estaba fundamentalmente equivocado? ¿Para qué desplazar a tiros del poder a los grupos dirigentes convencionales en El Salvador, si la supuesta solución comunista no era más que el punto de partida de un modelo de sociedad más pobre e incompetente, aún que el de la oligarquía tradicional? Y esto se había demostrado en Cuba, Angola, Yemen del Sur, o Etiopía, barrancos tercermundistas en los que el marxismo se ha desnucado a la vista de todos.

De ahí la súbita desmoralización en las filas de la izquierda subversiva. El M-19 colombiano dice que quiere la paz. La guerrilla salvadoreña discute agónicamente sobre el destino final de la lucha armada. Los pocos guerrilleros ecuatorianos de *Alfaro ¡Vive!* se aprestan a entregar sus armas. E incluso tal vez entren por el aro pacifista hasta los peruanos del *Túpac Amaru*, aunque no los ayatólicos miembros de Sendero Luminoso, porque esos camaradas son absolutamente indiferentes ante la realidad. Se trata de verdaderos autistas ideológicos.

En rigor, la guerrilla latinoamericana hubiera podido ahorrarse el cruel desengaño de la perestroika y el glasnost. Le hubiera bastado analizar los documentos de sus colegas venezolanos de fines de década de los 60. Ya en ese entonces Teodoro Petkoff y un grupo de marxistas inteligentes abandonaron la lucha armada, renunciaron al totalitarismo y crearon el Movimiento al Socialismo (MAS), un grupo político encaminado a reformar la sociedad venezolana con los instrumentos de la democracia, no a dinamitarla estérilmente. Petkoff, Américo Martín y otros lúcidos radicales se dieron cuenta

no sólo que la lucha armada era inviable en Venezuela, sino que un Estado salido de la violencia guerrillera y configurado de acuerdo con los principios del marxismo concluiría en un modelo policiaco infinitamente peor que la imperfecta pero sosegada y mejorable Venezuela surgida tras la caída de Pérez Jiménez en 1958.

No obstante, sería ingenuo pensar que la pesadilla insurgente va a terminar en América Latina. Muchos de estos guerrilleros lo único que saben hacer es vivir de la violencia y para la violencia. No son reciclables en una sociedad normal y tal vez sea muy tarde para adiestrarlos. Sin embargo, están condenados al fracaso. Necesitaban la ilusión del modelo soviético y ya la han perdido. Ahora sólo les queda seguir peleando por inercia hasta que el ejército los vaya cazando uno a uno. Eso quizás tomará muchos años.

25 febrero 1989

16

Perestroika vs. castroika

A Gorbachov no le gustaba excesivamente la idea de viajar a Cuba a reunirse con Castro. Tenía que hacerlo, pero lo hacía con ese resignado fatalismo con que uno se toma un purgante o se sienta en el sillón del dentista. Sabía que debía enfrentarse a un viejo terco, orgulloso e inflexible, totalmente indiferente ante la realidad e incapaz de entender las nuevas ideas que sacuden al mundo socialista. Su embajador en La Habana, Yuri Petrov, le había advertido amargamente que las relaciones con Castro debía manejarlas desde el supuesto

que se encontraría frente al mayor enemigo de la perestroika en todo el bloque del Este.

A Gorbachov tampoco podía extrañarle la opinión de Petrov. Precisamente lo había situado en La Habana en el verano de 1988 para preparar su viaje y para tener en ese díscolo satélite un hombre afín con su propia vertiente ideológica. Petrov era un fiel seguidor nada menos que de Boris Yeltsin -la izquierda de la perestroika, a quien había sucedido como Primer Secretario del Partido en Sverdlovsk, una región de los Urales caracterizada por su rechazo visceral a la tendencia esclerótica y ortodoxa del marxismo, como pudo comprobarse en las últimas elecciones.

Era toda una ironía que al líder del Kremlin le resultara más fácil y políticamente rentable reunirse con Margaret Thatcher o con George Bush que con Castro, pero la historia suele ser rica en este tipo de paradoja. En el Kremlin ya era una verdad evidente y compartida que existía y funcionaba en la sombra un eje La Habana-Praga vinculado a los soviéticos duros y nostálgicos de la era brezhnevista. Sólo que Gorbachov no pensaba cometer el error de enfrentarse a Castro públicamente para obligarlo a alinearse con la perestroika. Eso hubiera sido abrir sin utilidad otro frente de lucha.

Su táctica y su estrategia eran mucho más sutiles. Poco antes de su llegada a Cuba, el Viceministro de Cooperación Exterior de la URSS, Alejandro Katchanov, declaró que a partir del 1.º de abril las relaciones económicas entre Cuba y la URSS dejaban de ser fundamentalmente entre Estados y se convertían en relaciones entre empresas. A partir de esa fecha, Cuba tenía que comprar y

vender de acuerdo con precios razonables, plazos establecidos y calidad aceptable. Es decir, exactamente las condiciones que hasta ahora el sistema económico sostenido por Castro ha sido incapaz de cumplir. Gorbachov - hombre medularmente pragmático- se ahorra con esta medida cualquier fatigosa discusión teórica sobre las virtudes o defectos de la planificación centralizada que preconizan los marxistas ortodoxos, remitiendo el tema del debate al terreno que realmente le interesa: la rentabilidad y la eficiencia. Para ~ Gorbachov lo demás son pamplinas y chácharas de filósofos trasnochados. Si Castro, con su viejo comunismo, conseguía producir y exportar a precio y calidad de mercado, el azúcar , el níquel, los cítricos y los mariscos que Moscú importa, demostraría que sus ideas son válidas. Pero si en el futuro no logra estos objetivos -como ha ocurrido durante 30 años- simplemente, la Isla se irá empobreciendo cada vez más como consecuencia de la terquedad del *Máximo Líder*, puesto que el Moscú de Gorbachov no tiene la menor intención de continuar subsidiando la pureza ideológica de sus enemigos solapados.

Obviamente, a medio plazo, esto significa la sentencia a muerte del castrismo, porque Fidel es absolutamente incapaz de gobernar de acuerdo con el sentido común. Ni está dispuesto a disminuir su aventurerismo internacional, ni admite reducir su protagonismo al de un simple tirano doméstico del Tercer Mundo, ni va a variar un milímetro el signo estalinista de su dictadura personal. Eso sí: va a presentarle combate a Gorbachov. Va a tratar de demostrar la validez de su viejo comunismo frente a la *perestroika* del líder soviético. Este combate, por supuesto, lo precipita a la necesidad de impulsar la

producción y la productividad de la Isla. ¿Cómo lo va a hacer? De la única manera que él sabe: mayor represión, mayor violencia y más intimidación. Pero ese camino ya está desgastado a fuerza de tanto transitarse. Esa vía no tiene otro destino que el colapso paulatino de la economía y las conspiraciones que inevitablemente han de surgir en la estructura de poder, puesto que Castro está prácticamente solo en esa postura de último y solitario *estalinista*.

¿Cuándo se producirán estos hechos? Es difícil predecirlo, pero probablemente dos o tres años basten para que la economía de Cuba se hunda hasta el límite de lo insoportable. En ese punto no caerán ni el gobierno ni el sistema, pero de alguna forma Castro será barrido de la escena y comenzará otra etapa de la historia de Cuba. En ese punto los cubanos comenzarán de nuevo a construir una sociedad más libre y democrática, siguiendo acaso el modelo húngaro o polaco de desmontar Estados totalitarios. Será un largo y peligroso periodo, pero ya comienza a haber precedentes útiles; y en política no hay ímpetu mayor que el que provocan las analogías. A la postre la perestroika habrá sido un elemento clave en el fin del castrismo. Esto se verá con total claridad cuando pasen los años.

10 abril 1989

La otra revolución rusa

Al señor Gorbachov le están haciendo una auditoría minuciosa. Los analistas se dividen entre los que predicen el total fracaso de sus reformas y quienes le conceden alguna oportunidad de tener éxito. Los pesimistas parecen tener más y mejores argumentos, y quien mejor resume esta posición acaso sea el notable historiador español Javier Tusell. Su más reciente libro, *La URSS y la perestroika desde España*, viene a ser algo así como una razonada vacuna contra la esperanza. Tusell, con amarga brillantez, no cree en la capacidad de regeneración del régimen soviético.

Sin embargo, en esta rara oportunidad histórica, tan importante como el destino de la reforma del comunismo es el método con que se está llevando a cabo. En el bloque del Este está ocurriendo algo trascendental que no puede medirse con indicadores económicos, y a lo que no suele prestarse demasiada atención: en ese convulsionado universo está surgiendo un procedimiento incruento para transformar las sociedades comunistas en otra cosa menos ineficiente y sórdida. Está apareciendo una fórmula para enterrar el marxismo sin tener que volver a tomar el Palacio de Invierno.

Nadie dudaba que la planificación centralizada, la propiedad, la colectivización de la tierra y la asignación arbitraria de precios, salarios, costes y beneficios eran las causas directas del estancamiento de las sociedades del Este, pero ¿cómo se le ponía fin a esa pesadilla, cómo se cambiaba esa absurda

manera de organizar y administrar las naciones regidas por el modelo marxista? En último análisis: ¿cómo se le arrebató al Partido Comunista el poder casi absoluto que con tanta torpeza ejercía sobre (contra) el pueblo, cuando la reforma tenía que proceder, precisamente, de un sector del Partido Comunista -los liberales- grupo que ni siquiera conocía sus propias fuerzas dentro de la estructura de poder, y que, sin duda alguna, encontraría la resistencia tenaz de los conservadores?

Por otra parte, en el inescrupuloso camino por preservar la autoridad sin limitaciones, el Partido Comunista había criado dos enormes cuervos potencialmente capaces de sacarle los ojos en momentos de crisis: la omnipotente policía política y el disciplinado pero siempre imprevisible ejército. ¿Cómo iban a reaccionar estos organismos si se intentaban profundos cambios estructurales en el sistema y veían en peligro sus privilegios y sus cuotas de poder? ¿Cuál era el balance real de los liberales y conservadores en instituciones en las que la mayoría vive ideológicamente enmascarada?

De ahí que la gran incertidumbre en el bloque del Este no fuera tanto sobre la naturaleza de las reformas que se necesitaban -casi todo el mundo sabía lo que había que hacer-, sino sobre los mecanismos para llevarlas a cabo sin violencia. Y eso, exactamente, es lo que se está despejando en Hungría, en Polonia, y en la URSS: sorpresivamente, de la mano de los comunistas liberales, los Parlamentos están funcionando. El cuerpo legislativo, a trancas y barrancas, está actuando y consigue cambiar las reglas del juego sin que se produzca una sacudida peligrosa.

Evidentemente, estamos ante una notabilísima paradoja: tras todo un siglo de predicar la desobediencia civil, el desorden y la violencia como método para cambiar radicalmente el modelo de sociedad, los comunistas están recurriendo a los esquemas del derecho y la mentalidad burgueses para cambiar su propia sociedad. Nada de revoluciones ni algaradas. Nada de fusilamientos masivos: simplemente, plebiscitos, referéndums, debates parlamentarios y votos secretos o a mano alzada. Lo único que les falta es la peluca.

Algo que uno esperaría que ocurriese en Inglaterra o en Bélgica, pero nunca en la atormentada Hungría, y mucho menos en Polonia o la URSS. De manera que la cuestión realmente candente no es si las reformas conseguirán levantar el Producto Interior Bruto y estimular las exportaciones, sino si van a continuar por el camino pacífico y legalista que han tomado y si el ejemplo va a reproducirse en otros Estados de la órbita soviética férreamente estalinistas y refractarios al cambio.

Pienso que sí. Ni Checoslovaquia, ni Cuba, ni Rumania -el eje de la intransigencia- pueden resistir mucho tiempo como islotes bunkerizados en el viejo marxismo. Alemania del Este mucho menos. Emparedada entre Polonia y Alemania Occidental, ¿cómo y por cuánto tiempo el Partido Comunista de Berlín puede sostener la presión interna en la dirección de la democracia y de la reunificación con la otra Alemania?

Estamos asistiendo a un hermoso espectáculo. Es como ver un parto, con el peligro de que la criatura muera, pero también con la esperanza de que

resista. Estarnos viendo cómo la tradición democrática occidental, enraizada en el primer Parlamento de las cortes medievales de Inglaterra y Castilla -donde por primera vez empezó a legislar y a votar por encima de la soberanía real- está demoliendo los peores aspectos del totalitarismo marxista. El espectáculo es tan importante como el colapso del Imperio Romano de Occidente, la caída de Bizancio o el estallido de Hiroshima. Y nosotros tenemos el enorme privilegio de poder contemplarlo en primera fila.

3 mayo 1989

El otro "big bang": ¿Estallará la URSS?

Las repúblicas bálticas -Latvia, Estonia y Lituania- quieren separarse de la URSS. Es natural: pertenecen al botín adquirido por Moscú como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Son parte de esa franja vertical violentamente arrebatada por Rusia a sus vecinos, que se inicia tímidamente en Petsamo, en el Artico finlandés, se abulta en la península de Carelia y desciende hasta la Besarabia romana en el mar Negro, podando en el trayecto un buen pedazo de la sufrida Polonia.

Suele decirse que la URSS perdió 20 millones de personas en ese conflicto. No es cierto. En números redondos puede haber ganado unos cuantos millones de azorados supervivientes, puesto que los territorios anexados a la fuerza-algo así como la superficie de Francia- albergaban una cifra de personas similar al número de bajas sufridas durante la contienda. La URSS perdió 20 millones y ganó otros 20. Hubo un reguero de muertos, pero el censo no se movió un milímetro.

El fenómeno comenzó a ocurrir hace mucho tiempo. A mediados del siglo XV, Constantinopla -el último reducto del Imperio Bizantino, la segunda Roma-cayó en manos de los turcos, y de alguna forma misteriosa ese vacío de poder en la frontera oriental del cristianismo provocó una especie de *big bang* imperial en el hasta entonces oscuro principado de Moscú, un atrasado territorio poco mayor que la España actual.

Cincuenta años más tarde los rusos habían alcanzado el Mico y se aproximaban al Báltico. Antes de dos siglos estaban en el Pacífico, en el mar Negro, en el Caspio, en la infinita frontera china. Poco después se paseaban por California en lo que hoy es San Francisco. Era ya el mayor país de la Tierra. Eran la tercera Roma. Un imperio que abarca una sexta parte del planeta. Más de 20 millones de kilómetros cuadrados y centenares de pueblos, razas, etnias, naciones y minúsculas tribus perdidas en la profundidad de la historia y en las enormes estepas asiáticas. siempre amalgamadas por un ejército que desde hace varios siglos es el mayor del mundo.

El espasmo imperial ha durado 500 años. Ahora hay síntomas de que esa extraña energía comienza a agotarse. La cándida racionalidad de la perestroika es uno de ellos. Gorbachov no se ha negado a discutir con las repúblicas bálticas la ilegitimidad de su incorporación a la URSS. Ese debate no es propio de los imperios en su fase expansiva. Las reivindicaciones de los armenios tampoco han sido ignoradas del todo. Los ucranianos exhiben rasgos nacionalistas cada vez más acusados. El separatismo está en boga en la URSS entre los pueblos que agitan sus puños contra los rusos. Pero ocurre algo todavía más importante: entre los propios rusos -la tribu aplastantemente dominante- comienza a tomar forma una especie de antiimperialismo defensivo, egoísta, que atribuye el atraso de la metrópoli al peso muerto de los pueblos colgados en la periferia. Los eslavos -afirman- son víctimas y no victimarios de los pueblos no eslavos incorporados a la URSS por culpa de un apetito suicida. Son los rusos los que pagan con su atraso relativo el relativo adelanto del resto de la confederación.

Ese razonamiento, enarbolado -entre otros- por Medeiev, al que no le falta cierta dosis de verdad, es típico de los imperios en su momento crepuscular. Se oyó en Inglaterra y Francia a fines del siglo pasado, y es hoy -a posteriori- con el que los españoles explican su propio atraso relativo: Madrid se consumió en la conquista de América.

Pero la cosa no es para tañer campanas. La descomposición de un imperio es siempre un peligrosísimo asunto. Sería muy optimista esperar de los rusos esa suprema habilidad que tuvieron los ingleses para retirarse ordenadamente a las fronteras de sus Islas Británicas. Lo más probable es que a los soviéticos les ocurra como a los turcos -el imperio que más se les asemeja- y durante muchas décadas, quién sabe si hasta siglos, cada fragmentación será un parto violento y laborioso que puede arrastrar a los vecinos al conflicto.

Eso exactamente fue lo que ocurrió a principios de siglo. El desmantelamiento del imperio turco provocó las guerras balcánicas de 1912, que a su vez exacerbaron el nacionalismo paneslavo en el perímetro del Imperio Austrohúngaro, hasta que un pistoletazo en Sarajevo desencadenó la Primera Guerra Mundial, conflicto que, en su conclusión, llevó larvado el origen de la Segunda Guerra, la que a su vez dio lugar al actual equilibrio de poderes, con la OTAN y al Pacto de Varsovia felizmente inmovilizado por el mutuo terror a las armas nucleares.

Todo eso -esa paz amenazada pero real de casi medio siglo- puede irse al diablo si el proceso de contracción de Rusia, el movimiento de sístole, no ocurre de una manera ordenada y durante un largo periodo de ajuste. Es muy difícil

predecir lo que sucedería si se produce el caos en la URSS, pero es menos complicado averiguar lo que ha acaecido antes en situaciones aproximadamente similares. Ni siquiera puede descartarse otro *big bang*, pero no ya como la explosión primigenia que pone en marcha un universo en expansión, sino como un hongo atómico surgido de los imprevisibles coletazos de un gigante que se desploma.

10 junio 1989

El hombre nuevo era un americano

Es penoso decirlo, pero todo lo que esta hermosa ciudad -Budapest- tiene de ejemplar es ajeno al socialismo. La vieja Buda insinuada en una tenue colina a orillas del Danubio es el producto de una antigua historia iniciada por los romanos, que llega a su clímax en el siglo XVIII. Pest, el ensanche moderno, al otro lado del río, ruidosa y festiva, es una espléndida muestra de la arquitectura burguesa europea de la segunda mitad del siglo XIX y de la gloriosa *belle époque* de la anteguerra. Es París. Barcelona. Roma y -sobre todo- Viena, ciudad con la que compartía la pasión por los valeses y la bicapitalidad del Imperio Austrohúngaro desde 1867.

Y si el único paisaje urbano memorable es el que se relaciona con la etapa capitalista, algo muy parecido ocurre con la vitalidad comercial que se observa en las calles: lo que distingue Budapest de la bovinia triste del Este europeo es la frenética actividad económica de los pequeños empresarios húngaros. Esas mínimas tiendas, esos cafés y restaurantes en manos privadas han salvado a la sociedad magiar de la ineficacia, el desabastecimiento y las infinitas demoras que caracterizan las transacciones comerciales en el mundo comunista.

Sólo vi dos colas importantes: la de los zapatos Adidas y la de las hamburguesas McDonald's. Frente a esos dos establecimientos, en la calle Vaci, se arremolinan centenares de muchachos y muchachas en jeans y camiseta, perfectamente intercambiables por sus coetáneos de Nueva York o Miami.

Se trataba de la segunda generación formada por los comunistas dentro de la doctrina de las sectas. Eran los hombres nuevos que el marxismo leninismo prometía. Sólo que, por alguna curiosa ironía de la historia. en esta época nuestra de la aldea global y civilización planetaria, cada vez que se quiebra la cáscara de un huevo empollado en el socialismo, cada vez que el marxismo pare un hombre nuevo, parteado por un comisario con los fórceps del materialismo dialéctico, resulta que sale un americano vivito y coleando.

Lenin jamás hubiera podido preverlo -y mucho menos Marx-, pero el fenómeno se ha repetido tanto que ya es razonable consignar la ley: el hombre nuevo de los comunistas es el americano. Un americano que es casi una caricatura. Un americano de *rock duro*, *T-shirt*, *chicle*, *graffiti* y empedernida ausencia de gravedad histórica. Un americano como los que en Pekín, en tres noches de insomnio libertario, fundieron una estatua newyorkina y se dispusieron a morir entonando en chino canciones de los Beatles para borrar de la memoria auditiva de su pueblo el ruido infame de las consignas partidistas.

Para prever el destino final de las dictaduras del Este europeo no hay que ir a Harvard ni leer a Hayek, aunque ambas cosas sean convenientes. Basta con pasear por Budapest y hablar con sus gentes. En esta ciudad ya casi nadie tiene la menor duda de que el socialismo es una enfermedad crónica que sólo se cura con dosis crecientes de mercado libre y parlamento representativo. Y no porque ignoren que en Occidente hay minorías desamparadas, injusticias sociales y desigualdades extremas, sino porque en casi medio siglo de comunismo han comprobado repetidas veces que la oferta marxista conduce a un modelo de

sociedad infinitamente peor que el que se propusieron erradicar . Ahora -casi nada- sólo queda por establecer el cómo y el cuándo se desmontan los regímenes comunistas. Cada país, por supuesto, seguirá su propio e inexorable calendario. Hungría parece ser la avanzadilla, y la razón de esta premura acaso haya que imputarla al partido comunista local. El Partido Obrero Socialista de Hungría, orientado por el reformista Imre Pozsgay -personaje mucho más radical y enérgico que el propio Gorbachov- está decidido a liderar los cambios desde arriba para no tener que sufrirlos desde abajo, como les ocurre a sus atribulados camaradas polacos. Porque en Budapest resulta evidente que es absolutamente imposible pretender gobernar por la fuerza, permanentemente, pueblos cada vez más insatisfechos con su destino político. De manera que es sólo cuestión de tiempo. El futuro del comunismo en Europa ya es perfectamente previsible. Los húngaros la verifican todos los días cuando libremente toman la lancha en el Danubio y a las pocas horas desembarcan en Viena.

En el siglo pasado, el poeta Sandor Petofi, lleno de nostalgia patriótica, escribió: "Iremos a Pest: la vida es alegre allí". De alguna manera fue profético. Con el transcurso del tiempo todo el mundo comunista irá a Pest. La vida allí es más hermosa.

3, agosto, 89

La muerte del partido

El menos impopular de los partidos comunistas del Este es el húngaro. Su secretario general Karoly Gras, no es nada apreciado dentro o fuera de la secta, pero el líder natural de los 700,000 afiliados al Partido Socialista Obrero de Hungría -en una población de 10 millones- es Imre Poszgay, un político de corte occidental que ha renunciado públicamente al leninismo. Poszgay quiere que los comunistas permanezcan en el poder, pero no mediante la fuerza, sino por la persuasión. Ha repetido media docena de veces que si pierde las elecciones generales está dispuesto a hacer las maletas y trasladarse a la oposición.

Por supuesto, para impedir esa derrota electoral Poszgay está decidido a cualquier sacrificio. Incluso, hasta el de contratar una firma inglesa de fabricantes de imagen, la Charles Bakers Public Relations -asesores, también, de Margaret Thatcher- para borrar de la memoria de los húngaros, con la técnica de la venta de jabones, los malos recuerdos de la etapa estalinista y la pérfida complicidad de un buen sector de su partido con la sangrienta intervención rusa de 1956.

Pero es inútil. Pese a la libertad relativa de la Hungría de hoy, pese a los escaparates llenos y el fin de las alambradas en la frontera austriaca, los húngaros, de forma abrumadora, detestan al partido comunista. Es exactamente el mismo fenómeno que se observa en Polonia, en la URSS, en Cuba y en

cualquier país regido brutal y arbitrariamente por un grupo único que se arroga la posesión de la verdad absoluta. Los húngaros no pueden olvidar que desde hace 40 años el partido los ha perseguido y atemorizado con la política, los ha empobrecido con el colectivismo y la planificación centralizada, los ha humillado imponiéndoles una escala de valores contra natura, les ha falsificado la historia y les ha ocultado la realidad, los ha obligado a fingir y los ha puesto a aplaudir cuando todos se morían de náuseas y desesperanza.

Esa experiencia no la pueden escamotear los magos de Charles Baker ni las sonrientes promesas de Imre Poszgay. En el mundo comunista no sólo se hunde el marxismo como concepción teórica o el leninismo como práctica de gobierno. Los partidos comunistas también se van a pique. El pueblo desprecia esa institución y a sus cuadros, porque los responsabiliza de los abusos, los privilegios, la arrogancia, la estupidez, en el manejo de los asuntos económicos y el entreguismo en cuestiones internacionales.

Como grupo, al partido comunista ni siquiera le será dable la transformación en otro tipo de institución. No podrá convertirse en social demócrata y levantar otras banderas, porque el electorado no está dispuesto a admitir esa metamorfosis. El viejo dinosaurio no podrá parir una gacela. El partido no tiene salvación como estructura política capaz de canalizar las emociones de las mayorías y mucho menos de representar los intereses colectivos. Era totalmente falsa la repetida aseveración de que el partido, como Drácula, era inmortal, mientras los hombres corrientes y molientes perecían sin remedio.

En Hungría -en Polonia, y tal vez en la URSS- el partido morirá antes que los hombres que hoy lo sostienen. Si la libertad y la democracia continúan entronizándose, a medio plazo en todo el bloque del Este sólo tendrán destino político aquellos comunistas que sean capaces de abandonar el partido e insertarse en formaciones diferentes. Sólo se salvarán los que -a título personal- salten del barco en medio del naufragio.

Ese panorama se ha visto con toda claridad en las recientes elecciones parciales celebradas en Hungría. En esos comicios la oposición barrió. Sin partidos políticos, sin dinero, sin asesores de imagen, sin organizaciones de base, prácticamente sin propaganda, y enfrentándose a la maquinaria estatal, que controlaba la televisión los candidatos del Foro Democrático -una amalgama que sólo coincidía en el repudio al comunismo- derrotaron sin paliativos a los aspirantes comunistas.

Las elecciones generales tendrán lugar en 1990. Poco antes, en octubre de 1989, el partido de los comunistas húngaros se reunirá para discutir la estrategia. Seguramente será una sesión tormentosa en la que no debe descartarse alguna escisión importante. Los ánimos están revueltos y desmoralizados. La tendencia estalinista reiterará su desconfianza hacia cualquier síntoma de apertura. Las derrotas electorales no los convencen de que el partido va por mal camino sino de que el comunismo es un negocio que sólo puede sostenerse a palo y tentetieso. Los reformistas de Poszgay -en cambio- declararán su amargura por el rechazo sufrido en las urnas, pero insistirán en el camino de la democratización. Entre otras razones, porque la vuelta atrás

parece imposible sin otra visita de los blindados soviéticos. Los más jóvenes del partido dejarán constancia de que no tiene demasiado sentido continuar sosteniendo un edificio que inevitablemente se derrumba.

En 1990, si hay elecciones libres, Hungría comenzará de nuevo a vivir. El partido, sin embargo, será pasado por las urnas. Morirá atravesado por ráfagas electorales disparadas en todas las circunscripciones del país. Como a Drácula, le clavarán en el pecho una cruz en forma de boleta para que nunca más abandone la tumba. A fin de cuentas, era mortal. Descanse en paz. Si es que lo dejan sus fantasmas.

10, agosto, 1989

El Desguace. Cómo se desarma un estado comunista

Los comunistas polacos están dispuestos a entregar todo el poder menos el control de la policía secreta. Es natural: en Polonia, como en todo el bloque del Este, después de la Segunda Guerra el sistema comunista consiguió establecerse contra la voluntad mayoritaria de la sociedad, en virtud de un eficiente aparato de terror calcado de lo que entonces se llamaba NKVD y hoy los soviéticos denominan KGB.

La hipótesis del Partido Obrero Unificado de Polonia (POUP) -el partido de los comunistas polacos- está basada en aquella experiencia histórica. Cuando fracase el gobierno de Tadeusz Mazowiecki y de sus ministros de Solidaridad -- calculan--, empantanados en una situación económica de muy difícil solución, será mucho más sencillo el retorno al poder de los camaradas si mantienen la porra y la llave de los calabozos colgadas de la cintura.

Probablemente se equivocan. Es cierto que la policía secreta, con sus purgas y sus métodos estalinistas, fue la clave de la ascensión al poder de los comunistas a fines de la década del '40. y tampoco es falso que ese aparato de terror ha sido la espina dorsal capaz de mantener erecto un sistema económico absurdo e ineficaz, silenciosamente repudiado por las masas, pero aún así es muy improbable que ese sórdido organismo pueda servir como plataforma para resucitar la hegemonía de los comunistas.

Es sencillo: el poder en los Estados comunistas se ejerce con la complicidad y los servicios que presta la policía política, pero radica en la camarilla que dirige el partido y por ende el Ejecutivo. La policía política es la herramienta del poder, pero no el poder mismo. El poder está en el sector dominante del Comité Central, núcleo que suele segregarse al Consejo de Ministros.

Todo el andamiaje administrativo y legal en las dictaduras comunistas ha sido concebido para llevar a cabo las iniciativas de esta poderosa cúpula, que luego, como contraprestación, derrama en cascada sobre sus partidarios (los *aparatchiks*) un sinnúmero de privilegios y de símbolos del status social. Es lo que Lenin llamaba el centralismo democrático. Una estructura de toma de decisiones que surgen en la cúspide, se ejecutan en las instancias inferiores sin espacio para la disidencia o protesta, y luego se legitiman en la liturgia paralela que desarrollan los partidos comunistas a lo ancho y largo del territorio nacional o en el seno de las empresas e instituciones.

Dentro de ese esquema --opuesto al balance de poderes preconizado en Occidente- la Constitución y las leyes son siempre textos vagos, más o menos solemnes, con el objeto de que puedan ser interpretados de acuerdo con los intereses coyunturales de la camarilla gobernante. Esa lectura y relectura arbitraria de los textos legales suele hacerse en el Consejo de Estado, un organismo pequeño y manejable, diseñado por Lenin para usurpar desde el Ejecutivo las funciones del Legislativo, aun cuando sus miembros deben ser elegidos por los propios parlamentarios. Espaldarazo que se obtiene fácilmente,

dado que en las democracias populares los representantes del pueblo son gente de espinazo flexible que dócil e invariablemente suelen confirmar los deseos del Poder Ejecutivo.

De manera que el señor Tadeusz Mazowiecki, afincado en la jefatura del Consejo de Ministros, tiene en las manos todos los mecanismos para desgazar el Estado comunista sin apartarse un ápice de la legalidad que hereda de sus viejos adversarios. Todo lo que tiene que hacer es utilizar en provecho de la libertad de los polacos los mecanismos del centralismo democrático. Por lo pronto, súbitamente, ya el POUP ha dejado de ser la vanguardia del pueblo para pasar a ser un organismo vacío y fantasmal sin funciones claras dentro de la nueva nación que hoy está forjándose en Polonia. A corto plazo debe producirse una separación total entre la administración del Estado y el control que ejercía el partido comunista. Ya no hay razón alguna para que los funcionarios del partido -una tribu más costosa y numerosa que la propia burocracia estatal- continúen cobrando del presupuesto nacional, y mucho menos que el Comité Central mantenga supervisión alguna de los sectores económicos.

En suma: contrario a la que piensan los viejos estalinistas, la dirección de la policía política no les va a servir de mucho si el corazón del gobierno la controla un grupo contrario. Incluso, es probable que Tadeusz Mazowiecki no logre resolver en un plazo breve la crisis económica del país, pero si se lo propone le bastarán pocos meses para desarticular un sistema concebido para beneficio y disfrute de una pequeña secta dogmática y desacreditada. Todo la

que el ideólogo de Solidaridad tiene que hacer es utilizar a fondo los mecanismos diseñados por Lenin. Una fina ironía difícilmente explicable con la jerga del materialismo dialéctico. Algo que casi parece un chiste polaco.

25, agosto, 1989

El clavo en el corazón

Boris Yeltsin acaba de decir que la situación en la URSS era desesperada. Todo se hundía lentamente: la productividad, el abastecimiento, la ilusión colectiva. "Gorbachov apenas cuenta con seis meses o un año para remontar la crisis" -lo dijo por segunda o tercera vez.

Bien --comencé mi pregunta-, supongamos que Gorbachov fracasa: ¿hacia dónde se cae? ¿A manos de quiénes irá a parar el poder? ¿De la derecha brezhneviana representada por Ligachov y comparsa? ¿De la izquierda que usted, Afanasiev, Sajarov y otros 400 y tantos diputados encarnan en el Parlamento?

Yeltsin echó atrás la cabeza, como si quisiera huir de la respuesta, y se escabulló con una contestación demagógica, amortiguada por cierto gesto de cordialidad: "La perestroika no puede fracasar; estamos obligados a lograr que tenga éxito". Y enseguida agregó un párrafo lírico para explicar la huella indeleble de la perestroika y -sobre todo- del glasnost en su enorme país: "la perestroika ha sacado el clavo mohoso del miedo del corazón de los soviéticos... Una URSS sin miedo nunca volverá a ser la misma". Puede ser. No obstante, tras la frase rotunda me pareció que a Yeltsin se le oscureció un poco el semblante. "La pena tizna cuando estalla", decía un gran poeta español. Tal vez algo quedaba del clavo. Tal vez Yeltsin tenía miedo.

El pequeño grupo -una docena de personas- se había reunido en casa de Jiri y Virginia Valenta en Miami para conversar con el popular ex alcalde de Moscú sin interferencias ni limitaciones, como parte del excelente programa del Instituto de Estudios Soviéticos y de Europa del Este de la Universidad de Miami. La reunión fue muy útil. En ese ambiente calmado y sin protocolo se hizo evidente que Yeltsin no sólo había acudido a presentar el punto de vista de la oposición parlamentaria, sino también a defender al gobierno del acoso de la derecha opuesta a la perestroika. En su viaje a Estados Unidos, Boris Yeltsin era el embajador de sí mismo, pero también y secretamente de Gorbachov. Podía decir lo que le estaba vedado a Shevardnadze. Podía pedir ayuda para la perestroika sin ningún pudor, y podía advertir que a corto o medio plazo la reforma del Estado soviético se encontraba en peligro si no se conseguía cierto éxito en el frente económico.

Pero eso no significa, por supuesto, que los intereses políticos de Gorbachov y los de la oposición a su izquierda coincidan plenamente. Se trata de una alianza táctica para derrotar a los viejos e inmóviles marxistas, supervivientes de la última generación estalinista. Pero, después de esa batalla, una vez enterrada la derecha del Partido, Gorbachov y su izquierda están condenados a enfrentarse.

Y la razón es simple: lo que ahora se discute en la URSS es quiénes dominan el Politburó, corazón del poder en Moscú. Es de ahí de donde hoy Gorbachov debe desalojar a los enemigos de la perestroika para poder transformar la estructura económica de su país. Pero cuando se haya

completado esa tarea de limpieza, empezará una lucha mucho más trascendente, planteada por la izquierda, encaminada a trasladar el centro de poder de manos del Politburó-el órgano supremo del Partido- a manos del Parlamento -los representantes directos del pueblo. Y ahí, realmente, comenzaría la verdadera democratización del Estado soviético, cuando el Partido Comunista pierda las prerrogativas constitucionales que desde hace 70 años le confieren un poder absoluto sobre la sociedad, y se vea obligado a competir con otras fuerzas políticas de signo diferente.

Yeltsin confía en que, llegado ese momento, se podrá maniatar al Partido con la fuerza de los votos. Incluso hoy, se siente seguro frente a cualquier tipo de amenazas porque en las elecciones pasadas obtuvo en su circunscripción el 90 por ciento de los sufragios. Esa legitimidad democrática es su talismán contra el KGB y contra el estalinismo. Nada pueden hacerle porque el pueblo está con él. El Partido -supone- tampoco podrá impedir que el poder se desplace hacia el Parlamento, porque cada-convocatoria electoral irá reafirmando la autoridad de la cámara legislativa en detrimento de la secta partidista.

¿Triunfarán hoy Gorbachov y su izquierda contra la derecha del Partido? ¿Podrá luego esa izquierda vencer a Gorbachov e instaurar en la URSS una verdadera democracia parlamentaria? Yeltsin dice estar convencido de que es posible. Sin embargo bromeó-, tras hacer estas observaciones prefería regresar a la URSS en *Pan American* en lugar de *Aeroflot*. Se sentía más seguro. Probablemente el clavo todavía molesta.

10, octubre, 89

Elogio y reivindicación del anticomunismo

Admito que el anticomunismo ha sido una militancia poco grata. Al extremo de que el adjetivo anticomunista llegó a alcanzar en Occidente un tufillo de barbarie ideológica, incompatible con la sosegada racionalidad que siempre se espera de intelectuales y artistas. Alguna vez, incluso, he sido presentado al auditorio en un congreso de escritores con la advertencia previa de que oirían a un señor anticomunista, no obstante lo cual parecía ser una persona honorable y serena que no pondría en peligro la seguridad de la concurrencia. El presentador no dijo si yo era un buen o mal ensayista o novelista, si original y creativo, o de lectura penosa, no aclaró si era barroco o amante de la claridad en la prosa. Para el presentador, y tal vez para el auditorio, el rasgo más significativo (y acaso siniestro) es que con frecuencia solía manifestar que el comunismo era una desgracia para la humanidad.

No había remedio. El anticomunista, por definición, tenía que ser una especie crispada de loco de barricada y macana, al que siempre se le endilgaba el calificativo de visceral. No pensaba con la cabeza, sino con las vísceras. Generalmente con el hígado, con los testículos, con una combinación de ambos o con ese estómago invariablemente saciado por la mano peluda de la CIA. Y es que el anticomunista solía decir cosas muy desagradables para todo aquel a quien le latiera en el pecho un corazoncillo medianamente progresista. Afirmaba, por ejemplo, que el marxismo no era esa ciencia infusa que

enseñaban en las universidades sino una superstición ideológica contraria a la evidencia empírica. Marx podía decir misa, pero las telarañas en la despensa y los gritos en el calabozo, después de 70 años, eran más elocuentes que todos los sofismas de la secta. El anticomunista decía que el modelo de estado creado por los camaradas del Este, y calcado en el Tercer Mundo por media docena de locos pintorescos de la peligrosidad de Castro y Mengistu, empobrecían radicalmente a los pueblos, hundiéndolos en unos niveles de miseria más hondos que los que se conseguían en una economía de mercado. El anticomunista decía, aseguraba, que los habitantes del universo socialista se sentían atrapados en un sistema al que odiaban y del cual huirían si se presentaba la menor oportunidad

Pero había más: el anticomunista, no contento con insistir en su aburrido ritomello, convocaba a la resistencia ante el avance del sistema que constantemente denunciaba. El anticomunista estaba melancólicamente convencido de que a partir de 1917, y más aún después de la Segunda Guerra Mundial, el propósito de conquista de Moscú se había exacerbado peligrosamente. Por eso en 1948 el anticomunista apoyó a los berlineses del Oeste frente al bloqueo de Stalin, negándose a aceptar los gritos apaciguadores que se oían en Occidente. El anticomunista le puso el hombro a los griegos frente a las guerrillas durante la guerra civil de fines de la década de 1950. A Europa Occidental, cuando tuvo que inventarse la OTAN a toda carrera. A Corea del Sur, cuando los del Norte cruzaron el paralelo 38 como una exhalación, dispuestos a reproducir en Seúl el paraíso de Pyongyang e

implantar en toda la península la sabiduría definitiva de la idea Suche destilada por el cerebro maravilloso de Kim IL Sung. El anticomunista se aferró y defendió las ondas de Radio Free Liberty y Radio Free Europe, y luego Radio Martí, porque creía que sólo la información y la libre discusión podían salvar la causa de la libertad en el planeta.

Verdad que era un aguafiestas el anticomunista. ¡Qué tipos impertinentes! Sólo que la historia les ha dado la razón. Era cierto que Marx vivió y murió minuciosamente equivocado. Era cierto ahora, a través de las grietas del muro, se ha visto con toda claridad- que las sociedades comunistas constituían una calamidad histórica sólo comparable a las peores plagas bíblicas. Era verdad lo de los infamantes pactos con Hitler, lo del atropello de las repúblicas bálticas, lo del Gulag, lo del avasallamiento de las nacionalidades y los nacionalismos. No era falso que el Partido era una repugnante maquinaria de asignar privilegios, cometer errores y esquilmar a los pueblos. No era mentira que todos, o casi todos los súbditos de las sociedades comunistas vivían inconformes, tristes, anhelando otro tipo de vida. No exageraban cuando decían que la URSS y sus satélites conspiraban deliberadamente para ganarse a todo el planeta para la causa del comunismo, como tácitamente hoy admite Moscú al renunciar al espasmo imperial y a la vocación de conquista.

Porque, en rigor, ¿qué hubiera sido de Occidente sin estos pesados y tozudos anticomunistas? Ese Berlín libre que hoy nos emociona, esperanza y amparo para los alemanes cautivos, ¿hubiera sobrevivido sin la terquedad anticomunista de Truman? ¿Qué hubiera sido de Europa Occidental sin esa

OTAN condenada por todas las izquierdas y por todos los progresistas? ¿No ha sido, a la postre, la capacidad de resistencia de los anticomunistas, con su desacreditada estrategia de *containment*, lo que ha facilitado el evidente fracaso del comunismo? ¿Qué hubiera pasado del denostado mundo libre si los anticomunistas no hubieran resistido en sus trincheras hasta el agotamiento económico e ideológico del adversario? ¿No hubiera sucumbido todo el planeta en el error del marxismo durante un largo y oscuro periodo?

Yo creo que los anticomunistas merecen ya, urgentemente, satisfacciones públicas de los intelectuales, profesores, artistas, periodistas y otros bípedos que durante cuatro décadas los han zaherido. Lo más espectacular, sencillamente, sería convertir el muro de Berlín en un Arco de Triunfo y organizar un desfile de anticomunistas para rendirles honor, pero sería suficiente que los difamadores de los anticomunistas, vencidos por la evidencia, reconocieran, corazón adentro, que han vivido equivocados, que han sido injustos. Que hoy se benefician de quienes hasta ayer eran víctimas de sus descalificaciones. Que gracias a la tenacidad de los anticomunistas hoy el planeta tiene delante un futuro pacífico y prometedor. Que hoy el mundo es mejor gracias a ellos. Que teníamos razón.

25, diciembre, 89

El hombre viejo que no se muere nunca

Durante más de setenta años los soviéticos apostaron por la ingeniería genética aplicada a la política. La revolución acabaría pariendo a un hombre nuevo. La idea estaba implícita en Marx: si cambiaba el régimen de propiedad el bicho humano resultante sería distinto. Sería más puro, más solidario, más generoso. Al final de los tiempos ni siquiera habría leyes o jueces, porque el comportamiento natural de la especie los habría hecho innecesarios. El arcangélico hombre nuevo reinaría sobre la tierra.

Con ese proyecto debajo del brazo Lenin se apoderó del Palacio de Invierno. Sus comunistas tomarían la vieja arcilla rusa, aquella compleja argamasa de los eslavos orientales, y la convertirían en otra cosa. El alma rusa descrita por Tolstoi, por Turgueniev, por Dostoievski -romántica, emotiva, irracional, apasionada, cruel a veces-, era así, porque así la habían hecho las relaciones económicas gestadas durante la larga etapa feudal o durante el breve periodo capitalista de principios de siglo. El marxismo la cambiaría de raíz.

Todo fue en vano. Parece que el alma rusa es más dura de pelar de lo que nadie había previsto. Por lo menos eso cree el soviétólogo Hedrick Smith y así lo ha escrito en el dominical de The New York Times hace algunas semanas. Según este experto, el ruso de nuestros días sigue siendo extraordinariamente emotivo, poco práctico, desordenado, convencido de la superioridad de las virtudes morales y desdeñoso de los triunfos materiales. Consecuentemente, la

ética del trabajo no le preocupa demasiado, porque labrarse un gran destino personal acaso no sea una meta compatible con la desbordada espiritualidad que lo aprisiona. Más aún: el éxito y la riqueza no están bien vistos por el pueblo ruso. Antes del 17, porque el poder económico se había levantado sobre el trabajo de millones de siervos que prácticamente fueron esclavos hasta poco antes de la revolución. Después del 17, porque la búsqueda obsesiva de la igualdad -menos para la *nomenklatura*, claro-- era una consigna implantada a sangre y fuego desde el aparato de poder .

Pero hay algo todavía más grave: la envidia -según Smith- preside las relaciones entre los soviéticos. Triunfar es peligroso en Rusia. Por eso los éxitos se esconden. Tener, sobresalir, destacar, no provoca admiración sino odio. De ahí que el ruso, cuando responde ritualmente al ¿cómo está?, no afirma muy bien o estupendo, como ocurre en Occidente, sino se limita a un cauteloso normal. Decir más podría provocar la ira del interlocutor .

¿Son ciertas estas generalizaciones de Smith? ¿Por qué no? ¿No son esos los personajes de Gogol en *Las almas muertas* o en *El capote* y *El inspector*? El propio Solzhenitsyn de nuestros días, pese a su carne y a su hueso, ¿no parece más bien un atormentado personaje literario de Dostoievski, amargo, consumido por la intensidad espiritual, desgarradamente cristiano? Y si la Rusia eterna no ha muerto, ¿no es válido preguntarse de inmediato por el destino final de la perestroika? Porque todos esos cambios que Gorbachov nos propone son totalmente externos: leyes nuevas para que resurja la propiedad privada; mercado abierto para que productores y consumidores encuentren una

forma racional de comunicarse; prensa y tribuna libres para que los problemas puedan ser examinados sin temores. Todo eso está muy bien. Es útil. A medio plazo mejorará la dieta de la nación y disminuirá la desdicha de la sociedad, pero ¿situará a Moscú en el pelotón delantero del planeta, como corresponde al país más grande y potencialmente más rico del globo?

Es legítimo dudarlo. El capitalismo exitoso no es sólo un modo de producir bienes y servicios, sino una sicología peculiar, ciertos valores, una manera especial de entender la vida. En los países en los que el sistema ha triunfado no se envidia a quienes honradamente han conseguido enriquecerse, sino se les admira y se les emula. Se les pone en las portadas de las revistas. Nadie o casi nadie ve con horror que desde la terraza de un winner, en un rascacielos de millonarios newyorkinos, pueda verse la vivienda miserable de un *loser* de Harlem, porque la igualdad no es una meta en las sociedades capitalistas. ¿Qué puede hacer el señor Gorbachov si estas reflexiones son ciertas? Muy poca cosa. Siete décadas de comunismo deben haberle enseñado que la relojería interior de los seres humanos es muy delicada. Trastearla no suele dar resultado. No es posible construir hombres nuevos. El viejo, con una risotada nerviosa acaba siempre asomando su terca y milenaria cabecita.

2 enero 1990

El fin del comunismo y la riqueza de las naciones

De acuerdo con el último chiste alemán los polacos sólo tienen dos proyectos para resolver el angustioso tránsito hacia la economía de mercado. Uno es sobrio y realista, mientras el otro no deja de ser una ilusionada fantasía. El realista es que la Virgen de Czestochowa haga un piadoso milagro. El absurdo, el irreal, es que los polacos se pongan a trabajar.

Lo más grave de los chistes étnicos no es el mal gusto y la insensibilidad que muestran, sino que suelen esconder un trasfondo de verdad. Quien haya visto una fábrica alemana y una fábrica polaca inevitablemente se da cuenta de que los alemanes, grosso modo, son más metódicos y rigurosos, más serios en sus compromisos y en el respeto a las reglas y a las jerarquías, lo que fatalmente determina una mayor (y mejor) productividad. Obviamente, no se trata de una cuestión racial, sino cultural, puesto que con toda probabilidad la fábrica alemana puede estar llena de obreros turcos, pero las normas, los objetivos, la supervisión y la forma de trabajo han sido establecidos a la alemana, lo que determina la cantidad y la calidad de lo que se produce.

Esta melancólica observación hay que tomarla en cuenta para responder a la pregunta que hoy se hacen todos los analistas: ¿qué países podrán transitar eficazmente desde el desastre comunista a la economía de mercado? Es muy sencillo: los países que trabajan mucho y bien y bien quiere decir

disciplinadamente, con la excelencia como norte y con un claro sentido de los límites y de los objetivos.

Por supuesto que el desmantelamiento de los regímenes comunistas tiene difícilísimos aspectos jurídicos y políticos que hay que resolver prioritariamente; y todo el mundo sabe que el desarrollo económico moderno requiere grandes inversiones de capital y de tecnología, pero el elemento clave que a largo plazo va a hacer posible el éxito o el fracaso de las naciones que abandonan el comunismo, está en la entraña misma de la cultura, en las tradiciones, valores y creencias de los pueblos llamados a efectuar el cambio de sistema.

El asunto, desgraciadamente, no es tan sencillo como liberar los precios y dejar que la oferta y la demanda precisen cuánto y qué puede o quiere la sociedad que se produzca o se importe. falso -es cierto- acaba por aliviar la escasez y maximiza -qué horrible palabra- la gestión económica, pero no garantiza ni la prosperidad ni el desarrollo continuado. Y esta reflexión también es válida para prever los efectos de un enfoque monetarista o keynesiano, o para seleccionar la legislación adecuada a los fines del incremento del comercio. Toda esa teoría jurídico económica es útil, es muy importante, pero es adjetiva. Lo sustantivo, el secreto final de la riqueza de las naciones radica en el corazón y en la personalidad colectiva de los pueblos.

Para rusos y polacos esta noticia acaso no sea de las mejores, porque la grandeza de estos países radica en la frecuente aparición de individualidades descollantes, pero no en las proezas del conjunto. Polonia es Copérnico o es

Chopin, pero casi nunca una abstracción como la industria o la metafísica alemanas. De Rusia puede decirse exactamente lo mismo. Es en el cine de Eisenstein o en la sicología de Pavlov donde siempre se advierte el peso de los creadores y no en la insoportable levedad de las disciplinas a las que imponen su magisterio. El grupo cuenta poco. Y si esto es cierto, ¿podrá Gorbachov convertir a la URSS en una potencia tan próspera como Estados Unidos? ¿Podrá alcanzar la Polonia capitalista los niveles de confort de Alemania o Suiza tras tirar por la borda las infinitas torpezas del modelo de Estado comunista?

Es difícil ser optimista, aunque la historia depara algunos casos de lentas pero benéficas transformaciones. Los finlandeses, por ejemplo, pueblo de raíz muy diferente, bajo el influjo constante de Suecia acabaron por suscribir una mentalidad social y unos hábitos laborales totalmente escandinavos. De los checos puede decirse otro tanto con relación a la vecina Alemania. El alma eslava de los checos terminó adquiriendo rasgos y normas de comportamiento más frecuentes en los pueblos de raigambre germánica. El imperio cercano los sojuzgó con frecuencia, pero también los preñó de virtudes.

Desde hace siglos los rusos sospechan y comparten estas amargas aseveraciones de tan difícil demostración. Por eso el zar Pedro y la zarina Catalina siempre buscaron en Francia, Inglaterra o Alemania el ejemplo y la inspiración capaces de sacudir la conciencia nacional y de situar a Rusia a la cabeza del mundo. Desconfiaban de sus raíces eslavas. En el Kremlin siempre se ha sabido que Rusia es el mayor y potencialmente el más rico de los países modernos. Pero, simultáneamente, también se ha percibido que había algo en el

comportamiento de la gente que impedía que Moscú ocupara la cabeza del planeta. Eso era verdad en la Rusia semifeudal de los Romanov. Lo siguió siendo bajo el comunismo científico y colectivista de Lenin, Stalin o Gorbachov. Probablemente lo siga siendo bajo el capitalismo. Es terrible tener que escribir estas cosas, pero la terquedad de los hechos a veces no deja otra opción disponible.

10 enero 1990

La verdad os hará libres

Hace diez años, en su viejo apartamento frente al Sena, el pensador francés Jean Francois Revel reflexionaba melancólicamente sobre el fin de las democracias. Tenía razón para estar triste. Occidente parecía quebrarse ante el avance incontenible del totalitarismo. En Washington mandaba Carter, un hombre bueno, pero sin liderazgo, que encarnaba a la perfección el empobrecido espíritu de derrota que entonces imperaba en la nación americana.

La OTAN se estremecía por incontables disputas originadas en un fenómeno diariamente constatable: los pueblos no querían pagar el costo de la defensa común ni continuar prestando el suelo para instalar misiles o el espacio aéreo para pasear aviones de combate. La insolidaridad y la desmoralización eran la orden del día. Desde Teherán, Jomeini enseñaba los dientes y chantajeaba a Washington con un puñado de rehenes indefensos. En Africa, las tropas cubanas se enseñoreaban de Angola y Etiopía. Vietnam hacía metástasis por toda la península indochina. En Nicaragua, las guerrillas sandinistas entraban victoriosas en Managua y enseguida enseñaban la oreja marxista-leninista. Inmediatamente, un Castro eufórico le declaraba al historiador venezolano Guillermo Morón que en el plazo de una década el Caribe y Centroamérica serían un tranquilo mar regido desde La Habana.

Podía pensarlo. La inflación, los altos intereses y el precio del petróleo mantenían al borde de la crisis a casi todas las naciones industrializadas. El

índice de desempleo aumentaba en los países ricos y el ya multitudinario Movimiento de los No Alineados se escoraba hacia Moscú, porque en el Este el panorama era casi opuesto. La URSS había conseguido la paridad militar y marchaba disciplinadamente hacia la supremacía con el Pacto de Varsovia a cuestas. Según todos los síntomas, el siglo XXI estaría bajo la admonición del santo padre Marx. Como paso previo, la Europa libre -se dijo entonces- en breve sería finlandizada. Se convertiría en un obsequioso apéndice del mundo comunista, siempre a la tensa espera del zarpazo final. El planeta-tarde o temprano-sería rojo. La democracia y la libertad política no habrían sido otra cosa que una breve ilusión en la historia empecinadamente despótica del bicho humano. Con el paso del tiempo hasta se llegaría a olvidar que una vez había habido parlamentos y sociedades libres reguladas por la ley, la decencia y la persuasión. Revel, con razón, destilaba amargura a orillas del Sena.

Pero las cosas no ocurrieron así. Casi sucedió lo opuesto. En apenas diez años el pesimismo occidental se convirtió en euforia. A una sorprendente velocidad se deshizo la inminente pesadilla de un mundo sovietizado por la fuerza o por la intimidación. Y todo ocurrió en esta década prodigiosa. Una década que comenzó con el disidente Sajarov, solo y acosado, desterrado en Gorki, y culmina con el diputado Sajarov, velado en el Parlamento, muerto en olor de democracia en medio de un país que comienza a vivir la arriesgada aventura de la libertad.

¿Qué pasó? ¿Por qué la amenaza comunista se desarboló espontáneamente cuando estaba más cerca que nunca de lograr sus objetivos?

La tentación más grata consiste en decir que, al cabo, triunfó la fuerza de una ideología superior, pero eso no es suficiente. El desplome del Este no es tanto el resultado de nuestras virtudes como la consecuencia de un defecto capital en el desarrollo del modelo comunista de Estado: durante años, durante décadas, ignoraron y tergiversaron la realidad económica maquillándola de acuerdo con las conveniencias políticas. Era un sistema dedicado frenéticamente a la ocultación de la verdad, y el precio de ese escamoteo es siempre la catástrofe. Al final, los regímenes comunistas cayeron bajo el peso de sus propias mentiras.

Porque todo ha sido y es falso en el modelo económico de corte soviético: los precios, la calidad de las cosas, el valor de la moneda, la producción, la productividad y sus costes reales, el poder adquisitivo de los salarios, la relación entre recursos y prestaciones sociales disponibles, el valor, la calidad y la extensión de los servicios. Todo era mentira, y el caos subyacente se enmascaraba en una maraña de estadísticas fraudulentas concebidas para cumplir falsamente con los arbitrarios planes quinquenales.

Pero llegó un momento, el momento de Gorbachov, en que había que detener la estafa e intentar la búsqueda de la verdad, porque la insistencia en el engaño y la reiteración del discurso oficial no podían impedir la creciente descomposición económica del país. El país oficial brillaba fulgurante. El país real se caía a pedazos. Esa es la razón última del glasnost, es decir, del examen sin censura de los problemas nacionales. No se trataba de buscar la verdad por altas razones morales, sino porque la verdad es el componente básico e insustituible de la prosperidad, del desarrollo armónico y de la superación de

los problemas. La mentira había podrido las raíces de la nación e impedía una enérgica terapia capaz de devolverle la vida. Por eso la perestroika, la reforma, tenía que ir de la mano del glasnost. Sin la verdad por delante, sin la admisión de la terca realidad, no eran posibles ni el diagnóstico adecuado ni la formulación del recetario.

¿Qué dirán los historiadores de esta década? Dirán, acaso, que hubo un pulso escalofriante entre Oriente y Occidente, entre el despotismo y la libertad, y que ganó la libertad. Dirán, tal vez, que el minuto final de esa contienda fue encarnado por Reagan y Gorbachov. Pero la realidad profunda es más abstracta y hermosa, casi teológica: fue una batalla entre la verdad y la mentira. Y cuando terminó la década, se hizo la luz.

17 enero 1990

El imperio se queda sin coartada

Yo no sé si Gorbachov es el más grande estadista de la década, pero probablemente es el más iluso. Y quien lo dude sólo debe repasar el video del líder soviético discutiendo apasionadamente con el pueblo lituano en las calles de Vilna, intentando disuadirlo a viva voz de su voluntad separatista, alegando que la perestroika y el glasnost pueden ser barridos desde la derecha si continúa en aumento la temperatura nacionalista en los bordes del imperio.

Pobre Gorbachov. No se da cuenta que el país que a duras penas gobierna se ha quedado sin discurso para sujetar al imperio. La Rusia de los zares tenía el suyo. La casa imperial mandaba porque el zar era la cabeza de un Estado y de una Iglesia milenaria, y había sido designada por Dios para controlar por la fuerza a los hombres y a las naciones. Catalina, Pedro el Grande, la saga triste de las Romanov, unían y fundían en la Corona cien idiomas, veinte naciones, varias civilizaciones. El cetro, de origen divino, era el crisol, la armazón del aparato imperial.

En 1917 cayó el Zar, pero nada cambió porque el imperio encontró enseguida otra fuente de legitimación: la doctrina comunista. Las sagradas escrituras de Marx consignaban la existencia de una misteriosa fuerza centrípeta que trascendía y superaba toda la infinita variedad del imperio: la conciencia de clase de los obreros. Obrero era más que mongol, que tártaro, que armenio o que ucraniano. Más que cristiano o que islámico. Más que blanco o

asiático. Y los obreros, esa categoría metafísica descubierta por el pensador alemán, supuestamente vertebraban la defensa de sus intereses comunes en una institución más allá de toda sospecha egoísta: el Partido Comunista. Es decir, la estructura eclesiástica de la nueva religión. Comunista era -también- más que turcomano o que bieloruso. Más que judío o mahometano. Más que todo.

Pero tras 70 años de práctica diaria, la nueva legitimación del imperio se vino al suelo, esta vez sin sustitutos. Los papeles de Marx resultaron ser una receta segura para alcanzar la miseria y la opresión. El Partido Comunista devino burocracia arbitraria y abusadora que ejercía el poder contra el pueblo. La tan cacareada conciencia de clase no llegó nunca a forjarse, mientras todas las categorías atomizadoras continuaban tercamente vigentes en el alma popular. Primero se era lituano o armenio, y luego obrero. Primero se rezaba a Mahoma o a Cristo, o se recitaba el Talmud, y luego se era obrero. Primero se hablaba uzbeko o kirguís o ruso, y luego se era obrero. Primero se era cualquier cosa, antes que comunista.

Fracasado el marxismo, la URSS carecía de argamasa, de cemento para mantener unido el rompecabezas imperial. El poder, de pronto, iluminado por los haces del glasnost, se había quedado mudo y sin discurso en medio del escenario. Por eso Gorbachov, desesperado, patético, recurre ante los lituanos al último argumento a su alcance para mantener la unidad del Estado: el económico. Ya no puede convocar a nadie a la lucha final. No puede prometer una sociedad feliz e igualitaria, y como no tiene coartada para justificar el imperio, le echa mano al más triste de los sobornos. Los lituanos -dice- no

pueden sobrevivir fuera de la URSS. Y enseguida pregunta: ¿quién les va a dar el petróleo a precio preferente?

Eso qué importa, se responden los lituanos. Los daneses, los suecos y los finlandeses --esos hermanos de los pueblos bálticos-- pagan por el barril de crudo el precio de mercado, lo que no les impide ser diez veces más ricos y más libres que sus vecinos atrapados detrás del telón. En todo caso, los lazos económicos no son suficientes para mantener voluntariamente atadas a las repúblicas bálticas al corazón ruso del imperio. Más aún: a largo plazo a los rusos tampoco debe interesarles sostener a su imperio a costa del insólito saqueo de la metrópoli por parte de unos pueblos presuntamente vasallos. No tiene el menor sentido intentar comprar la lealtad los armenios o de los lituanos vendiéndoles el barril de petróleo a cinco dólares en lugar de los veinte que marca el mercado. A fin de cuentas, los rusos de origen eslavo suman la cifra de 145 millones de personas-el 50 por ciento del censo de la URSS- y el territorio en el que se asientan alcanza los 18 millones de kilómetros cuadrados -el 80 por ciento de la totalidad-, es decir, dos veces la extensión de Estados Unidos, y -con mucho-la más grande nación del planeta.

¿Sabrán los rusos replegarse a sus fronteras naturales? ¿Sabrán desprenderse sin sangre y sin guerras civiles de las adherencias imperiales adquiridas en cinco siglos de incesantes conquistas? Ese reto es mayor y más trascendente que el abandono del comunismo. A la postre, la ideología -en esto Marx no se equivocó- es un elemento superficial en la naturaleza íntima de los pueblos. En cambio, los rusos constituyen una etnia claramente perfilada -la

eslava-, incardinada en una peculiar civilización -la grecocristiana- surgida en el oriente del Mediterráneo- capaz re constituir una nación admirable en muchos aspectos. Pero para esos fines, el imperio tiene que deshacerse y liberar su aprisionado corazón. Si Gorbachov lo logra, será el estadista más grande del siglo. Pero tiene muy pocas probabilidades de conseguirlo.

10 febrero 1990

29

La pobreza del análisis marxista

El señor Gorbachov está en medio de un fuego cruzado. Por su derecha lo acusan de haber provocado en la URSS una especie de caos creciente sin acabar de resolver el problema de la intendencia. Pese a sus promesas, siguen sin aparecer las lechugas. Por su izquierda, le imputan falta de imaginación y lentitud en el desarrollo de la reforma. Pobre Gorbachov. Sus críticos no quieren entender que el precio de la democratización del sistema llevaba necesariamente al desmembramiento del Estado. No podía ocurrir de otro modo, porque el país era una creación artificial que sólo se sujetaba con la punta de las bayonetas.

¿Cuándo se inició el distanciamiento de las repúblicas bálticas de la metrópoli moscovita? ¿Cuándo empezó la guerra civil entre armenios y azeríes? La respuesta más evidente apuntaría a la era de Gorbachov, pero la verdad profunda es mucho más inquietante: esos conflictos, de signo diferente, surgieron en la Edad Media y desde entonces se mantienen vivos y coleando. Antes de que existiera Rusia. Antes de que nadie se imaginara que ciertas tribus feroces acampadas en la ribera del Báltico alguna vez se convertirían en Latvia, Estonia y Lituania.

Es bastante sencillo de entender: bálticos y rusos pertenecen a dos familias espirituales parcialmente diferentes y -en cierta medida- antagónicas. Los bálticos fueron cristianizados -los últimos de Europa, por cierto- dentro del rito latino revivido por el Sacro Imperio Romano Germánico, mientras Rusia creció a la sombra y al influjo de Bizancio. El cristianismo de los bálticos es romano. El de los rusos es griego.

Eso imprime carácter. Ese sello civilizador es tan poderoso que alcanza para explicar la visceral dicotomía entre pueblos del mismo origen étnico pero diferente familia cristiana. Checos y polacos son eslavos, como los rusos o los búlgaros, pero el común ancestro pesa menos que la clase de herencia cristiana. Checos y polacos llevan el marchamo del cristianismo occidental. Rusos y búlgaros del oriental.

Entre azeríes y armenios la hostilidad tiene un origen parecido. En este caso, no se trata de un choque entre dos versiones fronterizas del mismo credo, sino otro episodio de la batalla secular entre el Islam y el cristianismo. Batalla

inconclusa que alcanzó su mayor dramatismo histórico en el siglo XV, precisamente en aquel vecindario, cuando los turcos, alabando a Mahoma, franquearon las murallas de Bizancio y le pusieron fin al Imperio grecocristiano.

Evidentemente, era imposible que una falsa federación, como la rusa - llamada URSS a partir de 1917-, hecha de retazos disímiles y antagónicos, construida a cañonazos por zares y boyardos, se sostuviera por las buenas dentro de un modelo democrático de gobierno. Tenía que cuartearse exactamente por las líneas, coyunturas y cicatrices de los viejos e inextinguibles rencores.

¿Por qué Gorbachov y los reformistas no supieron anticipar estos inevitables conflictos? Probablemente, porque eran víctimas del pobre análisis marxista. Para un marxista la ideología - y ahí se incluye toda percepción humana, desde el nacionalismo hasta las creencias religiosas- es un producto de la realidad económica que prevalece en una sociedad, y en especial del régimen de propiedad que en ella exista. ¿Cómo creer, entonces, después de 70 años de socialismo, que la ideología de los pueblos que formaban la URSS todavía podía depender de hechos acaecidos hacía quince, diez o cinco siglos, sucesos que, aparentemente, habían sido borrados de la memoria histórica de los soviéticos?

Simplemente, los marxistas no estaban preparados para darse cuenta de que resultaba totalmente imposible mantener la federación y conceder simultáneamente la democracia a los pueblos que la componían. Sus dogmas les impedían ver la más obvia de las realidades. A fuerza de repetir la idiotez de

que la religión es el opio de los pueblos, nunca llegaron a entender que más bien se trata de su savia nutricia.

¿Le costará el cargo a Gorbachov este fracaso? Probablemente sí, aunque tal vez no ahora, sino un poco más adelante. Sin embargo, la pregunta más importante no es ésta, sino ésta: ¿Podrá su sucesor, cualquiera que sea, restaurar sin fisuras las fronteras del imperio? Si los marxistas abandonaran sus débiles métodos de análisis, y recurrieran al examen desapasionado de la historia y al sentido común, descubrirían que es totalmente inútil intentar sostener un imperio cuando comienza a resquebrajarse. Pero tal vez sea pedirle peras al olmo.

25 marzo 1990

El error lituano

Lituania está a punto de ser arrasada. Esta vez no sólo será la víctima de una terrible agresión, sino también de su propia impaciencia. Era razonable que los lituanos exigieran la independencia conculcada por Moscú tras los pactos celebrados entre nazis y comunistas en 1939, pero es absurdo que no advirtieran que esa justa reclamación no podía llevarse a cabo unilateralmente mediante una política de hechos consumados.

Es increíble que el Parlamento lituano no se haya dado cuenta que Gorbachov no puede aceptar, sin caer, que una de las repúblicas de la URSS, aunque haya sido incorporada por la traición y la fuerza, se salga del redil sin un acuerdo previo con la metrópoli. Si Gorbachov admite esta independencia de Lituania, la perestroika tiene sus días contados en la Unión Soviética. Es muy sencillo: no es factible, al mismo tiempo, reformar la ideología, la estructura del Estado y las fronteras del país. Llevar a cabo una revolución exitosa, esto es, que consiga los fines que se propone, es casi un milagro. Pero llevar a cabo tres revoluciones simultáneamente es imposible.

Obviamente, tras la independencia de Lituania, y con los mismos derechos, hubieran seguido las de Letonia y Estonia. Ese ejemplo enseguida hubiera envalentonado a las repúblicas islámicas del sur y, a medio plazo, quién sabe si hasta Ucrania y Bielorrusia, los dos incómodos vecinos eslavos, también hubieran sentido la tentación separatista.

Por supuesto, yo no estoy justificando la intervención soviética en Lituania, sino señalando, con dolor, un dato de la terca y casi siempre miserable realidad geopolítica. Los lituanos, antes de jugar la carta audaz de la independencia unilateral, tenían que haber calculado las posibles reacciones de un Gorbachov acosado por la derecha y por la izquierda de su Partido, desacreditado e impopular por los crecientes problemas económicos de su país, y asustado por las revueltas étnicas acaecidas en la franja islámica de la URSS.

Por otra parte, son muy ingenuos los lituanos si piensan que un gesto heroico como el que han realizado les va a granjear la solidaridad política de Occidente. Eso no es cierto. Seguramente los ciudadanos de a pie se sentirán emocionados por la valentía del pueblo lituano, y repetirán, a coro, que Moscú sigue siendo un implacable poder colonialista. Pero en la frialdad de los palacios de gobierno, y en las casas parlamentarias de este perro mundo libre o esclavo, la reacción va a ser mucho más tibia.

Porque la ruptura de un Estado, aunque sea tan artificial y contra natura como la URSS, pone muy nerviosos a todos los gobernantes del planeta. A los ingleses, que no saben muy bien cuál será el destino final de su enquistada porción irlandesa. A los franceses, que no les gustaría que sus corsos algún día hicieran lo mismo que los lituanos. A los españoles, que no podrían admitir que los catalanes, los vascos o los gallegos proclamaran su independencia de forma unilateral. Y ese mismo razonamiento se aplica a otros 25 países de este imperfecto universo en que vivimos. En todo caso ¿tenían otro camino los lituanos si querían con toda razón, separarse de la URSS? ¿No era éste,

precisamente, el momento ideal, puesto que el poder central se encontraba débil y atareado con otros graves problemas internos? No, ese razonamiento no es válido. Nunca es más peligroso el tigre que cuando está herido. A lo último que puede renunciar el Poder es al mantenimiento del orden público y de la integridad de las fronteras. Lituania, y las demás repúblicas bálticas - si la URSS no se desintegra en una peligrosísima guerra civil sólo pueden conseguir su independencia mediante un laborioso pacto por etapas que contemple una recuperación gradual de las facultades soberanas. Desgraciadamente ésa es una solución poco dramática, casi antiheroica, a la que no suelen acudir los pueblos en los momentos de exaltación patriótica. Sólo que cuando es demasiado tarde acaban descubriendo que es preferible ver ondear mañana la bandera que utilizarla hoy como mortaja.

3 mayo 1990

La perestroika en la selva

Predecía un gran periodista europeo que la noticia del fin de las dictaduras de Europa del Este, y el descrédito total del marxismo tendrían un efecto devastador sobre las guerrillas comunistas en el Tercer Mundo. "Es -afirmaba- como si unos misioneros en la selva africana hubieran recibido un telegrama del Vaticano con la noticia de que Jesús no existió nunca; el Papa, en consecuencia, se había casado y las órdenes religiosas habían sido disueltas". y en seguida agregaba con malicia: " A los comunistas se les ha casado el Papa...tienen que deponer las armas y renunciar a la toma violenta del poder".

Lamentablemente no es del todo cierto. Lo que está ocurriendo en algunos países de América Latina es menos halagüeño. Ante los sucesos de Europa, los guerrilleros colombianos se han dividido en dos sectores adversarios. Los procubanos, duros e intransigentes, protegidos por La Habana, convencidos de que Gorbachov es un agente de la CIA y las reformas soviéticas una fabricación de los servicios secretos occidentales, y los perestroikos, dispuestos a deponer las armas y a buscar un espacio político dentro de la sociedad plural y capitalista que combatieron a sangre y fuego durante décadas.

Hasta hace muy poco eran seis los ejércitos guerrilleros vinculados a la Coordinadora Simón Bolívar , un frente militar en el que los grupos subversivos perfilaban sus estrategias y dirimían sus diferencias, utilizando casi siempre al propio Fidel Castro como *power broker* cuando surgían conflictos muy agudos entre los distintos bandos. Ahora la Coordinadora ha quedado virtualmente reducida a tres grupos empeñados en la aventura militar , mientras los otros tres, acusados de traidores y con los canales de comunicación con La Habana totalmente cerrados ensayan el difícil y peligroso ingreso al juego político, bajo el fuego cruzado, muy real y sangriento, de sus antiguos camaradas y de grupos paramilitares de derecha que no renuncian a la venganza.

Pese a los síntomas aparentes. la crisis del movimiento guerrillero comunista no es tan prometedora como debiera para las azoradas democracias latinoamericanas. Es muy posible que los *procubanos*, ahora desprovistos de legitimidad ideológica coherente, deriven hacia una especie de fundamentalismo asesino, muy cerca del modelo aniquilador y loco de Sendero Luminoso, mientras los que han renunciado a las armas, pero no a un proyecto político de izquierda, no encuentren un partido político capaz de canalizar sus inquietudes. Eso es grave para la estabilidad democrática.

¿Cómo se explica la indiferencia ante la realidad que muestran las guerrillas procubanas? ¿Cómo es posible que algunas de las guerrillas comunistas, lejos de desmoralizarse por el acontecimiento de Europa del Este, se reafirmen en la lucha armada, acentúen aún más su salvajismo, y continúen soñando con tomar el poder para instaurar un modelo de Estado que ya

pertenece a un pasado irrecuperable? La respuesta no hay que buscarla en la ideología sino en el drama personal de muchos de estos guerrilleros: en realidad no saben hacer otra cosa que vivir en el monte matando, robando o secuestrando. Hay algunos que llevan cuarenta años alzados en armas. Hace mucho tiempo que sus objetivos políticos se fueron desdibujando y la guerra acabó convirtiéndose en un modo de vida irrenunciable. De ahí que la división entre procubanos y perestroikos esconde otra dimensión menos ideológica: los procubanos suelen ser tipos sin oficio ni beneficio, escasamente educados, mientras los perestroikos son capaces de integrarse sin dificultades a la vida pública, a la cátedra o al sector privado. Son perfectamente reciclables en una sociedad capitalista. Pueden luchar y abrirse paso en ella. Incluso, pueden triunfar. Los procubanos en cambio, tras su terquedad estalinista esconden una radical incapacidad para ganarse la vida.

Este análisis nos precipita a una dolorosa conclusión: en algunas naciones de América Latina -Perú, Colombia, quizá El Salvador- la lucha contra el fundamentalismo comunista probablemente va a ser mucho más sangrienta de lo que ha sido hasta ahora. Esa guerrilla, fanatizada y rabiosa, va a pasar de los asesinatos selectivos a las masacres indiscriminadas, provocando en la sociedad una respuesta tan enérgica y brutal como las agresiones que le infligen. Tanto en Perú como en Colombia se va abriendo paso la propuesta de autorizar juicios militares, constituidos por tribunales secretos, autorizados para juzgar y condenar sumariamente a los acusados de subversión. Tampoco se descarta la instauración de la pena máxima contra los delitos de terrorismo. Es

como si instintiva y fatalmente todos comenzaran a admitir que ha llegado la hora final del exterminio. Extraña manera de celebrar las bodas de un Papa.

10 mayo 1990

Los rusos en la boca del lobo

Los rusos se metieron en la boca del lobo. Entraron desprevenidos, tras la flauta mágica de Jiri Valenta, el habilísimo Director del Instituto de Estudios Soviéticos de la Universidad de Miami y los que vinieron son realmente importantes: Georgi Arbatov, el americanólogo más destacado de la URSS, e ideólogo fundamental de la diplomacia soviética; Yuri Afanasiev, cabeza, junto a Boris Yeltsin, de la tendencia más radical y democratizante del reformismo que sacude a la URSS; el economista Schmeliov del Soviet Supremo, y otra docena de políticos, diplomáticos y periodistas, entre los que se incluye el editor de la publicación de mayor tirada en todo el mundo: V. A. Starkov, amo y señor de *Argumenty y Fakti* (30 millones de ejemplares), y Sergo Mikoyan, padre de la revista América Latina, e hijo de Anastas Mikoyan, aquel famoso armenio incombustible, que transitó entre Stalin y Brezhnev sin chamuscarse el fino bigotito de amianto negro, misteriosamente sostenido por una nariz de gancho que no dejó de salir en los periódicos durante medio siglo.

Los rusos vinieron a hablar del glasnost, la perestroika y las relaciones entre la URSS y Estados Unidos, pero -claro- acabaron hablando de Castro. O de cómo acabar con Castro, que es el único tema que se discute en Miami desde hace 30 años, y del que ningún conferenciante puede evadirse, aunque el objetivo original de su disertación haya sido explicar las propiedades de la vacuna contra la sarna en el bajo vientre.

Arbatov se lo temía. Por eso el texto de su conferencia trae un párrafo clave dedicado a Castro -aunque no lo menciona- que no deja duda alguna sobre el rechazo que el barbudo cubano hoy provoca en el Kremlin, y sobre la ruptura que inevitablemente se avecina. Dice Arbatov: "Frecuentemente la autoproclamación de socialista de este o aquel dictador ha sido considerada por nosotros una razón suficiente para volcarnos en su ayuda, aunque el único aspecto positivo que este tipo de gobernante encontraba en el socialismo era un sistema de gobierno totalitario controlado por un partido único". Y enseguida Arbatov consignaba la advertencia ominosa: "La ayuda que los soviéticos hemos despilfarrado con nuestros clientes y aliados en el Tercer Mundo ha sido excesiva y en muchos casos malgastada por la ineficiente aplicación e imitación de nuestro burocratizado estilo administrativo. El pueblo soviético cree que la mayor parte de los noventa mil millones de rubios que el Tercer Mundo hoy le debe a la URSS, debería haberse gastado en el mejoramiento de condiciones de vida en nuestra propia nación". García Márquez suele decir últimamente que Fidel Castro está en una celda de metro y medio por metro y medio, de la que no puede salir y en la que tampoco puede permanecer. Si el novelista colombiano lee los papeles de Arbatov y participa en el diálogo Moscú-Miami, llega a la conclusión de que la celda de su amigo es aún más diminuta.

Con estos truenos es muy difícil que el subsidio soviético a la revolución cubana -5,000 millones de dólares anuales- se sostenga a partir del año 1991. A nadie en la URSS le interesa mantenerlo, salvo a una facción nostálgica y conservadora que pierde su influencia día a día y elección tras elección. ¿Cómo

Castro va a salir de la celda imaginaria en que le ha situado García Márquez? En este momento está ensayando una fuga que no tiene posibilidad alguna de éxito: preparar unas reformas superficiales para anunciarlas a bombo y platillo en el próximo Congreso del Partido y proclamar que el país entró en un periodo de cambios originales y autóctonos. Es decir, otra vez la desacreditada táctica del Gatopardo: modificar algunas cosas para que todo siga igual.

Eso es inútil. A estas alturas de la historia solamente hay una salida de la ratonera: apertura política total, convocatoria a elecciones multipartidistas, libres y supervisadas, exactamente igual que en Alemania, Checoslovaquia, Polonia o Nicaragua. Seguramente Castro perdería el poder y terminaría el comunismo en la Isla, pero al menos el *Máximo Líder* podría abandonar la incómoda celda y dedicarse a escribir sus memorias en Suecia, o en México, junto a su amigo Tomás Borge, o donde menos le duela la soledad de la mota y la ausencia de un auditorio al cual endilgarle discursos de 14 horas. ¿Es todo eso un sueño? Puede ser, pero hoy por hoy los soviéticos también lo están soñando. Y si no me creen despierten al señor Arbatov y pídanle prestados los papeles que ha escrito. Como el genio de *Aladino*, la revolución acabará embotellada en una urna.

3 junio 1990

Matar a Yeltsin

Hace algún tiempo un par de agentes del KGB le explicaron a Boris Yeltsin cuán sencillo sería liquidarlo sin dejar huellas. Bastaba, por ejemplo, con que, en medio de los abrazos de la multitud, le adhirieran a la chaqueta un minúsculo receptor de ondas. A continuación, y desde cierta distancia, un trasmisor especial comenzaría a transmitir a once megahertz. A esa intensidad el corazón se le detendría, y caería desplomado en medio del gentío. En ese instante otro agente retiraría el receptor, y el mundo entero quedaría convencido de que la emoción política había derrotado a la ajetreada anatomía del líder radical.

Yeltsin le tiene miedo al KGB. Y con razón, porque dentro de ese monstruoso aparato existe un llamado Departamento de vigilancia de la Constitución, descendiente del tremebundo Quinto Directorio, que no le pierde pie ni pisada a los comunistas o excomunistas situados a la izquierda de Gorbachov, y a cuyos miembros Yeltsin atribuye unos cuantos episodios de acoso psicológico de que ha sido víctima.

¿Recurriría el KGB al asesinato de Yeltsin para impedir una mayor radicalización de las posturas anticomunistas? A estas alturas, y tras su elección como Presidente de la República Rusa no parece probable, pero tampoco debe descartarse esa posibilidad. Todo depende de cómo bascule el poder dentro de la lucha interna que también sacude al KGB. Porque en la URSS no hay una sola institución inmune a la querrela de los límites de la reforma gorbacheviana. Es posible que en el ejército -por su horror tradicional a la indisciplina y al

desorden-, o en el KGB -por su condición de cuerpo dedicado a mantener a toda costa el status quo- prevalezcan las posiciones conservadoras, inmovilistas, pero la crisis por la que atraviesa la URSS también afecta a esas dos importantísimas instancias de poder, como ha revelado el general Oleg Kalugin, ex jefe de la contrainteligencia soviética, hoy vinculado al sector más reformista.

La sacudida todo lo estremece: la cúpula académica, los administradores, o cualquier organismo o empresa con alguna relevancia dentro de la sociedad soviética. Es muy sencillo de explicar: la crisis en la URSS es, fundamentalmente, una crisis del Partido Comunista, y en ese modelo de sociedad no existen límites reales entre Estado, Gobierno y Partido. Y, en general, para ser miembro del KGB o de la dirección del ejército, para ser decano de una facultad universitaria, magistrado o administrador de una gran fábrica, hay que pertenecer al Partido. El Partido es el origen y fuente del poder, y eso, precisamente, es lo que se está resquebrajando, y lo que explica las grietas que se observan en todas las instituciones del Estado soviético.

¿Cuál va a ser el desenlace de este conflicto? ¿Podrán prevalecer las fuerzas democratizadoras o serán barridas por los conservadores? Hoy -todavía- es posible responder que la clave final radica en lo que suceda en el seno del Partido, pero a condición de que este organismo no se divida. Si el Partido se atomiza puede ocurrir casi cualquier cosa y nosotros, en Occidente, no tendremos manera alguna de prever el rumbo de los acontecimientos, y mucho menos de influir en ellos. A lo mejor, incluso, para entender lo que ocurre, deberemos limitar nuestro análisis al estudio de los líderes a los que se

les vaya parando el corazón en medio de las multitudes. Algo así como un ejercicio de periodismo forense: si se muere Yeltsin estarán venciendo los estalinistas. Si el cadáver es el de Ligachov, el triunfo estará más cerca de los radicales. Y si, acorto plazo, le toca el turno a Gorbachov, que Dios nos coja confesados. 10 julio 1990

34

Walesa contra Walesa

El señor Walesa se ha empeñado en destruir su propia leyenda personal. Inexplicablemente, ha abandonado el pedestal en que la patria -con toda justicia- lo había encaramado, para solicitar la incómoda plaza de presidente de una república cuyo cuadro económico parece ser el más cruel de los chistes polacos.

El asunto es lamentable, porque Walesa es un magnífico símbolo, pero probablemente se convierta en un pésimo presidente. Su campechana ingenuidad, su intelecto poco cultivado de electricista que confesaba haber leído muy poco, incluso su formación de sindicalista militante, eran virtudes durante el periodo de lucha contra el comunismo, pero seguramente son defectos en el manejo de una compleja nación en su más delicado momento político.

Tal vez por eso se le han enfrentado los mejores cabezas de Solidaridad y del gobierno que él mismo ayudara a construir. El Premier Tadeusz Mazowiecki no quiere a Walesa como Jefe de Estado, ni el parlamentario Bronislaw Geremek, ni Adam Michnik, ni el siempre combativo Jacek Kuron.

La *intelligentsia* polaca no desea a Walesa como presidente. No lo quieren en Varsovia dirigiendo personalmente los hilos del gobierno. Lo prefieren en Gdansk, tutelando con su bien ganado prestigio el difícil tránsito hacia una economía de mercado y el desmantelamiento de un Estado totalitario minuciosamente arruinado.

Tienen razón los intelectuales polacos. En momentos de crisis -y la de los polacos va para largo-- hay que convocar a unas medidas de austeridad que inevitablemente golpean a toda la sociedad, pero que suelen ser especialmente crueles con los más pobres. Los sindicalistas no están adiestrados para ejercer esa indeclinable crueldad. ¿Cómo decirles a los obreros que tienen que trabajar más y gastar menos para sacar adelante a la patria? ¿Cómo convencer a millones de pobres de que gastan demasiado en comparación con lo que producen? ¿Cómo explicarles a los mineros que, hay que cerrar la mitad de las minas porque no son rentables? Quien se ha pasado la vida luchando contra la injusticia ¿cómo puede de la noche a la mañana defender un sistema que admite con toda naturalidad las mayores desigualdades, porque sabe que forman parte inevitable de la receta de la prosperidad y el éxito colectivos? El jefe de un Estado capitalista -y hacia ese destino quiere marchar Polonia- no debe tener una mentalidad clasista proproletaria. Tampoco debe ser un empresario puro y duro, cuyo objetivo vital sea acumular dinero, porque acabaría por gobernar para beneficio exclusivo de un peculiar grupo de interés.

No hay hombre de Estado químicamente perfecto, pero los más útiles suelen ser los que combinan un saber específico -economía, derecho,

periodismo, ingeniería- con una amplia visión humanista que le permite ver a la sociedad desde distintas perspectivas. La historia, la sociología, incluso la literatura, pueden ser magníficos instrumentos a la hora amarga de tomar decisiones de las que van a depender la fortuna de unos y los infortunios de otros. Walesa carece de esa carga intelectual. Es bueno, sacrificado, inteligente, tenaz, posiblemente cuenta con una gran dosis de sentido común, pero ese equipaje no es suficiente para la travesía.

No obstante, es casi seguro que acabe instalado en la poltrona presidencial. Walesa es demasiado popular y demasiado querido para que los electores se priven de la satisfacción y del error de ponerlo al frente del país. Lo siento por él: por medio de los telediarios iremos viendo como su sonrisa amable y pegajosa se le irá borrando poco a poco de la cara hasta convertirlo en un personaje mucho menos simpático y entrañable. Y al cabo de poco tiempo medio país le tirará los trastos a la cabeza. A los símbolos nadie los maltrata, pero los presidentes están ahí para recibir todas las bofetadas en el mismo carrillo.

3 agosto 1990

Alemania: La compasión y el asco

El más frecuente de los espectáculos en la Alemania de hoy es el de los viejos propietarios de la zona del Este, a la ilusionada espera de que el gobierno los compense por cuanto perdieron a manos de los comunistas hace casi medio siglo. Bono va a indemnizarlos. Y hace bien. La sociedad debe pagar sus errores, y el nazismo fue un gravísimo error de todo el pueblo alemán y no sólo de un puñado de locos. Un error sin cuya existencia nunca hubiera ocurrido la pesadilla de Alemania del Este.

Pero no sólo van a recibir dinero los dueños de casas, fincas o fábricas irrecuperables. También el Estado alemán va a compensar a las decenas de miles de presos políticos, y a las familias de los infelices que murieron en los calabozos a manos de la *Stasi* o en el intento de cruzar las alambradas. Los presos políticos van a recibir algo así como mil dólares por cada mes transcurrido en las cárceles. Y eso me parece conmovedor, porque de todas las fechorías realizadas en nombre de Marx, de todas las injustas confiscaciones, ninguna ha sido más cruel y reprochable que el encarcelamiento sistemático de esa muchedumbre de hombres y mujeres a los que el comunismo les quitó la vida, pero les dejó el corazón latiendo, para que el castigo fuera aún más cruel.

Porque la cárcel política es exactamente eso: la injusta confiscación de la vida, la cancelación de los sueños, la tortura infinita de saber que del otro lado de la reja es posible la ilusión, el cambio, el proyecto renovado, el amor, la aventura loca, el misterio del calor familiar, mientras en la celda el tiempo se

consume inútilmente en días iguales que no dejan otra huella que ese lento surco con el que poco a poco la piel se va cuarteando sin propósito. A los presos políticos el comunismo les robó la vida, y el Estado alemán, que es serio y responsable, como no se la puede devolver, porque el tiempo no es oro, como dicen los idiotas, sino tiempo, que es algo mucho más valioso, reparará el crimen con una indemnización metálica procaz e inelegante, pero útil para apuntalar lo que se ha salvado del dolor.

Afortunadamente, no es sólo la compasión con las víctimas lo que hoy estremece la conciencia alemana. También se siente en la atmósfera una muy justa bocanada de asco. Asco contra los victimarios. Asco contra los dirigentes y miembros de un partido tan meticulosamente pernicioso y falto de piedad como el comunista. Asco contra la policía política, brazo ejecutor de una doctrina que sólo podía contener sus fisuras con la sutura cruel del alambre de espino. Asco contra quienes les dieron forma y sentido a cuarenta y cinco años de horrores y de errores inútilmente denunciados por las víctimas.

Pero hay una especial categoría de sabandijas a la que los alemanes parecen dedicarles hoy la mayor parte de sus inevitables rencores: los intelectuales y artistas que le sirvieron de coartada a la dictadura a cambio de pequeños privilegios, de cierta fama controlada, de viajes al extranjero, de exhibiciones o traducciones negociadas por los inflexibles comisarios de la cultura. Y dentro de ese mundillo, los más despreciados victimarios son los escritores, porque ellos tenían el don de la palabra. Y la palabra existe para nombrar las cosas, no para ocultarlas. La palabra está ahí, entre los hombres,

para describir la realidad, para romperla en busca de verdades diminutas, de certidumbres, y los intelectuales del comunismo la prostituyeron. La convirtieron en un ruido cínico entonado para justificar lo injustificable y para ahogar las voces de protesta y las quejas de los perseguidos.

¿Qué va a escribir ahora la novelista Christa Wolf? ¿Se hundirán sus obras en el desprecio como ocurrió con los papeles del fascista Celine tras la Segunda Guerra Mundial? ¿Cómo se sentirá hoy Hermann Kant, el presidente de la Unión de Escritores y apologista de todas las miserias comunistas acaecidas en el país? ¿O

tal vez se le ocurra organizar una ceremonia de autocrítica de las que tanto disfrutaban los estalinistas?

Afortunadamente estos victimarios van a ser castigados sin necesidad de un nuevo Nuremberg. No los van a juzgar los jueces más severos de la democracia, sino por un mecanismo implacable que existe en Occidente: el mercado. A estos escritores se les acabó ya el sueldo de burócratas y la insolencia de funcionarios del justodestino-de-la-humanidad con que solían moverse por el mundo. Y se les acabaron las traducciones pactadas entre sus cómplices de otras latitudes y se les acabaron las conjuras en las que se les aplaudía mecánicamente, incluso en Occidente, sin que reparáramos en que no eran verdaderos intelectuales, críticos y honestos, sino focas amaestradas en el arte del encubrimiento. Estos señores tendrán ahora que descender del Olimpo en el que los habían recluso los inflexibles dueños de su fantasía para someterse a los rigores del mercado. En un futuro serán los alemanes,

libremente, quienes decidan, como consumidores soberanos, si vale la pena leer a Stefan Heyn. pese a su pasada devoción por el totalitarismo, o si es mucho más justo condenarlo a la mayor indiferencia, para que pague por la vileza de haber prestado voluntariamente su conciencia a la mentira. Eso es lo que probablemente ocurrirá. Los escritores deben estar en la trinchera defendiendo a gritos la verdad. Y hasta pueden recluirse en la torre de marfil a escribir Sonetos a la luna. Pero no les es dable chapotear en el fango toda la vida, porque al final les espera el asco. Y lo merecen.

10 enero 1991

Los comunistas se refugian en el pacifismo

Al pacifismo verde y bonachón, vegetariano y lector de Remarque, le ha salido un aliado de dudosa moralidad: la izquierda marxista que no se resigna al tapabocas que le ha dado la Historia. Y por ahí andan, codo con codo, quienes son amantes verdaderos de la paz, y quienes le hacen el amor a la paloma con la imaginación erótica clavada en las partes pudendas de los halcones de la guerra fría, añorando aquella época de la gloriosa bipolaridad, en la que Alemania estaba partida en dos, y Europa oriental se gobernaba con la punta de las bayonetas soviéticas. Lo ha escrito con toda claridad don Francisco Umbral, uno de los periodistas más leídos en España, porque escribe bien, y menos respetados, porque opina mal : "La guerra fría hacía posible Cuba y Afganistán, Panamá y Nicaragua. Desde que Gorbachov se sacó la *perestroika*, la apertura, la *glasnost*, la caída del muro, todo, han sido problemas".

Por lo menos hay que agradecerle la franqueza al señor Umbral. Ha dicho exactamente lo que piensan la mayor parte de los viejos comunistas europeos. Esos, como el francés Marchais, que hace pocas fechas convocaba a la solidaridad con la Cuba de Castro -último bastión del marxismo-leninismo en Occidente-, o como la dirigencia comunista italiana, siempre burlona contra Walesa y rencorosa contra Havel, pero francamente solícita con la Rumania ~ Ceausescu hasta la víspera misma de su caída.

La evolución de los partidos comunistas de Europa occidentales penosísima. Al principio tuvieron esperanzas en la *perestroika*. Ahora tienen

esperanzas en el Ejército Rojo. Aguardan, revoloteando como buitres en torno a los teletipos, la noticia de la entrada de los tanques soviéticos en el parlamento ruso y el fusilamiento al amanecer de gentes como Boris Yeltsin. (A Mijail Gorbachov, en cambio, probablemente se conformarían con deportarlo a redactar una infinita autocrítica).

Para esta gente la guerra de Iraq ha sido una bendición inesperada. Ideológicamente desmoralizados, repudiados en todas las urnas con gran vehemencia, reducido el marxismo a punto menos que una superstición grosera, necesitaban desesperadamente una causa para revitalizar a las huestes: el pacifismo se las ha dado. Claro que se trata de un pacifismo selectivo, porque ninguno de los partidos comunistas de Europa occidental ha hecho una vigorosa denuncia de la entrada de los tanques soviéticos en Lituania o en Letonia, ni el ametrallamiento de esos pueblos indefensos. Ni una protesta pública, ni una mínima manifestación, ni una pancarta contra Moscú se ha visto en manos de los neopacifistas del Partido Comunista. Nada, porque en el fondo de sus corazoncitos autoritarios celebran que el Ejército Rojo restituya en el Báltico el viejo orden estalinista.

¿Será posible que los partidos comunistas de Europa consigan resucitar al conjuro mágico de las consignas pacifistas antiamericanas coreadas durante la guerra del Golfo Pérsico? No lo creo. Se les ven demasiado las contradicciones. Es cierto que para la juventud europea -exceptuando Inglaterra- la guerra del Golfo Pérsico no parece ser un acontecimiento popular, pero de ahí a volver los ojos hacia los partidos comunistas hay demasiado

trecho. Todavía están muy frescos los testimonios de las víctimas rumanas, los relatos de los horrores cometidos por el KGB y la *Stasi*, las reveladas vinculaciones de los gobiernos de Europa oriental con los terroristas, las miserias inocultables del sistema donde quiera que fue aplicado, su estupidez, su ineficacia, su crueldad. Y también -por supuesto-- se conoce a fondo la complicidad de los partidos comunistas de Europa occidental con todo ese abyecto estado de cosas. La carga de descrédito es demasiado grande. Insuperable. Aunque ahora marchen vestidos de ovejas bondadosas, se les ve el plumero. Y no es de paloma, sino de halcones nostálgicos.

3 marzo 1991

Cómo establecer un nuevo orden internacional

Tras todas las guerras se habla de la creación de un nuevo orden internacional. Es el clásico paisaje diplomático después de la batalla. El fin de la guerra fría no es una excepción a esta ilusionada regla. Ni tampoco lo será el fin de la guerra del Golfo Pérsico. Obviamente, Bush pretende que durante su mandato se inicie una especie de duradera pax americana aprovechando la absoluta supremacía militar y económica de Estados Unidos y de los aliados. Wilson quiso hacerlo en 1918 al final de la Primera Guerra Mundial. Truman lo intentó infructuosamente en 1945. No puede haber una gloria mayor para un presidente americano.

Curiosamente, a los soviéticos -por lo menos a los de línea blanda- no parece disgustarles la idea. Al fin y al cabo, parte de las penurias por las que atraviesa la URSS se deben al espasmo imperial de la postguerra. El sistema era torpe, pero se agravó cuando aumentaron el perímetro de defensa con el invento de la Europa del Este. Después fue aún peor cuando intentaron conquistar el Tercer Mundo. Los pasillos del Kremlin se convirtieron en una corte de los milagros, con insaciables pordioseros como Mengistu, Castro o los camaradas vietnamitas, siempre con el jarro de pedir en la extendida mano revolucionaria.

Bien: poca gente duda que nunca han existido mejores condiciones para crear un prolongado clima de paz internacional. Pero ¿cómo se logra este benévolo periodo de concordia? Hasta ahora la única propuesta concreta es la

del Conde Lambsdorff, Presidente electo de la Internacional Liberal, y hombre clave de la política alemana. En medio del tiroteo del Golfo se fue a ver a Pérez de Cuéllar y le planteó la necesidad de que se creara un organismo internacional que conociera y regulara las ventas de armas en el planeta. Algo así como una aduana rigurosa capaz de impedir que la codicia de los comerciantes (y de los gobiernos) repita el triste episodio de la conversión de otro país agresivo en una potencia militar. Con Iraq ya había suficiente.

¿Por qué no? No es cierto que privar al Primer Mundo de las ventas de armas sea un golpe económico importante. Sólo la primera semana de guerra - sin contar los sufrimientos humanos- le ha producido a las potencias aliadas una pérdida infinitamente mayor que las utilidades que pudo proporcionarles crear en Iraq al cuarto ejército del mundo. Si Iraq, con sus enormes ingresos petroleros, no hubiera tenido acceso a la juguetería bélica, probablemente hubiera convertido esos recursos en inversiones sabias (como las que hacía Kuwait, por ejemplo). En vez de cañones hubiera comprado computadoras.

Pero la propuesta del Conde Lambsdorff, con ser muy importante, no resuelve del todo el problema. Probablemente los Sadam Hussein de este mundo se las ingeniarían para comprar bajo cuerda sus pertrechos de guerra. Hay que buscar otros mecanismos de seguridad. Y el que me parece más idóneo es el de exigirle a los gobiernos un comportamiento democrático, con prensa libre y parlamento multipartidista.

Me explico: los Sadam Hussein tienen muchas más oportunidades de proliferar en ambientes autoritarios que en la atmósfera transparente de las

democracias liberales. Eso no quiere decir que las democracias no paran monstruos, sino que lo más probable es que los aborten durante el proceso de gestación. Si los iraquíes hubieran podido manifestarse libremente, y si la prensa hubiera podido expresar opiniones diferentes al discurso oficial, es casi seguro que el señor Hussein no hubiera podido mantenerse en el poder, y mucho menos entregarse a sus empresas imperiales.

Tómese, por ejemplo, el caso de la URSS: hay una clara relación directa entre el grado de democracia y de transparencia informativa y el grado de moderación en la política exterior. La locura imperial siempre va de la mano de la dictadura. Cuando los gobiernos carecen de controles públicos, les es dable desarrollar una conducta totalmente agresiva, aunque se arruinen totalmente en el empeño.

No hay duda: propiciar las relaciones económicas con las democracias, mientras se pone distancia frente a las dictaduras y se les sanciona en el orden económico, más allá del valor ético que conlleva, es una sabia manera de mantener la paz mundial y la concordia entre las naciones. La democracia es una vacuna bastante eficaz contra la aparición de locos agresivos.

Por supuesto, la tarea no es fácil. ¿Cómo se induce un comportamiento democrático en culturas -como la árabe, por ejemplo- que sostienen unos valores diferentes a los occidentales? Es difícil saberlo, pero no hay duda que estos países encontrarían un estímulo en la dirección de la libertad y la democracia si comprobaran que tienen que pagar un alto precio por mantener

regímenes autoritarios. Y quizás entonces sea posible ese nuevo orden que todos deseamos.

25 marzo 1991

Havel y Goncz: Los intelectuales en el poscomunismo

Los domingos en la noche el Presidente Vaclav Havel suele reunirse con una peña de escritores y escritores y políticos en el restaurante Vikarka para discutir libremente los temas que afectan a la nación. El restaurante está dentro del perímetro de El Castillo, palacio oficial del Jefe del Estado. Luego Havel da un paseo por las callejuelas adyacentes -*El Castillo* más que un edificio es una ciudadela- y pasa frente a la pequeña casa que Kafka ocupó a principios de siglo, en la increíblemente pintoresca Calle del Oro. Luego se marcha a su modesto apartamento junto al río Moldava. El mismo que habita desde niño. Havel está decidido a cambiar la política checa, pero no va a permitir que la política lo transforme a él. Havel va a seguir siendo el mismo escritor meditabundo, con la imaginación poblada de sueños, tolerante y conciliador, guiado por una relación eminentemente moral de las relaciones entre los seres humanos.

Havel no es un caso único en la nueva Europa del Este. En la vecina Hungría el presidente Arpad Goncz es también un intelectual distinguido. Como Havel ha escrito teatro. Su obra *La Medea húngara*, dicen quienes la conocen, es excepcional. Tan buena como su novela *Sarusok* y los cuentos recogidos en *Encuentros*.

Las vidas de estos presidentes se parecen tanto como los regímenes totalitarios que ambos tuvieron que padecer durante más de cuarenta años. Los dos, llenos de rabia e impotencia, vieron a sus países invadidos por los tanques

soviéticos. Los dos estuvieron en la cárcel. A los dos les fueron negadas las posibilidades de una existencia económicamente decorosa. Havel tuvo que hacerse perito químico, porque le negaban el acceso a la Universidad. Mientras Gónz, en la prisión, se vio obligado a aprender inglés para poder vivir como traductor independiente una vez que alcanzara la libertad, puesto que en los organismos oficiales lo repudiaban, Y eso hizo: tradujo a Faulkner y descubrió un mundo fascinante, totalmente diferente al suyo. Pero también tradujo a George Orwell y sintió un raro escalofrío al comprobar que *1984* y *Rebelión en la granja* parecían descripciones exactas de la sórdida realidad húngara.

¿Por qué esta preferencia por los intelectuales que parecen mostrar las sociedades que se liberan del comunismo? En primer término, por supuesto, porque en la oposición a la dictadura no había eso que en Occidente se llama políticos profesionales. Los únicos *políticos profesionales* eran los del Partido Comunista. Los que se les enfrentaban eran maestros, obreros, arquitectos, escritores, empleados o desempleados, obligados a subordinar la vocación política (si la tenían), a cualquier forma urgente de ganarse la vida.

Pero probablemente hay otro elemento en esta curiosa devoción que hoy despiertan los intelectuales democráticos en Europa del Este: tanto Havel como Gónz son personas decididas a decir siempre la verdad en un tono sereno y objetivo. No redactan discursos a la medida del auditorio ni se pliegan a los vaivenes de los grupos de presión. Son honestos. Durante décadas templaron su carácter en la defensa de ciertos valores espirituales y en el tenso

descubrimiento de que la esencia de la dignidad radicaba en la coherencia entre la que se pensaba y lo que se decía.

Dos hombres de talento, como ellos, sólo hubieran tenido que inclinar ligeramente la cabeza, sonreír, y repetir alguna consigna marxista, para haber alcanzado de inmediato todo género de privilegios y reconocimientos. Pero ambos, de una manera destacadísima, eligieron defender la verdad, aún a riesgo de hasta perder la miserable vida a la que los condenaban los comunistas.

Es probable que sea ese ejemplo de integridad lo que les haya conquistado las simpatías de sus pueblos. Esas sociedades estaban enfermas de mentiras y de medias verdades. Necesitaban sentir que al frente del Estado, más que un político convencional, hábil y maniobrero, se instalaba una sólida figura sostenida por la inteligencia y la honestidad. Durante décadas, generaciones tras generaciones, habían vivido en medio de la hipocresía, los aplausos fingidos, los silencios cómplices. El comunismo no había conseguido que las masas les entregaran los corazones, pero habían logrado, en cambio, arrancarles la lengua a casi todos. A casi todos, porque hubo intelectuales como Havel y Góncz que se negaron a entregar su palabra y su derecho a proclamar la verdad.

Es una fina ironía que ambos fueran hombres de teatro. Cuando terminó la función ellos eran de los pocos, casi los únicos, que se habían negado a actuar en la tragicomedia montada por los marxistas. Por eso hoy son inmensamente respetados.

3 mayo 1991

La Unión Soviética aterriza en occidente

Por estas fechas un avión de Aeroflot ha llegado a Miami. Es mucho más que el primer vuelo de una nueva ruta, probablemente la línea soviética convertirá a Miami en el centro de sus operaciones en la zona. Antes era La Habana. Moscú, sencillamente, ha preferido Miami a La Habana. Es cierto que había razones técnicas, pero el gesto político es inocultable. Puestos a elegir entre Estados Unidos y Cuba, la URSS de estos tiempos difíciles no tiene la menor duda.

Poco antes del histórico vuelo sucedió otro episodio parecido: Gorbachov se sumó públicamente a las naciones que piden la inspección inmediata de los centros de producción de energía atómica de Corea del Norte. Y es natural: todo el mundo sabe que el loco de Kim IL Sung está fabricando su bomba atómica en Yongbyon, a 60 millas de la capital. Y todo el mundo sospecha que es capaz de lanzarla contra Corea del Sur, o incluso contra las tropas americanas acantonadas en ese país desde la guerra de los años cincuenta.

A estas alturas de la perestroika para Gorbachov también es evidente que los intereses de su país están mucho más cerca de Seúl que de Pyongyang. Corea del Sur es la cacharrería electrónica, las computadoras, los chips, los coches bien fabricados, el desarrollo industrial y científico casi mágico. Corea del Sur -en el terreno del despegue económico- es lo que Gorbachov sueña para la URSS.

Un país capaz de competir en el plano comercial con Japón, Estados Unidos y Alemania. Un país que cada vez acumula más capital y más

conocimientos, lo que inmediatamente se transforma en una mejora progresiva de los niveles de vida de la población.

Corea del Norte, en cambio, es la caricatura de la URSS que los soviéticos quieren olvidar. Es el Stalin que pesa, como una losa, en la memoria histórica de la nación. Es el país de los militares, del culto a la personalidad del Jefe, de la sustitución de la creatividad individual por la torpe gerencia de los burócratas del Partido. Es el país del terror, de la policía política y de ese insoportable cúmulo de idioteces, disfrazado de ideología, a lo que suele llamarse la Idea Suche, remedo para andar por casa de las más débiles reflexiones leninistas.

Gorbachov -la Rusia que con mil dificultades va surgiendo de los cambios- sabe muy bien que es con Miami y no con La Habana, con Seúl y no con Pyongyang, con Kuwait y no con Bagdad con quienes el país tiene que trenzar su futuro. Fue una locura apostar por el tercermundismo revolucionario. Fue un inmenso error creer que el destino de la humanidad y los intereses de la URSS se iban a defender exitosamente de la mano de gentes tan delirantes como Kim IL Sung, Fidel Castro o el etíope Mengistu. Porque es inocultable que las verdaderas revoluciones ya no se hacen en las selvas latinoamericanas sino en los laboratorios y en los centros de investigación de las universidades. Porque es evidente que en nuestro tiempo la prosperidad no se puede imponer por decretos concebidos por guerrilleros encolerizados, sino por sabias decisiones financieras serenamente elucubradas por unos expertos que jamás han oído hablar de Rosa Luxemburgo, pero que día a día revisan cuidadosamente el Financial Times.

En rigor, no hay nada más propio de la historia rusa que la búsqueda frenética de contactos con la corriente dominante de la civilización occidental (Corea, Japón y el resto de los dragones asiáticos hoy también forman parte de un Occidente que es mucho más un fenómeno que un dato geográfico).

En el pasado el zar Pedro envió a sus espías industriales a Inglaterra para aprender de Londres los secretos de la fabricación naval, y no había intriga cortesana europea o acontecimiento histórico importante en el que Moscú no buscara alinearse junto a otros poderes del Viejo Continente, porque lo fascinante de la historia rusa es esa ambivalente voluntad de ser y no ser parte de Occidente.

La corte zarista unas veces obtenía de Inglaterra, otras de Alemania, siempre de Francia, el modelo cultural más influyente. Pero, mientras la Corona se abría a los contactos entre las élites, simultáneamente trataba de impedir que el país llano, los siervos de la gleba, tuvieran la menor relación con el mundo extranjero. Y la URSS después de 1917 no fue muy diferente. Los comunistas heredaron de los Romanov tanto el interés como el temor a todo lo que viniera de Occidente. Tal vez ahora estamos al final de esa nefasta dicotomía. Es posible que -al fin- los dirigentes rusos se hayan dado cuenta que es junto a Occidente y no contra Occidente donde ese gran país puede encontrar su mejor destino. Y quien sabe si ese avión que aterrizó en Miami es mucho más que un simple medio de transporte. Acaso sea el símbolo de la Rusia que viene.

3 junio 1991

El hundimiento de los marxismos africanos

Como se sabe, Mengistu Haile Mariam huyó hace apenas unos días. Poco después los rebeldes entraron en Addis Abeba para poner fin al gobierno comunista etíope surgido del golpe de Estado de 1974 y de los pactos con la URSS de 1978. Esa misma semana, en Lisboa, el presidente de Angola Eduardo Dos Santos y su archienemigo Jonás Savimbi firmaban la paz y el fin del totalitarismo marxista tras una guerra civil que había durado más de 15 años. Meses antes, y por medio de pacíficas consultas electorales, otros dos diminutos Estados africanos también habían elegido apartarse del sistema de partido único y de la influencia cubana: Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe.

Tampoco eran casos aislados. Mozambique, acosado por las guerrillas del FRELIMO; Tanzania, quebrada por los experimentos socialistas de Nyerere, y Zimbabwe, que ve arder las barbas de sus vecinos (y las suyas propias), hoy ensayan rápidamente formas de regreso a la economía de mercado y a una mayor participación democrática. Es exactamente la teoría del dominó, pero ahora aplicada a los marxismos negros. Tras desplomarse la base de sustentación ideológica y la fuente de financiamiento económico, una tras otra las dictaduras africanas de orientación comunista han sido incapaces de mantenerse en el poder.

El asunto es sumamente interesante, porque la reinterpretación tercermundista de los textos de Marx y Lenin durante más de dos décadas fue el catecismo de casi todos los dirigentes políticos al sur del Sahara. Y era natural

que así ocurriese, dado que el neomarxismo africano aseguraba contar con soluciones para casi todo.

Aparentemente, con un Estado central fuerte, capaz de planificar la economía y de asignar racionalmente los recursos, se superaba la inexistente fase del desarrollo capitalista burgués. Con cuadros, funcionarios y *aparatchiks* formados por instituciones del bloque del Este se suplía la ausencia de élites empresariales y de capitanes de industria.

El partido único, simultáneamente, pondría fin a los conflictos tribales y le conferiría a los países un elemento básico de fusión nacional. La unanimidad ideológica serviría de crisol para disolver en un común destino político y en una común cosmovisión la infinidad de etnias y lenguajes artificialmente mezclados por los viejos poderes coloniales. En otras palabras: el partido único marxista haría naciones donde antes sólo había tribus hostiles.

Por último, el mundo socialista, encabezado por la URSS, serviría de poder tutelar y de caja bancaria para acompañar a los pueblos africanos en el trayecto hacia el progreso y la modernidad. Al fin y al cabo -repetían los políticos radicales del subcontinente- nadie había visto jamás una compañía soviética explotando a los pueblos negros. Lo único que exigían los comunistas europeos a cambio de su ayuda era el alineamiento disciplinado del Tercer Mundo contra el imperialismo yanqui y sus aliados. Poca cosa.

Bien: ¿por qué fracasó el marxismo en Africa? La primera respuesta apuntaría al hundimiento del comunismo en Europa como razón fundamental, pero la verdad es que los marxismos africanos estaban en crisis antes de la

entronización de la perestroika y la desbandada del bloque socialista. Y es que todo ocurrió de manera distinta a como predijeron los ideólogos. En el mundo real de los hechos la planificación centralizada de la economía, lejos de superar la era feudal y saltarse la etapa burguesa capitalista, dislocó el sistema tradicional de generación de alimentos, quebró las formas ancestrales de tenencia de tierra, y provocó una dramática disminución de la producción y de la productividad, con su correspondiente secuela de hambrunas y parálisis económica.

El partido único marxista, no sólo no se convirtió en la gran fuerza centrípeta para forjar verdaderas naciones, sino devino en un enorme aparato de corrupción y despilfarro, controlado por tribus hegemónicas que acaparaban el poder, se repartían los recursos del Estado como si fueran un botín de guerra y atropellaban a las etnias enemigas con un grado de ferocidad y desprecio por la vida humana infinitamente mayor que el que jamás exhibieron las antiguas metrópolis. Y como era previsible, falló también la solidaridad del Gran Hermano soviético. Moscú mandaba asesores militares, tanques y policías para organizar el aparato totalitario, pero esa ayuda, lejos de fomentar el desarrollo, contribuía a la hipertrofia del Estado y al empobrecimiento galopante de la sociedad, lo que acabó por debilitar y deslegitimar a los mismos regímenes que pretendía fortalecer.

¿Hacia dónde va ese continente tras el fracaso de los experimentos marxistas? Es obvio que se abre paso la idea de que es en la democracia y en la economía de mercado donde tienen mayor alivio los infinitos problemas y

complejidades de esa desdichada región del planeta. Parece que en Africa negra también se comienza a valorar la importancia tremenda de la libertad. Buena noticia para asomarse al siglo XXI.

2 julio 1991

Los dilemas de la sopa boba

Ocurrirá en Londres dentro de pocas semanas. El señor Gorbachov ha solicitado la tribuna de las siete naciones más importantes del mundo para pasar la gorra sin ningún recato. Y su argumento es muy simple: o ayudan a la URSS o el país se desintegra, y ya saben ustedes cuán peligroso puede ser el desplome de la nación más grande de la tierra con las miles de ojivas nucleares que guarda en sus arsenales. La cifra que se baraja no es tan alta: treinta mil millones de dólares anuales durante los próximos cinco años. Es decir, algo más de los cien mil millones de dólares que Moscú confiesa haber enterrado estúpidamente en el Caribe mediante los subsidios otorgados a Fidel Castro a lo largo, lo ancho y -sobre todo- lo hondo de la revolución cubana.

El problema no es la cantidad que pedirá Don Mijail, sino el destino de esa ayuda. Porque Gorbachov lo que urgentemente necesita para capear el temporal político son bienes de consumo y no inversiones en infraestructura o en planes de desarrollo a largo plazo. Gorbachov sueña con montañas de mantequilla, trigo, carne, leche, frutas, verduras y el resto de los productos que escasean peligrosamente en los escaparates de la URSS. Si ese maná occidental no cae rápidamente del cielo, sus compatriotas, por la derecha y por la izquierda, no dejarán ni los huesos de la perestroika. La reforma, sencillamente, se irá a pique, y el Partido Comunista perderá los restos de autoridad que aún conserva, probablemente a expensas de formaciones regionales más alejadas aún de los lineamientos marxistas.

Hay sobre el tapete dos argumentos poderosos para negarle la ayuda a la URSS y uno para concedérsela. En contra de cualquier gesto generoso está, en primer lugar, el sentido común económico. Es verdad que Europa y Estados Unidos cuentan con excedentes alimenticios suficientes para aliviar la situación de la URSS, pero esto es como la sopa boba que en el pasado se daba en los conventos. No resolvía el problema de fondo de la pobreza o de la mendicidad, sino contribuía a perpetuarlas. Si Occidente colabora en el sostenimiento del ineficaz sistema económico de los soviéticos, Moscú jamás va a cambiarlo de raíz.

El segundo razonamiento es de carácter político. ¿y qué pierde Occidente con la desintegración de la URSS? ¿No es mejor y preferible que ese imperio artificial y contra natura pase de una vez a la historia? ¿Por qué el Ejército Rojo o el Partido Comunista van a ser más peligrosos en su caída que en su momento de mayor poderío? ¿A quién, dentro de la URSS, se le puede ocurrir tocar hoy a rebato cuando ni siquiera hay pan para darle a la tropa?

A favor de la ayuda ala URSS militan, en cambio, los que quieren comprar con ella el desmantelamiento total del comunismo. Es decir: condicionar los préstamos y las líneas de crédito a la privatización de las empresas, el fin del déficit presupuestario y la liberalización de los precios, de manera que se reduzcan los gastos militares, la sociedad civil se fortalezca, ponga fin a la hegemonía del Partido Comunista y liquide los fundamentos del totalitarismo.

La idea -propuesta por un editorial del Times- no parece mala, pero si Gorbachov la acepta, a corto plazo provocaría la más paradójica de las reacciones: una crisis política y económica aún mayor que la que ahora padece el país. Y la razón es muy simple: el tránsito del modelo comunista al capitalista inevitablemente se paga con un doloroso periodo de desempleo, escasez e inflación. Para algún día salir de la pobreza hay que convocar a la austeridad, nombre eufemístico tras el que se esconde una cuota temporal de mayor miseria.

En realidad no hay nada nuevo en este fenómeno. La pobreza de las naciones -los *crack*, las crisis, las depresiones o como se les quiera llamar- es siempre la consecuencia de gastar mucho más de lo que se produce durante un periodo prolongado. y la cura para todo este desbalance, desde que el mundo es mundo, no es otra que consumir menos y producir más, hasta que se remonta el desequilibrio y se toma de nuevo el camino del crecimiento. Sólo que si ese difícil periodo de reajuste se lleva a cabo en medio de un cambio de sistema, el lógico pronóstico es que la magnitud de la crisis se multiplicará peligrosamente hasta que las aguas alcancen su nivel.

¿Qué hacer? Es absurdo ayudar a Gorbachov sin ponerle condiciones. Pero, si se le ponen, a corto plazo se agravará la situación que la ha llevado a solicitar la ayuda. Algo así como la que decía Ionesco: se coge un círculo y se le acaricia maliciosamente por la parte de abajo hasta que se vuelve vicioso. Y a las naciones más desarrolladas de Occidente no les gustan los círculos viciosos. Lo más probable, entonces, es que se limiten a otorgar una ayuda simbólica y

luego se sienten cómodamente a ver los toros desde la barrera. Hay problemas que no tienen remedio. Problemas que naufragan en un intragable plato de sopa boba.

17 julio 1991

Los horrores de la postguerra fría

El poscomunismo europeo está resultando un hueso muy duro de roer. De la euforia inicial se está pasando al pesimismo. Y es que se partía de un curioso espejismo histórico: la increíble recuperación de Alemania después de la Segunda Guerra Mundial.

En 1945 una buena parte de las ciudades alemanas habían sido destruidas por las bombas. Ocho millones de alemanes habían perecido. La industria estaba orientada a la producción militar. Las muchedumbres de soldados desmovilizados y de campesinos desplazados de sus aldeas y pueblos se confundían con la masa de inmigrantes que regresaban a sus lugares de origen, sólo para descubrir que sus casas habían sido arrasadas y los supervivientes recorrían los escombros en busca de comida. La tarea de rehacer el país se calculaba en décadas: un experto norteamericano llegó a informarle al gobierno de Bonn que durante los próximos cinco años sólo uno de cada tres alemanes podría ser enterrado en un ataúd de madera. Con el Tercer Reich se habían hundido varias generaciones futuras.

El cálculo resultó equivocado. Tres años más tarde comenzaba la recuperación fulminante de Alemania. La economía crecía al ritmo del 15 y 20 por ciento anual. La industria al 30 y al 40. Era tal la productividad de los obreros y el rendimiento de las inversiones que la recaudación fiscal excedía a los presupuestos del Estado: literalmente sobraba dinero. ¿Cómo se había llevado a cabo ese milagro económico? Pues, aparentemente, por una feliz

combinación de medidas sacadas del recetario liberal: fin de la planificación económica, libre convertibilidad de la moneda, liberación de los precios, concertación de los salarios muy por debajo de los índices de crecimiento de la productividad -lo que estimulaba la formación de capital-, una enérgica política de exportaciones y disminución de la presión fiscal.

Diez años después del fin de la guerra, Alemania había vuelto a ser Alemania y ya ocupaba el puesto de primera fila en el pelotón de avanzada de las naciones de Occidente. ¿Por qué iba a ser diferente tras el fin del comunismo? ¿Cómo iba a resultar más difícil en 1991 reconstruir sociedades y economías aparentemente intactas, que sociedades pulverizadas por las oleadas de B-29 y por el martilleo incesante de los cañones aliados en la década de los cuarenta?

Otra vez erraron los cálculos. Era más fácil reconstruir la Alemania de la posguerra caliente que la Europa del Este de la posguerra fría. Y las enormes dificultades que hoy enfrentan, ayudan, incluso, a entender mejor los secretos del milagro alemán de los años cuarenta. Ludwig Erhard, sí, fue un gran economista. Las medidas liberales, sin duda, funcionaron maravillosamente, pero bajo la montaña de cascos y ceniza había dos elementos que no habían sido tocados por las bombas aliadas que explicaban el vigor y el éxito ejemplar de los germanos: la trama jurídica sobre la que se asentaba la sociedad alemana y el alto nivel de desarrollo técnico y científico del pueblo, el inmenso capital humano de esa extraordinaria nación.

En 1945 los soviéticos y los norteamericanos -sobre todo los soviéticos- salieron a la caza de cerebros alemanes para llevárselos a sus respectivos países. Y en 1945 un ingeniero alemán sabía tanto o más que su colega de New York o de París, mientras un empresario de Bonn o de Hamburgo tampoco dudaba sobre la forma en que tenía que fabricar o empaquetar sus productos para hallarles un nicho en el mercado. Y tanto el ingeniero como el empresario, el sindicalista como el obrero, el profesor como el barrepiso, sabían exactamente los contornos del marco jurídico en el que desarrollaban su actividad laboral. Se podía soñar con un mejor destino personal, porque la trama legal garantizaba el acceso al éxito a todo aquel que cumpliera con las normas seculares de la tribu. Y es ahí donde el comunismo ha sido devastador. Más devastador que todos los Patton y Montgomery que en los cuarenta arrollaron a los nazis. La experiencia está demostrando que es mucho más fácil rehabilitar el parque industrial de una nación que ha sufrido una catástrofe, que privatizar el aparato productivo de un país. Y era predecible. ¿De dónde se sacan los capitanes de industria? ¿Cómo hacer planes a medio y largo alcance en medio de una sociedad que está pariendo un nuevo ordenamiento jurídico? ¿Quiénes van a invertir, realmente, en países que no ofrezcan garantías?

Nada de esto, por supuesto, indica que sea un error abandonar el modelo comunista. Por el contrario: cada minuto que se prolonga el totalitarismo es una vuelta más a la tuerca de la miseria y la desesperanza. Es un paso hacia el atraso económico. Sólo que es importante entender cuánto daño le han hecho a sus

pueblos los discípulos de Marx. Más, mucho más que todas las bombas, incluidas las atómicas, caídas sobre los países del Eje. Ahora se ha comprobado.

25 julio 1991

Gorbachov, Bush y el escollo cubano

Cuando Mijail Gorbachov y George Bush se reúnan en la segunda semana de febrero, habrá entre ellos un personaje invisible aguándoles la fiesta: Fidel Castro. La permanencia en La Habana, a 90 millas de Estados Unidos, de un régimen tercaamente estalinista, que no renuncia a la militancia antinorteamericana (y antiperestroika) y a la violencia revolucionaria de la época de la guerra fría, es un permanente escollo en las relaciones entre Washington y Moscú.

De acuerdo con el análisis norteamericano la mera existencia del régimen de Castro se debe a la buena voluntad del Kremlin. La historiadora de la Academia de Ciencias de la URSS Irina Zorina declaró en Madrid en 1989 que a lo largo de tres décadas su país había gastado en Cuba más de cien mil millones de dólares. En marzo del año pasado otro funcionario soviético reveló el monto de la deuda cubana en Moscú: veinticinco mil millones de dólares (con Occidente la cifra sobrepasa los siete mil millones).

Aunque parece que desde 1989 ese trato de extraordinaria generosidad ha disminuido considerablemente, en diciembre de 1990 se firmó un convenio comercial entre los gobiernos de Cuba y de la URSS que le proporciona a Castro el oxígeno que necesita para prolongar su lenta agonía. De acuerdo con la información publicada, Moscú adquirirá durante 1991 cuatro millones de toneladas de azúcar, níquel y cítricos, y exportará a la Isla ocho millones de toneladas de crudo y dos de derivados del petróleo.

Sorprendentemente, pese a que el gobierno de Gorbachov ha reducido los subsidios a Castro, continúa pagando por el azúcar un precio mucho más alto (26 centavos la libra) que el del mercado mundial (10 centavos), mientras le vende el petróleo considerablemente por debajo (US\$20 por barril) y con créditos blandos, pues Cuba carece de divisas.

Obviamente, para los analistas políticos resulta un enigma por qué el gobierno de Gorbachov se empeña en mantener esa costosa ayuda a un halcón enemigo de las reformas y de la concordia internacional, cuando el propio Presidente de la URSS no deja de solicitar auxilio económico en Occidente. Y es aquí donde la lógica de la Administración de Bush resulta implacable: ¿qué sentido tiene subsidiar a la URSS para estimular un clima de distensión y colaboración entre las dos superpotencias, cuando el gobierno de Gorbachov, a un alto costo, insiste en sostener al último guerrero de la guerra fría? El sobreprecio pagado por el azúcar cubana es de más de mil millones de dólares anuales. Una cifra mayor que el crédito pedido por la URSS al gobierno español en 1990 para aliviar su penosa situación.

Por su parte, la postura de Moscú la dejó en claro Shevarnadze en varias manifestaciones oficiales poco antes de renunciar a su cargo: "las naciones serias no abandonan a sus aliados por discrepancias ideológicas". Moscú -razonan en el Kremlin- no puede tirar a Castro a la cuneta mientras Washington no levante el embargo que desde 1962 mantiene contra Cuba, y mientras el régimen de La Habana no encuentre otras formas de subsistencia.

¿Hay espacio para un compromiso entre Moscú y Washington en el tema cubano? Creo que sí, pero todo depende de que Gorbachov se decida a poner los intereses soviéticos por encima de los cubanos. Es obvio que a Estados Unidos y a la URSS les interesa liquidar este factor de irritación que las separa. ¿Cómo puede lograrse? Moscú tiene en su mano la solución del problema. Todo lo que debe hacer es advertirle a Castro que éste es el último año en que la URSS le comprará azúcar a Cuba a menos que comience en la Isla un verdadero proceso de democratización, con amnistía para los presos políticos, multipartidismo, libertad de información y un calendario electoral sin trampas, que no excluya un plebiscito en el que los cubanos elijan libremente si quieren conservar el sistema y el gobierno que padecen desde hace 32 años, o si desean un régimen democrático dentro de un modelo de economía de mercado. No hay duda de que por esa vía Castro perdería el poder, pero a partir de ese momento quien tendría que afrontar los problemas enormes de la Isla sería Washington, como hoy ocurre con Nicaragua, para beneficio de la Unión Soviética.

Por supuesto, y como parte del pacto, si Castro estuviera dispuesto a emprender esas reformas a lo largo de 1991, en 1992 la Administración de Bush levantaría el embargo y le prometería ayuda al gobierno que surgiera en La Habana como resultado de un proceso electoral democrático. ¿Por qué tendría que aceptar Castro un ultimátum de Gorbachov en el que condicionara la compra de azúcar a la democratización del país? Pues, porque no existe ninguna alternativa en el planeta para vender el azúcar cubano. Hay una

superproducción de azúcar en el mundo y el único gran importador es la URSS (5.5 millones de toneladas).

Si Castro, privado del cliente soviético, acude al mercado internacional con sus siete millones de toneladas exportables, no encontraría compradores para más de dos millones y los precios se deprimirían aún más de la que ya lo están. Como quiera que las exportaciones de azúcar significan el 75% del monto total de los ingresos cubanos en divisas, la ya desesperada situación económica del país se volvería totalmente inmanejable. En la década de los cincuenta la clase política cubana solía decir que " sin azúcar no hay país ". En los noventa ese lema conserva toda su vigencia. Ni siquiera arando con bueyes y moviéndose en bicicleta podría Castro capear el temporal.

Por otra parte, el presidente cubano hoy no puede alegar la inexistencia en Cuba o fuera de Cuba de una oposición organizada con la cual negociar una transición pacífica y sin revanchas hacia otro tipo de modelo político y económico, porque desde agosto de 1990 los partidos políticos moderados del exilio, en coordinación con los grupos de Derechos Humanos dentro de la Isla y del exterior, constituyeron una plataforma y firmaron en Madrid una Declaración que deja abierta las vías para negociar serenamente una salida a la situación desesperada por la que atraviesa el país. El calendario, pues, es obvio: 1991, Año de las reformas. 1992, Año de las transformaciones. Gorbachov tiene la clave.

3 septiembre 1991

La mágica conversión de los partidos comunistas

El Partido Comunista de la URSS abandona el marxismo. Eso se sabe. Era lo esperado. Por ahora, dicen, el marxismo quedará relegado a otro método de análisis. Uno entre varios. Luego acabarán descubriendo que el marxismo ni siquiera sirve para eso. Quien pretenda entender la historia o los conflictos sociales a través de las categorías marxistas inevitablemente acaba diciendo tonterías en la cátedra o en el café de la esquina. Sólo hay algo mucho más fascinante que la cesantía de Marx como gurú teórico de los comunistas: la sorprendente capacidad de los militantes del Partido para transformarse en otra cosa.

Supuestamente, los partidos comunistas se constituían para darle curso e impulso de una manera fluida a las inexorables fuerzas de la historia. Marx había descubierto ciertas leyes secretas, había descrito ciertas tendencias inmanentes en el bicho humano, había intuido el role protagónico de la clase obrera y, -en consecuencia- para acelerar las contradicciones del capitalismo, había sugerido la creación de partidos políticos destinados a conducir a la sociedad de confrontación en confrontación hasta alcanzar el trallazo definitivo, instaurar la dictadura del proletariado y disponerse a emprender la construcción de un paraíso sin clases ni explotadores.

No vale la pena detenerse a hacer un recuento de hacia dónde nos condujo esa delirante sarta de supersticiones, pero alguien tiene que explicar cómo los partidos comunistas pueden convertirse en otra cosa. Cómo puede

reciclarse una organización cuyos fundamentos o razón de ser emanan de ciertos textos sagrados. Es como si ahora el Papa convocara a los fieles a la Plaza del Vaticano para decirles que tiene una mala y una buena noticia que darles. La mala es que acaba de aparecer el cadáver de Cristo. Que se trataba --en efecto- de un pobre carpintero enajenado, y que la historia narrada en los evangelios no es otra cosa que la broma macabra de un centurión romano aficionado al vino y a escribir comedias. La buena noticia, sin embargo, es que la Iglesia Católica no dejará de existir, porque se acoge a las revelaciones del Corán, con lo cual todo lo que ahora tienen que hacer los obispos es ponerse a recitar sin descanso los versículos del libro de Mahoma. Y con la misma se echa sobre el suelo en dirección de La Meca.

Esto no quiere decir, por supuesto, que no sean posibles las conversiones, sino que los cambios de credo, para que sean auténticos siempre tienen que ser personales e intransferibles. Pablo de Tarso por ejemplo- un buen día se convirtió en cristiano. Roger Garaudy una tarde amaneció católico, veinte años después se hizo marxista-leninista, y hace pocas fechas anunció su conversión al islamismo. Todo eso está muy bien. Revela que Garaudy es inquieto y está vivo. Nada es imposible. Hasta Alan García se puede volver un hombre honrado. Todo eso es legítimo. Incluso es saludable porque demuestra que las personas no son minerales inmutables. Pero se trata de evoluciones personales. Gente que cambia de convicciones tras sufrir cierto tipo de experiencias vitales e intelectuales.

¿Cómo puede explicarse, sin embargo, el cambio colectivo de una serie de personas hasta entonces vinculadas por un credo común? Yo creo que la clave de esa metamorfosis está en que no era cierto que a los partidos comunistas los mantuviera unidos la coincidencia ideológica. Marx no era un texto, sino un pretexto. Lo que les daba cohesión a los comunistas no eran creencias. Era el sentido de permanencia, el gusto por la aventura política cuando estaban en la oposición; o el gusto por el disfrute del poder cuando llegaban a alcanzarlo. Pero no la ideología. La ideología de todos no era más que una débil coartada para dedicar el yo de cada uno a cierta actividad íntimamente satisfactoria.

En realidad el fenómeno es interesante, porque siempre se dijo que los partidos comunistas eran verdaderas iglesias, con sus dogmas, sus sacerdotes y su liturgia, y no era cierto. Eran algo mucho menos trascendente: eran clubes de alterne, logias para conversar con los amigos, grupos de intereses comunes - como se les dice ahora-, sociedades de bombos mutuos para escalar la ladera de la fama, o instrumentos para llegar al poder, pero no eran Iglesias. Las Iglesias son mucho más serias. Es increíble que una gente de tan poca monta haya podido matar a tantas personas en apenas varias décadas. Eso también habrá que examinarlo de cerca.

10 septiembre 1991

Érase una vez un rey muy hermoso

Hace pocas fechas el Gran Duque Vladimir Kirilovich Romanov volvió a Rusia. Es el más cercano de los descendientes de los zares. Sería el heredero al trono si el país volviera a optar por la monarquía. ¿Es posible? Seguramente no, pero lo que sí está ocurriendo a toda marcha es la reivindicación del zarismo. Ya nadie dice -como afirmaban los textos marxistas- que en 1917 Rusia era una nación feudal a la que la revolución liberó de la miseria y la esclavitud. Por el contrario: la visión actual es totalmente benigna.

Se piensa que en aquel fatídico año en que los bolcheviques tomaron el Palacio de Invierno la nación se encaminaba hacia la industrialización, como revelan los centros fabriles que existían en San Petersburgo, los astilleros, y la densa *intelligentsia* científica de la época. Tampoco se admite en silencio la imagen de un campesinado servil incapaz de producir con eficacia. Cuando el Zar y su familia fueron asesinados estaba en marcha un proceso de reforma agraria --el plan de Stolypin- que prometía la modernización de la agricultura en pocos años. Simultáneamente, se proyectaba terminar con el analfabetismo en apenas dos décadas, con lo cual en 1937 la Rusia zarista habría alcanzado una meta pedagógica que Italia y España no lograron hasta bien entrados los años setenta.

¿Fue la familia Romanov como hoy la reconstruye la voluble memoria rusa? ¿Era un país vigoroso y prometedor, a las puertas de la modernidad, como ahora afirman quienes hasta 1989 decían otra cosa totalmente diferente? Y

si así era ¿por qué sobrevino la revolución? "Fue la guerra", responden enseguida. Fue la maldita guerra de 1914 y la falta de instituciones democráticas, lo que le franqueó las puertas del gobierno a una minoría audaz que no contaba con el menor arraigo popular. Pero Rusia se encaminaba al éxito. Ya lo había visto Tocqueville a mediados del siglo XIX. En el XX dos naciones se disputarían la hegemonía económica del mundo: Estados Unidos y Rusia. Los bolcheviques impidieron ese destino fulgurante.

¿Cuánto hay de justicia en esta apasionada revisión del pasado zarista? Probablemente mucho, pero también se exagera. Es verdad que en 1917 San Petersburgo o Moscú eran ciudades notables, pero no es posible juzgar al país más grande de la tierra por varios centros urbanos. Sin embargo, la hipótesis es válida. ¿Qué hubiera sido de Rusia si el capitalismo moderno hubiera arraigado? ¿En dónde estaría el país si hubiera podido contar con varias generaciones sucesivas de empresarios innovadores?

En todo caso, las reverencias de los rusos de hoy por su pasado prerrevolucionario son una buena muestra de un curioso fenómeno señalado por el historiador francés Francois Furet. La frenética búsqueda de las raíces prerrevolucionarias en los países que han abandonado el comunismo revela un hecho sin precedentes en la historia: por primera vez estarnos ante un imperio que colapsa y no deja absolutamente nada como herencia. Nada. Ni unas originales ideas jurídicas, ni instituciones valiosas, ni una manera nueva de construir casas o de organizar la convivencia. Nada.

Los españoles, los turcos, los portugueses, han visto el fin de sus imperios, pero dejaron su semilla, su huella civilizadora. Incluso el imperio napoleónico, fugaz y destructivo, dejó códigos, sembró ideas revolucionarias que luego dieron sus frutos, rompió las puertas de los guetos judíos de Europa y liberó una inmensa creatividad intelectual. Pero el imperio comunista, en cambio, no deja absolutamente nada para la posteridad. O más grave aún: deja una amarga sensación de rabia y frustración, deja la triste certeza de que los horrores y las penurias, las purgas y los atropellos no han servido más que para descarrilar a los países del camino correcto que llevaban.

Abrazarse al pasado puede ser un acto de justicia histórica, pero acaso sea también una inconsciente búsqueda de equilibrio emocional, de autoestimación. Los rusos -y me atrevo a decir que todos los pueblos de Europa del Este que han abandonado el comunismo- sienten una inmensa vergüenza por la situación en la que se encuentran, por el atraso en que viven, por la pobreza que padecen. Hubo un tiempo, sin embargo, en que las cosas no eran así. Hubo un tiempo en que había príncipes buenos y el pueblo vivía su Edad de Oro. Camelot no es una leyenda. Es una ardiente necesidad espiritual.

10 noviembre 1991

La larga noche de las matruchkas rojas

Las dos colas más famosas de Moscú son las de la momia de Lenin y la del *MacDonald's*. Están bastante cerca una de otra, pero se diferencian en el tamaño: la de McDonald's, enorme, se enrosca varias veces en el parque, y está llena de jóvenes ilusionados, mientras la de Lenin apenas alcanza las tres docenas de perversos necrófilos -entre los que me cuento, por supuesto-, congregados por una curiosidad totalmente ajena a la piedad patriótica.

Es importante visitar a Lenin sin demora porque muy pronto van a eliminar el mausoleo de la Plaza Roja. El cadáver probablemente la remitan a su pueblo natal, si no es que alguien decide vendérselo a la hamburguesería vecina y dar por terminada la etapa marxista con una irónica metáfora gastronómica: el comunismo literalmente devorado por el capitalismo. (Eso también podría llamarse justicia poética).

¿Cómo es posible que este hombrecillo pequeño y calvo, retocado periódicamente por un embalsamador enloquecido que le pone colorete en las mejillas, cera en los labios y brillo en las pestañas, como si fuera Michael Jackson o Elton John, consiguió heredar el imperio de los zares y dar lugar a la infinita pesadilla que durante más de setenta años se apoderó de la nación más grande del planeta? ¿Cómo es que decenas de millones de seres humanos, muchos de ellos extraordinariamente sensibles e inteligentes, se dejaron embaucar por los sofismas y las supersticiones de los bolcheviques? ¿Cómo y

por qué estos mitos se instalaron tan fuertemente en la conciencia de cuatro generaciones de rusos?

Yuri Karyakin, el eminente filósofo, el gran experto en el alma de Dostoievski, me cuenta una reveladora anécdota de Solzhenitsyn que ilustra este fenómeno. Oigámosla: Años cuarenta. Solzhenitsyn está preso acusado de poner en duda la sabiduría de Stalin en una carta privada. En la celda hay varios prisioneros famélicos. Uno de ellos, medio idiota, se llama Vladimir y es el que se ocupa de sacar los orinales y limpiarlos. Solzhenitsyn protesta con vehemencia. Es una ofensa que la más abyecta de las labores las realice, precisamente quien lleva el nombre glorioso del héroe que instauró el comunismo en la URSS. En aquel entonces Solzhenitsyn era comunista. Había dejado de ser estalinista, pero todavía creía en Lenin y en Marx. Unos años más tarde aborrecería a Lenin. Por último acabó descubriendo que el origen del mal estaba, exactamente, en las ideas equivocadas de Marx. Donde se suprimía la propiedad privada y se intentaba aplicar el marxismo, el inevitable resultado consistía en un sangriento y empobrecedor disparate.

Pero lo trágico era que las creencias marxistas no podían quitarse todas de golpe porque tenían la estructura de las matruchkas: un muñeco. Marx, dentro de otro muñeco, Lenin, dentro de otro muñeco, Stalin, de manera que casi nadie podía saltarse las etapas. Primero había que atreverse a romper con el *Padrecito* Stalin, que era una realidad cercana y espantosa sembrada de cadáveres injustificados. Luego era necesario acercarse a Lenin, extraer el muñeco de madera y examinarle sus falsas vísceras ideológicas, con aquellos

abusos de los primeros tiempos saldados al costo de millones de; muertos y de un país innecesariamente famélico. Al final, pequeñito y sonriente, gordo y barbudo, como si presagiara su destino marsupial de icono de matruchka, quedaba Marx. Esa era la semilla.

El proceso de desprogramación dura mucho tiempo. Yuri Karyakin lo dice con una enorme amargura: "en la universidad, durante varios años fueron acumulando inmundicias dentro de nuestras cabezas, pero luego tardamos muchas décadas en limpiarlas". Probablemente antes de doce meses en la Plaza Roja no habrá momias ni tumbas. Stalin, Andropov, y el resto de la banda habrán ido a parar al basurero de la historia, como le gustaba decir a Carlos Marx. La larga noche de las matruchkas rojas será sólo una triste referencia histórica. Un trágico e incomprensible error que nadie puede explicarse. Especialmente los jóvenes alegres que hacen una enorme cola ante el *McDonald's*.

17 noviembre 1991

La repentina muerte de la cultura marxista

En la reciente Feria del Libro de Frankfurt se produjo una caída en picado del interés por los textos marxistas. Nadie compraba derechos de traducción o ediciones anotadas de Marx o de Engels. A nadie parecía interesarle la obra de Luckács o de Gramsci. Era como si súbitamente se hubiera borrado la huella de unos pensadores que hace sólo cinco años abarrotaban las vidrieras de todas las librerías de Occidente. Por supuesto que este fenómeno es una consecuencia del derrumbe de las dictaduras comunistas, pero también hubiera sido posible la reacción contraria: correr tras los papeles sagrados para tratar de entender cómo en el increíble año de 1989 se liquidó de un modo fulminante el más formidable imperio político que ha conocido el mundo moderno.

El asunto es de una extraordinaria importancia, porque con la desaparición de los regímenes marxistas se desvanece también el modo marxista de analizar la realidad. No sólo colapsan las dictaduras del Este, sino también arrastran en su caída el "corpus" ideológico que más influencia ha tenido en todo el siglo XX. Lo que se está muriendo es una cultura. Si las teorías de Marx, lejos de liberar al hombre, como prometían, lo esclavizaron de manera brutal, ¿qué sentido tiene continuar leyendo y debatiendo las ideas de los epígonos de Marx?

¿Quién es el valiente que hoy se sienta con un libro de Althusser en la mano para tratar de dilucidar la frontera entre el Marx joven y el Marx viejo? ¿Por qué dedicarle esfuerzo y tiempo a las reflexiones estéticas de Walter

Benjamín si parten de un error primigenio: el desacreditado pensamiento de Marx? ¿De qué diablos sirven las elucubraciones de Paul Sweezy, Gunder Frank o Maurice Dobb, si están ancladas en el galimatías conceptual de El Capital, confuso batiburrillo de arbitrariedades, ecuaciones equivocadas y afirmaciones indemostrables que han dado lugar al empobrecimiento y al atraso de varios centenares de millones de personas?

Lo que quiero decir es que el marxismo había pasado de ser una teoría política para convertirse en una cultura en sí mismo. Una cultura que contaminaba todas las disciplinas a las que se aproximaba y a todas las ideas surgidas en ámbitos diferentes. Fromm, Marcuse y Reich, tiñeron el psicoanálisis freudiano con supuestos marxistas. Adorno, Henry Le Febvre o Mark Horkheimer hicieron lo mismo con la filosofía, desde los griegos hasta Heidegger. Había una historiografía marxista (Bloch), una pedagogía marxista (Makarenko, Freire), una teoría literaria marxista (Brecht, Lukács, Goldmann), una teología (Gutiérrez, Boff) y hasta intentos escandalosamente fallidos de una biología (!) marxista: Lysenko.

Y todo eso, y mil libros más, y otros mil autores, se esfuman de repente. Envejecen en un instante ante nuestros ojos, mostrando unos rasgos absurdos que antes no se nos hacían tan evidentes. ¿Cómo puede haber una teoría jurídica marxista (Renner) si Marx era un total disparate? Si la dialéctica era una ficción y no un hallazgo, si la clase obrera no existe como tal, si en ese caso mucho menos podía ser el agente del cambio histórico, si la sociedad no se comporta ni evoluciona de forma siquiera remotamente parecida a la prevista

por Marx cuando se modificaban las relaciones de propiedad, ¿cómo pueden los discípulos sostener sus conclusiones?

Por eso ha comenzado la inexorable extinción de la cultura marxista. Tampoco es un fenómeno desconocido en la historia de las ideas. A Arthur Koestler le gustaba contar en sus libros la anécdota de los Rayos N. Un día un físico creyó descubrir una nunca percibida emisión radiactiva que segregaba cierta materia. Dio la voz y la comunidad científica respondió con mucho interés. Poco a poco se fueron acumulando estudios sobre el comportamiento de los Rayos N, e incluso se llegó a medir su longitud de onda...hasta que alguien advirtió que los Rayos no existían. Todo era falso. La *eneología* había sido construida sobre premisas erróneas. Naturalmente, los estudios se secaron de inmediato y nadie más volvió a hablar del tema. Algo parecido a lo que recientemente acaba de ocurrir con la fusión fría. Algo similar a lo que ya está aconteciendo con el marxismo.

Personalmente no sé si lamentar o celebrar la erradicación definitiva de las supersticiones marxistas. Por una parte me alegra que esos limitadores anteojos, tan esterilizantes, tan insolentes, ocupen su lugar junto a la astrología, la quiromancia o cualquier otra de las chácharas superadas por el tiempo, pero por otra parte me horroriza mirar mi biblioteca y ver esos volúmenes inútiles y saber que cientos, quizás miles de horas de mi vida han sido malgastadas en tratar de entender la cultura marxista, aunque sólo haya sido para intentar comprender la cosmovisión de unos señores que dominaban la mitad del planeta, incluido mi propio y desdichado país. En fin: da igual lo que se siente

ante los cadáveres. El hecho inevitable es que están ahí, de cuerpo presente, en vías ya de convertirse en polvo. *Requiescat in pace*. Era hora.

10 diciembre 1991

Ha muerto la URSS. ¡Viva Rusia!

Bien, el señor Gorbachov ya es historia. Y eso sólo se sabe con toda certidumbre cuando en el Museo de cera de Londres cambian el muñeco de sala. A Gorby acaban de sacarlo del cuarto de los líderes vigentes y lo han situado entre Napoleón y Kennedy, un poco a la derecha de la mirada asesina del estrangulador de Boston. Su antiguo lugar --claro-- ahora lo ocupa Yeltsin, porque en los museos de cera la regla inflexible es el realismo. La *realpolitik* de una tradición escultórica que no cree en nostalgias ni en sentimentalismos. Las cosas son como son.

Es una magnífica ironía que el hombre que en 1985 pretendía salvar ala URSS y al marxismo-leninismo mediante la reforma del sistema, haya acabado presidiendo la extinción de ambos engendros.

Y si yo estuviera en su pellejo aceptaba la cátedra de John Hopkins o de Harvard, cogía a Raisa de la mano, y me largaba a los Estados Unidos, porque en la Rusia que viene es muy posible que acabe en el más humillante ostracismo. En efecto, contrario a lo que se piensa en Occidente, en lo que fue la URSS prevalece un intenso resentimiento contra Gorbachov. Los liberales lo acusan de haber perdido siete años hablando de una reforma que nunca hizo. La derecha estalinista lo considera el mayor traidor de la historia de la nación. Casi nadie admite que se trataba de un hombre de buena fe, que hizo un diagnóstico correcto de los problemas de su país, pero equivocó la terapia, porque estaba persuadido de ciertas ideas erróneas que lo llevaban de traspiés

en traspiés. Tercamente se resistía a comprender que la clave del problema radicaba en un dato para él inaceptable: "el sistema no era reformable".

Cuando se entraba con el bisturí en las entrañas del monstruo, se comprendía que ni el marxismo-leninismo ni la URSS eran salvables. La ideología estaba podrida. Era contranatura. Conducía irremediablemente a la ineficacia. Al surgimiento de estructuras burocráticas parasitarias, a la represión y al atraso. Y el imperio era imposible, porque sin ideología no podía sostenerse. Antes de 1917 la ideología eran el Zar, la monarquía y la gloria remota de Bizancio y de la Iglesia Ortodoxa. Después de 1917 fue la cháchara seductora del marxismo-leninismo y la promesa de un mañana sin naciones ni clases, en el que la especie humana encontraría un destino benigno dentro de un armonioso paraíso terrenal. Pero cuando todo eso se evaporó al fuego del *glasnost* cuando se pudo decir la verdad, el Imperio se quedó sin justificaciones ni discursos. Y por eso la URSS se desplomó. No tenía apoyaturas.

Por supuesto, nadie debe lamentarlo. El mundo que surge de la debacle gorbachovista es mucho más coherente. Los exsatélites del Este vuelven a su redil histórico. Los países bálticos regresan a la casa cultural de donde nunca debieron salir, y Rusia retorna a un destino europeo del que formaba parte inextricable desde el siglo XVII, pero especialmente a partir del XIX, cuando su influencia se hizo sentir hasta la Península Ibérica, en el otro extremo del Viejo Continente. Por eso me parece un inmenso error no aceptar a Rusia en la OTAN cuanto antes, y no proponerle una generosa zona de colaboración inmediata con la Comunidad Europea, porque lo más conveniente para Occidente es que

Rusia se integre a la mayor brevedad al mundo al que ansía reingresar, puesto que en ello acaso radique la estabilidad futura del planeta.

Es curioso, pero a veces da la impresión de que en Occidente existe cierta resistencia a admitir que la Rusia con la que se inaugura 1992 es un aliado y no un adversario. Estamos tan acostumbrados a ver a los rusos como los enemigos, que no nos damos cuenta que ellos se autoperciben como nuestros amigos. Por lo menos ésa es la sensación que se obtiene hablando con los líderes de la Rusia actual.

Yo he podido hacerlo con los tres más importantes: con Boris Yeltsin, con Guennadi Burbulis -el segundo de a bordo- y con Ruslam Jazbulatov , el presidente del Parlamento. Y en los tres casos -especialmente con los dos últimos- el tono, los temas y los puntos de vista que exhibían apenas podían distinguirse de los que hubieran podido mostrar unos líderes europeos en Italia o en Francia, y seguramente sonaban mucho más prooccidentales que los que suelen escucharse en Grecia o en la misma España.

Estas conversaciones -con Burbulis y con Jazbulatov- ocurrieron a fines de octubre, y ya entonces era posible hacer una clarísima distinción entre el discurso ruso de la línea Yeltsin y el discurso soviético de los gorbachovistas con los que también pude entrevistarme. Los rusos ya se habían transformado en amigos abiertos, en aliados de Occidente. Ya habían dado el salto psicológico además del político. En cambio, los soviéticos todavía desempeñaban el rol de exadversarios cautelosos, no muy convencidos de cuanto hacían ni de las intenciones del mundo occidental. Afortunadamente, esa disparidad ya

terminó. Se fue con el marxismo y con la URSS al basurero de la historia. Nada mejor pudiera haberle ocurrido al mundo en víspera de 1992. Nada mejor a los rusos. Nada mejor a Occidente.

18 diciembre 1991

Rusia: La clave del misterio

¿Quién es Mijail Gorbachov? ¿Por qué permitió la desaparición del comunismo? ¿Tenía un plan premeditado? ¿Se hubieran sostenido la URSS y el marxismo sin Gorbachov? A Churchill le gustaba decir que la URSS era algo así como un enigma rodeado de misterio. Pero si hubiera vivido lo suficiente habría afirmado que tan indescifrable fue el súbito fin del comunismo como su trágica existencia durante más de siete décadas. Durante más de veinte millones de muertos absolutamente innecesarios.

¿Se puede entender lo que ocurrió en este país enorme y contradictorio? ¿Es posible dar con una síntesis comprensible? Veamos: para Alexander Yakolev -el cerebro de la perestroika, la cabeza fina y firme detrás del incesante movimiento de Gorbachov- la clave del desplome del comunismo puede concretarse en una frase sorprendentemente simple: "*el marxismo no coincidía con la naturaleza humana*".

Nos lo ha dicho de una manera suave, melancólica, pero sin ninguna clase de nostalgia, en su soleado despacho de la Fundación Gorbachov, en lo que un día fuera la escuela de cuadros del Partido Comunista. Yakolev, por supuesto, fue marxista durante muchos años. Procedía de una familia muy pobre, y en la Segunda Guerra alcanzó la categoría de héroe herido en combate: perdió una pierna. Luego vinieron los honores y los cargos de importancia. El Partido lo tenía por un buen teórico, pero había algo en sus escritos y en sus comentarios que lo hacían borrosamente sospechoso. Tal vez por eso acabó de

embajador en Canadá. Lleno de privilegios, sí, pero lejos de Moscú y de la batalla política. Desde Ottawa su voz crítica no llegaba al Kremlin.

Sólo que un día quien llegó a Ottawa fue un enérgico miembro del Comité Central, probablemente más dado a la maniobra política que a la reflexión. Se llamaba Mijail Gorbachov, y era un marxista convicto y confeso, pero la suficientemente inteligente como para darse cuenta de que su país se distanciaba cada vez más de las grandes naciones del planeta. Fue un encuentro breve pero definitivo. Quizá esa tarde, o esa noche lúcida y extraña, entre unos sorbos de vodka, la humanidad comenzó a cambiar de rumbo, cuando Gorbachov, en silencio, le oyó decir a Yakolev, exactamente como ahora yo la estoy escuchando, que había un Marx razonable y analítico, valioso y entrañable; pero había otro Marx, violento y cruel, que era el que fatalmente había marcado el signo del Partido Comunista. El Marx duro e implacable que había desovado a Lenin, y era ese Marx, contrario a la naturaleza de los hombres, el que impedía que la URSS fuera un sitio tan habitable y hospitalario, por ejemplo, como la sociedad canadiense que vibraba fuera de la casona diplomática.

El otro testimonio, o la otra cara del mismo testimonio, nos la dio Alex Adamovich, el escritor grande y famoso de *El cerco de Stalingrado* y de *Kathyn*. La cita fue a cincuenta kilómetros de la capital, en un hospital donde un infarto masivo lo tiene recluido desde hace varias semanas.

-¿Qué dijo Yakolev? -preguntó.

-Hablamos mucho de Marx y del marxismo. De su falsedad medular. De la crónica artificialidad que la hace inservible.

-Es cierto, pero si Marx está en la raíz del problema, cuanto ha sucedido en la URSS es todo consecuencia de un rasgo fundamental de la psicología de Gorbachov: su horror a la violencia.

Adamovich acaba de terminar un ensayo dedicado a explicar el desplome de la URSS y la desaparición del comunismo. Como Yakolev, es también un héroe de la Gran Guerra. A los dieciséis años era un 'partisano' en la guerrilla rural de Bielorrusia. A esa edad entró en aldeas calcinadas en las que los Escuadrones de castigo -las *Punitive Squads*- no dejaron supervivientes. Nadie: ni ancianos, niños o mujeres se salvaban de la hoguera. Los hacinaban en las iglesias o en los graneros y les daban fuego. Trescientas mil personas fueron quemadas vivas. Adamovich lo ha contado en unos libros hermosos y terribles. No resultó, como Yakolev, mutilado.

Perdió, en cambio, la inocencia, pero gracias a ello obtuvo una visión muy clara de la ferocidad y del dolor. Quizá por eso entendió la paradójica grandeza de su amigo Gorbachov. Gorbachov era marxista, y quería salvar el socialismo, pero el Marx en el que creía no era el de la dictadura del proletariado, el Marx del odio, sino en el de la compasión con los menesterosos. Y Gorbachov descubrió, con horror, que sólo había una forma de mantener vivo al Marx bueno, y era empleando los métodos del Marx malo. Y Gorbachov no estaba dispuesto a hacerlo. No quería matar. No quería encarcelar. No quería ejercer la violencia.

-¿Y si no hubiera habido Gorbachov la historia habría sido diferente? Y si Gorbachov hubiera sido distinto, más duro con sus adversarios, más implacable, ¿no se habría desplomado el sistema?

Exacto. Todo habría sido distinto. El muro estaría ahí, partiendo en dos el corazón de cada uno de nosotros. En Gorbachov, en sus debilidades y grandezas, radica la explicación final. Su personalidad y su temperamento cambiaron la historia del mundo. Es una magnífica ironía, al cabo de toda una vida de materialismo histórico, acabar descubriendo que la clave de todo es el hombre. Y que el hombre (no la URSS) jamás dejará de ser un enigma rodeado de misterio.

27 diciembre 1991

Rusia: las palabras salvadas del olvido

Mi encuentro en Moscú con la viuda de Nicolai Bujarin en este enero encapotado fue tan grato como inesperado. Bujarin había sido la cabeza intelectual más importante de la revolución bolchevique del '17. Fue el gran economista de un sistema, por demás, disparatado. Lenin lo llamaba el "niño de oro" del comunismo y lo distinguía más que al mismísimo Trotsky. Pero Stalin tenía otro criterio. Stalin sospechaba de los intelectuales. Los despreciaba y los temía. Por eso los mató a casi todos en las purgas de los años treinta. No quería testigos. Especialmente entre aquellos que conocieron de cerca las ásperas relaciones que siempre mantuvo con Lenin.

Bujarin actuó como todos sus compañeros durante los terribles "procesos de Moscú". Se derrumbó. Se acusó de los peores crímenes. Se auto inculpó de ser agente del enemigo y pidió que lo mataran para expiar sus inexistentes pecados burgueses. Era víctima, por supuesto, de una variante perversa del síndrome de Estocolmo, pero también quería salvar a su jovencísima mujer, la bella Ana Mijailova, y a su hijo recién nacido.

La víspera de su muerte Stalin le permitió ver a su esposa. Bujarin le entregó a la muchacha unas cuartillas con su verdadero testamento político: una denuncia frontal y valiente a la policía política por los crímenes cometidos. No renunciaba al marxismo sino a los horrores del marxismo. Ana Mijailova debía memorizar el texto, destruir los papeles, y algún día contar a viva voz el secreto

que su marido se llevaba a la tumba. Y ese día llegó medio siglo más tarde, al lomo lento de la perestroika. Medio siglo en el que Ana Mijailova repetía por las noches, todas las noches, como si fuera una oración o un ensalmo mágico, las peligrosas palabras de su marido. No olvidarlas era una manera de ser leal y de seguirlo queriendo. Era una forma desesperada de trenzar los recuerdos para que no se le escaparan por las rendijas del tiempo.

No fue fácil salvar ese texto de las trampas de la memoria. Ana, como en los cuentos más crueles de los hermanos Grimm, tuvo que esconder a su hijo y entregarlo a unos familiares lejanos para que lo protegieran del ogro o del castillo del Kremlin. No pudo volver a verlo durante 20 años. Los mismos que ella pasó en campos de prisioneros o detenida en la Siberia. Los mismos en los que "la mujer más bella de Moscú" vio marchitarse inútilmente su juventud tras una sucesión de barrotes y nevadas que no se disiparon hasta cierto tiempo después de la muerte del tirano.

Yo ya conocía esta conmovedora historia, pero oírsele en su voz cascada a Ana Mijailova le añadía al relato una intensidad insospechada. Nos sentamos en el despacho cubierto de grafittis de Yuri Lubimov, el más universal de los directores de teatro de Rusia. Mediaba entre nosotros un joven y brillante asesor de Yeltsin. Pero nos colocó, sin darse cuenta, o tal vez por amor a la ironía -ese privilegio del talento-, bajo unas líneas escritas en la pared por Raúl Castro en 1965. Era un texto torpe y obsequioso con que el hermano de Fidel, siempre tan partidario del realismo socialista, en una prosa dialéctica, reivindicaba las virtudes "populares" del teatro de Lubimov, sin advertir que eran precisamente

el elitismo y la fantasía lo que caracterizaban sus puestas en escena. Juan Suárez Rivas, testigo del encuentro, tuvo el cuidado de copiar las palabras del mínimo líder: "A través de Lubimov un saludo al arte inesperado en el pueblo, vuelve con un mensaje, al pueblo mismo". Y luego la firma de rasgos infantiles, con una *R* rodeada por un círculo irremediabilmente pueril.

Lubimov recordaba la anécdota. Esa noche Raúl Castro, después del espectáculo, había subido a saludarlo, escoltado por una nube de funcionarios borrosos. Con un gesto altanero había tirado la gorra y el abrigo sobre el sofá, solicitando de inmediato un carboncillo para "legar una frase a la posteridad". A Lubimov le pareció un payaso, pero tuvo buen cuidado de no decírselo. No eran aquellos los tiempos de Stalin, mas tampoco habían llegado los de Boris Yeltsin. Entonces mandaba Khrushchev, y el KGB, como siempre, sospechaba de los intelectuales.

Tenía cierta razón. Poco después de la visita de Raúl Castro el teatro Taganka de Lubimov fue convirtiéndose en la frontera portátil de la disidencia rusa. Lo que ahí se oía y se decía era la mayor cantidad de anticomunismo que el sistema toleraba en un momento dado. Se iba a ver el Galileo Galilei de Brecht para oír entre líneas y entre actos un ataque contra el dogmatismo y el oscurantismo marxistas. ¿ Qué importaba que el alemán censurara a la Iglesia católica? Lo que los rusos percibían era una crítica lúcida e irrefutable a los papas y obispos de la iglesia comunista.

Es probable que el teatro de Lubimov haya perdido esa conexión misteriosa que mantenían con la sociedad. No es su culpa. La calidad es la

misma. Rusia, sin embargo, ha cambiado. El comunismo ha muerto y la libertad ya es un hecho cotidiano, pero siempre queda una cierta nostalgia por los años de lucha. Quizás por eso nada tiene más éxito en el *Taganka* que los homenajes, una vez al mes, a Vladimir Visotsky, un actor y cantautor que en la década de los setenta llenaba el teatro para entonar canciones satíricas, vulgares, callejeras, de locos y mendigos heridos por el dolor de vivir la miserable realidad del totalitarismo. Desde 1981 -la fecha de su muerte, tras una monumental borrachera-, cada treinta días diecisiete actores cantan, comentan y discuten con la voz gangosa de Visotsky, mágicamente viva en la megafonía del cielorraso. A mí me suena -y me complace- como un Dyango cruzado con Alberto Cortés. No entiendo nada, pero el traductor hace maravillas.

El público -maduro, cuarentón- se emociona y aplaude. Soñar con la libertad era tan hermoso. Ya ha llegado. Noto, en la penumbra, que Ana Mijailova se mantiene quieta y abstraída. Me parece que musita algo. Puede ser. Es posible que todavía repita el testimonio doloroso de Nicolai Bujarin. Es la lucha incesante de la memoria contra el olvido. También es la lucha del amor contra la barbarie.

